



ANDREW

EMMA MADDEN

PRIMER LIBRO DE LA
SERIE ESCOCESAS

ANDREW

Primer libro de la Serie Escoceses

EMMA MADDEN

—Las Highlands no son toda Escocia, ni todos los hombres escoceses son highlanders, ni son como Jamie Fraser de la serie “Outlander”, que por cierto está inspirada en los libros de Diana Gabaldón, que debería ser lo importante para nosotros... estoy harta de que medio mundo hable de highlanders y escoceses como si todo mi país fuera un territorio de tíos cachas con falditas escocesas, que se llaman Kilt, ya que estamos... es muy triste que nadie sepa de verdad nada de Escocia, cuando encima está tan de moda.

—Solo fue un comentario, Fiona, no es para que te pongas así.

—Esto es la universidad de Columbia, no estamos en el patio de un colegio, Kim, ni en la peluquería, me gustaría que al menos aquí, en esta aula de literatura escocesa, habláramos con algo de propiedad.

—¿O sea que el profesor McAllen no es un highlander? —preguntó con cara de tonta una de las chicas del fondo de la clase, que esa mañana estaba hasta los topes, y Fiona Murray bufó entornando los ojos.

—¿Lo único que te importa es si es un highlander?. Es una eminencia, un especialista...

—Está muy bueno y si viniese con la faldita... el kilt... sería la bomba.

Toda la clase se echó a reír y Fiona, que estaba hasta el moño de intentar aclarar que sus paisanos no eran ni tan guapos, ni tan aguerridos, ni unos trozos de carne con faldas escocesas, como solían aparecer en algún tipo de novelas y en la tele, respiró hondo y se concentró en ordenar la mesa de Andrew McAllen, el profesor visitante de la Universidad de Edimburgo, que iba a pasar un curso en Nueva York dando clases en el departamento de literatura escocesa de la Universidad de Columbia, y del que le tocaba ser ayudante.

El profesor McAllen, doctor McAllen, porque tenía un doctorado, era un tío al que presidía una fama de serio y muy estricto, sobre todo después de pasar por un escándalo apoteósico en su país hacía pocos meses, así que quería ahorrarle chorradas con sus alumnos (sobre todo alumnas) que estaban allí a ver si podían vislumbrar algo debajo de su kilt, porque estaba segura de que las muy ilusas seguían creyendo que aparecería con la falda escocesa.

—¿Dónde están exactamente las Highlands, Fiona? —preguntó un chico de la primera fila, Jim Wang, una de las lumbreras de la clase y ella lo miró por encima de las gafas—. No quiero equivocarme con el doctor McAllen, yo no soy como esta panda de salidas.

—Vete a la mierda, Jim —gritaron varias y Fiona respiró hondo.

—El territorio de las Tierras Altas está formado por distintas regiones. La comarca de las Highlands representa solo un 40% de toda la zona real considerada de las Tierras Altas, el resto de la región lo forman los concejos de Aberdeenshire, Angus, Argyll y Bute, Moray, Perth and Kinross y Stirling. Ya sabéis que están al norte del país y su capital es Inverness.

—Google dice que Andrew James McAllen es de Inverness, por lo tanto, es un highlander ¿no?

—apuntó otra alumna y ella asintió—. No estábamos tan equivocadas y no necesitábamos de tu bronca, Fiona.

—Es de Inverness, pero se crió y formó en Edimburgo, sin embargo, es igual. No es solo por el doctor McAllen, es en general, solo intentaba iluminar un poco vuestras cabezas y dejar de oír estereotipos estúpidos sobre los escoceses que, repito, no son todos highlanders y menos aún unos galanes de telenovela...

—Estoy de acuerdo.

Oír el acento y la voz de McAllen a su espalda la hizo saltar, y antes de girarse para mirarlo a la cara, vio los ojos brillantes de las chicas, y de algún chico, que dejaron de hablar y de moverse para prestarle atención con la boca literalmente abierta. Respiró hondo, se dio la vuelta y lo miró a los ojos, esos enormes ojos color turquesa o verdes, o algo así, que la estaban observando con curiosidad.

—Doctor McAllen, bienvenido al aula de Literatura Escocesa 2 —le ofreció la mano y él se la estrechó con energía—. Me llamo Fiona Murray.

—Señora Murray, encantado. Ahora vamos a empezar, buenos días a todas y a todos, damas y caballeros.

—Buenos días.

Respondieron al unísono y Fiona no pudo evitar fijarse en la camisa blanca y perfecta que llevaba ese hombre, en sus pantalones de pitillo y en los zapatos bien lustrados.

Tenía una pintaza, era alto y muy atractivo, con manos grandes y sonrisa impoluta, así que tuvo que admitir que acababa de derribar de un plumazo sus argumentos contra el estereotipo de escocés igual a tío bueno, y a punto estuvo de echarse a reír, pero se contuvo y caminó hacia su mesa mirando de reojo como él abría su maletín de cuero destartado y sacaba un libro para tirarlo con energía sobre su escritorio, antes de mirar a los alumnos y decir con su voz ronca y varonil:

—Robert Burns, “Caledonia y otros poemas”. ¿Quién quiere leer el primero?

1

—¿Qué tal el apartamento?

—¿Apartamento?, esto es un piso de lujo, Ewan, muchas gracias por dejármelo.

—Es propiedad de mi empresa, te lo deja ella. Me alegra que te guste.

—Tu empresa, tú, da igual, al final es lo mismo. ¿Dónde estás?

—Desayunando en Singapur, ¿te llegó la invitación para la boda de mi hermano?, es en Ibiza, tío. Me pidió dinero para comprar el anillo de compromiso porque no tenía un duro, y resulta que ahora se casan en Ibiza porque a Mimi le hace mucha ilusión casarse en la playa, no entiendo nada.

—Igual paga la familia de ella.

—No creo, no lo sé, solo sé que una bonita boda en Edimburgo sería perfecta, si hasta está de moda casarse en Escocia, podría conseguirle un castillo en cualquier largo de las Highlands, macho. Mi hermano está pirado y mis padres que trinan.

—Creo que acabaremos todos en Ibiza, que tampoco está nada mal.

—Duncan dice que se apunta y que le contratará un DJ como regalo de bodas.

—Genial, lo pasaremos bien —miró a través de los ventanales la noche cayendo sobre Manhattan y suspiró.

—¿Todo lo demás bien, Andy?

—Sí, el primer día de clase ha ido bien, he conocido a muchos compañeros y alumnos y mi ayudante, que es una institución en el departamento de literatura escocesa, es una señora muy eficiente. No me puedo quejar.

—Me refiero a “lo demás”, colega, ya me entiendes.

—Estoy en Nueva York y no quiero pensar en “lo demás”, estoy bien.

—Ok, si tú lo dices —respiró hondo y Andrew se fue a la cocina para servirse la comida china que había comprado para la cena—. Ya sabes que tengo un montón de amigos en Nueva York que quieren conocerte, promete que los llamarás o aceptarás alguna invitación y te lo pasarás bien.

—Claro, en cuanto me instale mejor, acabo de llegar y tengo que organizarme un poco.

—La madre que te parió, tío... bueno, te dejo, tengo una reunión, si necesitas lo que sea me llamas. Adiós.

—Adiós.

Le colgó, se sirvió la comida china y volvió al salón, se sentó en el suelo, delante de las

ventanas que rodeaban todo ese espectacular ático, y tomó un primer bocado cerrando los ojos, pensando en Andrea, su mujer, o su exmujer según ella, deseando que al abrirlos estuviera allí, a su lado, para compartir con él la cena, las vistas y su paso por Nueva York. Un sueño cumplido para los dos que lamentablemente tendría que superar solo.

Tenía treinta y ocho años y una vida destrozada, o así se sentía después de que su chica, la mujer de sus sueños, su esposa, lo abandonara en Edimburgo hacía ya ocho meses.

La culpa era toda suya, porque él la había cagado, él había mandado al garete su idílica historia de amor el día que, contra todo pronóstico, había decidido ir a la fiesta de inauguración del club nocturno de su amigo Duncan en George Street.

Duncan, que además de ser una estrella de la música internacional, era uno de sus dos mejores amigos, inauguraba su espectacular club en la mejor zona de Edimburgo y no había podido evitar asistir. No había podido. Aunque Andrea estaba en Madrid con su familia celebrando la Noche de Reyes y a él no le apetecía nada ir sin ella, al final se había animado y había aparecido allí y ya de madrugada había estado lo suficientemente borracho como para liarse con una exalumna, una estadounidense muy insistente de la que no recordaba nada, pero de la que se acordaría el resto de su vida porque ella, en un alarde de irresponsabilidad absoluta, había colgado en Instagram fotos y videos de los dos besándose y tocándose y metiéndose mano en un reservado del local.

Honestamente, no recordaba nada de aquello, nada, y así se lo había jurado a su mujer de rodillas, un millón de veces, pero a ella su seminconsciencia no justificaba sus actos y destrozada, hecha un mar de lágrimas, humillada públicamente y muy cabreada, había dejado primero su casa de Edimburgo para irse a la de una amiga y finalmente había renunciado a su trabajo y había vuelto a España decidida a solicitar el divorcio.

Toda Escocia se había enterado de su supuesta “infidelidad”, medio mundo había visto las imágenes, y milagrosamente no lo habían despedido de la universidad porque la estadounidense era mayor de edad y ya no era alumna suya, pero el escarnio había sido apoteósico, las miraditas de burla y desaprobación lo habían perseguido durante semanas, sin embargo, todo aquello lo había superado con tranquilidad, con la frente alta, porque se consideraba totalmente inocente.

Personalmente estaba tranquilo, en paz con respecto a todo ese vergonzoso incidente (que apuntaba a ser una burda trampa) ... pero otra cosa era intentar apaciguar el dolor de su mujer. Jamás podría superar la puñetera realidad de que le había hecho daño, le había fallado, la había decepcionado... incluso, ocho meses después de aquello, seguía sin hablarle, esperando enroscada y ofendida a que le firmara de una buena vez los papeles del divorcio, y él no podía lidiar con eso.

Andrea quería el puto divorcio, pero él no pensaba firmarlo, no podía hacerlo, aunque ya le había advertido su abogado de que se iba a divorciar igualmente porque la ley estaba de su parte y pasado un tiempo prudencial ya no necesitaría de su firma para divorciarse, él no pensaba cooperar.

Respiró hondo y trató de no entrar en pánico como le había enseñado su terapeuta. Abrió los ojos y miró Manhattan bajo sus pies.

Nueva York era fabulosa, una ciudad que le encantaba, de hecho, parte de su luna de miel la

habían pasado allí, y hacía un año, cuando la Universidad de Columbia lo había invitado a dar clases durante un curso entero, habían saltado de felicidad, los dos, porque Andy (a los dos los llamaban Andy) estaba ilusionadísima con la oportunidad de vivir ocho meses en la Gran Manzana... quién les iba a decir que un año después estaría allí solo, con el corazón roto y la vida hecha pedazos.

Maldita sea, exclamó y se levantó ya sin hambre, sin poder quitársela de la cabeza.

Había conocido a Andrea Aramburu, una española deslumbrante, cuando había aparecido en Edimburgo a los veintidós años para hacer un máster en su departamento de literatura. Una brillante licenciada en filología inglesa, amante de la literatura escocesa, que quería especializarse en Robert Burns y de la que lo habían nombrado tutor porque por aquel entonces aún no tenía cátedra propia y se ocupaba de los alumnos de post grado. Una maravillosa circunstancia, porque desde que la había visto se había enamorado de ella, y ella le había cambiado la vida para siempre.

Él tenía treinta y dos años por entonces, y un largo y agitado currículum sentimental a sus espaldas, incluso llevaba unos meses combinando a dos amigas en perfecta y relajada armonía, una de Londres y otra de París, con las que compartía sexo y diversión sin compromiso, pero había aparecido Andrea y todo se había detenido, todo había cambiado, y por primera vez en su vida descubrió que era capaz de enamorarse como un crío inexperto, porque ella lo desarmaba con solo mirarlo, lo ponía del revés con una sonrisa, y lo volvía completamente loco, así que se había dejado llevar, se había enamorado sin vuelta de hoja y había empezado a “cortearla”, a salir con ella, hasta que acabado su primer curso en Edimburgo la había seguido hasta España, durante sus vacaciones, para decirle lo que de verdad sentía.

—Te amo y no pienso dejarte en paz hasta que te cases conmigo —le soltó en San Sebastián, donde la pilló paseando con su abuela por el Paseo de la Concha, y ella le había sonreído incrédula—. Va en serio, Andy, si quieres me arrodillo delante de todo el mundo.

—¿Cómo me has encontrado?

—Vamos... mírame y dame una respuesta.

—Te quiero —le había contestado poniéndose de puntillas para darle un beso en la boca—, y claro que me quiero casar contigo, pero no hay ninguna prisa.

—Eso lo dirás tú, porque yo tengo toda la prisa del mundo.

—Andrew...

—Los escoceses no solemos tener mucha paciencia, amor. ¿Te casas conmigo o no?

—Sí, por supuesto que sí.

Le había puesto un anillo en el dedo, lo habían celebrado con su familia, que en un principio no estaba nada de acuerdo con que se casara con su profesor, un tío diez años mayor que ella y a los veintidós años, pero que al final había acabado aceptando su decisión, incapaces de poner puertas al campo, y cuando volvió a Escocia para su segundo curso del máster se fueron a vivir juntos. Seis meses después estaban casados y él se había convertido en el hombre más feliz, fiel, enamorado y dichoso del planeta.

En una nube de perfección y amor desatado habían vivido seis años, hasta ese maldito 5 de

enero, cuando él de forma inconsciente, porque estaba borracho como una cuba, se había liado con una mujer de la que no sabía nada, había mandado todo al traste y Andrea había reaccionado como siempre había prometido actuar ante una infidelidad: había cogido sus cosas, a su gata y lo había dejado solo y a su suerte.

Aún en contra su propia naturaleza, desesperado, había suplicado, llorado, gritado, roto cosas, la había asustado persiguiéndola por Edimburgo o por Madrid, se había deshecho en explicaciones, pero no había conseguido nada y al final había decidido seguir adelante con sus planes y viajar a Nueva York. Todo su entono lo había animado a viajar a los Estados Unidos para trabajar en Columbia ese curso. Esa parecía ser la única oportunidad que tenía para recomponerse un poco y olvidar a su mujer, aunque sabía que eso no pasaría jamás.

Estaba roto por dentro, por fuera respiraba, comía, trabajaba e interactuaba con el mundo, pero en su interior lloraba a todas horas, la echaba de menos y añoraba su vida juntos, su compañía, sus besos, el sexo, sus planes, sus charlas, su sonrisa, la complicidad, los hijos que habían planeado tener a partir de ese mismo año ... y no sabía cómo afrontarlo. No sabía si iba a poder, algún día, volver a ser el que había sido, y esa certeza no hacía más que destrozarlo y provocar que la necesitara y añorara aún más, si eso era posible.

—Hola, amor...

Como solía hacer cada noche la llamó al móvil, y como cada noche ella no respondió, pero al menos pudo dejarle un mensaje en el buzón de voz e imaginar que se animaría a escucharlo en algún momento.

—Estoy en Manhattan, el ático de Ewan es espectacular, te encantaría. Estoy disfrutando de las vistas y pensando en ti. Te echo de menos, Andy, esto carece de importancia sin ti, mi vida, lo sabes. Te quiero, buenas noches.

Colgó y apagó el teléfono, se tapó la cara con las dos manos y se echó a llorar.

2

—¡Andy!

Gritó su madre desde la cocina y ella se enjugó las lágrimas, respiró hondo y trató de recomponerse antes de tener que mirarla a la cara. Guardó el teléfono móvil, donde acababa de oír el último mensaje de Andrew, y cuadró los hombros intentando parecer serena, pero en cuanto ella la vio frunció el ceño.

—No me lo puedo creer, Andrea, ¿qué ha sido ahora?

—Nada, mamá, ¿qué necesitas?

—¿Te ha llamado otra vez?

—¿Viene papá a ponerme la puerta de ese armario? —caminó por la mini cocina mirando el armario pegado a la ventana y se sonó con un pañuelo de papel.

—¿Andrew está bien?

—Está perfectamente en Nueva York, ayer empezó sus clases en Columbia. ¿Viene papá o lo hago yo?

—Te morías de ganas de ir a Nueva York.

—Ya iré, tengo toda la vida por delante.

—Pero un curso entero, con todos los gastos pagados, en fin... mejor no digo nada.

—Mejor, ¿tienes hambre?

Ella asintió y Andrea McAllen, que desde hacía ocho meses había vuelto a ser Andrea Aramburu, se fue a la nevera y sacó el puré de verduras y los filetes de pollo que había dejado preparados la víspera, cuando a la una de la madrugada, totalmente en vela, había intentado matar el insomnio cocinando, como siempre.

Sirvió la comida, charló con su madre y procuró parecer cuerda, aunque no lo estaba, claro, nadie podía estarlo después de que el único hombre de tu vida, tu marido, destrozara en una noche lo que habían tardado años en construir, y solo por pegarse una juerga descomunal con sus amigos y acabar metido en las bragas de una exalumna cachonda de California.

Cada vez que lo pensaba y recordaba esas fotos y un par de videos de Andrew con ella, le atacaban las náuseas y se ponía a vomitar. No podía ni hablarlo sin ponerse enferma, no podía, porque aparte del dolor personal e íntimo que le había infringido, había tenido que soportar la exposición pública de la infidelidad durante semanas, porque esa mujer (Kimberly Hudson) había procurado compartir las imágenes en su Instagram, en varios grupos de WhatsApp y en todas sus redes sociales.

Se había despachado a gusto mostrando su “trofeo”, el doctor McAllen, el tío bueno del departamento de literatura escocesa, el intocable, al que se había llevado al huerto en una discoteca solo unos meses después de haber sido su alumna.

Cuando ella misma había llegado a la Universidad de Edimburgo, el mismo día de su veintidós cumpleaños, ya le habían hablado del profesor Andrew McAllen, que no solo era joven y brillante, sino que además estaba buenísimo y era súper sexy. Ya por entonces se lo rifaban para tirarle los tejos y acosarlo en su despacho, para hacerle fotos e invitarlo a fiestas y a salidas nocturnas. Ya por entonces él era esa especie de “trofeo” que todas y todos se quería tirar. Ella había sido consciente desde el principio de lo que se hablaba de él, de cómo lo miraban en clase o cómo lo describían, pero la muy ilusa jamás imaginó que ocho años después, más de seis de esos años casado con ella, seguiría siendo así, el objetivo a alcanzar, y conocer la evidencia casi la mata.

Él, que era un tío reservado y muy discreto, nunca hablaba de lo que pasaba en clase o con sus alumnos a nivel personal, pero una vez revelado su “*affair*” con Kimberly Hudson, todo se había destapado y Andrea había tendido que leer con horror los comentarios de sus alumnos sobre las dichas fotos, las bromas de doble sentido a su costa, las groserías que se inventaban y hasta un grupo de Facebook donde se colgaban fotos y videos suyos, y donde todo el mundo se daba el lujo de hacer comentarios de lo más obscenos sin el más mínimo respeto o consideración por él o por su mujer.

Andrew, que no tenía ni idea de nada de eso hasta que la propia Kimberly Hudson lo hizo visible, presentó demandas por atentado contra su honor y su intimidad, por injurias, acoso y daño moral, la universidad se posicionó a su lado y muchos compañeros y alumnos mostraron públicamente y con manifestaciones su apoyo total a uno de los profesores más valiosos y apreciados del campus, pero el daño ya estaba hecho y Andrea no había podido soportarlo.

Ver a tu adorado marido con la lengua en la boca o el pezón de una desconocida no era muy fácil de perdonar.

Ella no tenía ninguna experiencia sentimental ni sexual cuando lo había conocido, era una neófita al lado suyo, que por entonces ya tenía unos treinta y dos años muy bien vividos, sin embargo, siempre tuvo claro que no soportaría una infidelidad, por la deslealtad que eso suponía y la falta de confianza insuperable que acarrearía, y así había sido.

Su pasado, sus miles de ligues, novias y rollos, podía soportarlos, nunca hablaban de eso y no sentía celos por lo que había hecho antes de conocerla, pero tenía clarísimo que, si él caía en la tentación estando a su lado, su matrimonio se podía dar por acabado. No era de las que tragaba con esas cosas, aunque hubiesen pasado en medio de una borrachera de campeonato, y sabía que jamás volvería a confiar en él y que acabaría reprochándole sus errores y peleándose y convirtiendo la vida de los dos en un infierno.

Muchas veces, antes del incidente, habían hablado al respecto, porque Andrew sí que era muy celoso y posesivo, no como ella, que hasta ese horrible mes de enero, siempre había confiado en él, y en cada una de esas charlas él alegaba que mataría a cualquier cabrón que osara tocarla y ella, con calma, le había avisado cómo reaccionaría ante una deslealtad semejante... y al final le había tocado cumplir con su palabra, con lo que siempre había dicho, y no dar un paso atrás.

Con dolor y hecha una mierda por dentro, pero había sido fiel a su promesa, había sido

coherente y había optado por separarse primero, y al ver que la cosa solo empeoraba con sus ruegos y súplicas, había cortado por lo sano, había renunciado a su trabajo, a su casa, a su vida, y a todo lo que adoraba, había cogido a su gata y había vuelto a Madrid para cerrar el capítulo y empezar de cero, y más humillada de lo que podía tolerar.

Pocas personas eran capaces de entender su radicalidad, su incapacidad de perdón, le había dicho su suegra indignada, pero le daba igual, ella no podía seguir en Edimburgo, una ciudad pequeña en la que los conocía todo el mundo, sintiendo las miradas de compasión, de burla, de lástima o de pena. No podía seguir viendo pasar de mano en mano los videos y las fotos medio pornográficas de su marido con una exalumna, no podía.

No podía y no tenía porque soportarlo, así que estaba convencida, siete meses después de salir de Escocia, que a pesar del dolor y la tristeza que la desangraba por dentro, había hecho lo correcto, había tomado la mejor decisión. Especialmente sabiendo lo que pasaría tan solo dos semanas después de llegar a España.

Las malas noticias nunca vienen solas, decía su abuela Maite, y en su caso así había sido. A principios de enero se había desmoronado todo su mundo, y a mediados de febrero había sufrido un aborto espontáneo de un embarazo que ni siquiera había llegado a conocer.

Lo cierto es que el 18 de octubre, cuando había cumplido veintiocho años, había dejado de tomar pastillas anticonceptivas. Andrew se moría por tener un bebé, llevaba años presionándola para buscar un embarazo y ella negándose porque se sentía aún muy joven para ser madre, pero llegada a los veintiocho, los treinta y ocho para él, el momento les había parecido ideal y se habían puesto en marcha para buscar un hijo. Un hijo que todo el mundo les había advertido que podía tardar bastante en llegar debido al uso prolongado de anticonceptivos orales, así que se habían relajado y dejado llevar, sin presiones, ni prisas, sin imaginar ni en sus mejores sueños que ella se iba a quedar embarazada tan solo seis semanas después de dar el primer paso.

Desafortunadamente, no había llegado a saber que estaba embarazada, no había llegado a alegrarse, ni a ir al médico, ni a contárselo a Andy. Nada de eso había pasado porque estaba demasiado ocupada con su “escándalo sexual” como para enterarse de lo que le estaba sucediendo a su cuerpo, y eso era algo que no se iba a perdonar en la vida.

Nunca sabría si la ausencia de estrés, la vida tranquila, saludable y normal que solía llevar antes del “*affair Kimberly*” la hubiese salvado de un aborto, no lo sabrían jamás, decía su hermana Alejandra, que era médico, pero ella se culpaba internamente por haber perdido al bebé, porque en esas primeras semanas de gestación en lugar de cuidarse y ponerse en manos de su ginecóloga, se había pasado los días llorando, sufriendo, ahogándose de dolor, huyendo de Andrew, tomando decisiones a toda prisa, haciendo una mudanza e incluso viajando en avión con una carga de estrés inmensa. Eso no podía ser bueno para una primeriza.

En Madrid, a las dos semanas de volver de Edimburgo y estando en casa de su hermana se había puesto enferma, había empezado a sangrar con mucho dolor y ella la había ingresado en su hospital: aborto de nueve semanas, le había anunciado, un bebé de más de dos meses. Un hijo que había perdido sola y lejos de Andrew, que nunca llegó a enterarse de lo sucedido, como tampoco se enteraron sus padres, ni sus amigos, ni su familia política porque, apoyada por Alejandra, nunca quiso contárselo a nadie.

No quiso hablarlo con nadie, porque estimó que nadie tenía derecho a saberlo, ya bastante

drama había montado a su alrededor por culpa de su separación como para sumar más tragedias. No necesitaba más palabras de compasión o de consuelo, no necesitaba a Andy llorando por las esquinas, no necesitaba volver a hablar del tema, y lo había enterrado para siempre en el fondo de su alma.

Lo había enterrado, o lo estaba intentando enterrar, como estaba haciendo con todo lo demás.

Andrew McAllen era el gran amor de su vida, tardaría otra media vida en superarlo y olvidar todo lo que había vivido con él, pero al menos estaba dando pasos para recuperarse, para caminar con cierta normalidad, para olvidar. Había conseguido trabajo, iba a terapia y se había mudado a un apartamento en una zona muy bonita de Madrid. Todo podía empezar a mejorar, le decían sus amigas y parte de su familia, porque otra gran parte lo apoyaba a él, que era para muchos la gran víctima de todo lo ocurrido.

Y seguramente era la otra gran víctima, o la única gran víctima de lo que había pasado, no lo iba a discutir con la gente, pero estaba claro que había sido ella la que había acabado tragándose los daños colaterales. De hecho, lo había perdido todo, literalmente todo lo que le podía importar en el mundo porque a él, una buena tarde, se le había ocurrido salir a beber sin control con sus amigos y se le había antojado intimar con una exalumna sin pararse ni por un segundo a pensar en las consecuencias que podría acarrear aquello.

Si ante todo eso él era el único perjudicado, al menos para una gran mayoría, estupendo, ella no pensaba así y seguía firme y convencida de que había tomado la mejor decisión separándose. Era lo que iba a pasar tarde o temprano, así que mejor antes que después.

—Joder.

Soltó mirando el móvil, comprobando que era Alister de nuevo, su amigo inglés que no le daba tregua y que llamaba por enésima vez esa semana. Respiró hondo y contestó con una sonrisa.

—Hola, Alex, ¿qué tal?

—Yo bien, ¿qué tal tú?, que no devuelves mis llamadas.

—He estado con la mudanza y ya sabes cómo va eso.

—Te dije que podía ir a echarle un cable.

—Si tenía una maleta, la gata y poco más, no te preocupes.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias ¿y tú?

—¿Qué sabes de tu marido infiel?

—... —guardó unos segundos de silencio porque le molestaba horrores como se refiriera así a Andrew, pero se mordió la lengua y respiró hondo—. Está en Nueva York, ya ha empezado el trabajo en Columbia.

—Genial, me alegro por él. Yo voy a ir a Madrid dentro de diez días, tengo un seminario en el hospital de tu hermana, espero que esta vez podamos vernos con más calma.

—Claro, espera...

Miró la pantalla del móvil y vio que la llamaba Duncan Harris, uno de los dos mejores amigos de Andy, el dueño del club nocturno donde todo se había desmadrado, así que ignoró la llamada, pero pasados los segundos, al ver que el teléfono no dejaba de iluminarse, decidió despedirse de Alister.

—Alex, lo siento, tengo otra llamada, luego hablamos ¿ok?

—Ok, te llamo dentro de un rato.

—O mejor mañana, adiós —colgó sin mucha ceremonia y saludó a Duncan—. Hola.

—Hola, princesa, ¿cómo estás?

—Bien, gracias, ¿necesitas algo?

—Yo también estoy bien, gracias y no, no necesito nada, solo quería saludarte. ¿Estás en el trabajo?

—Trabajo en mi casa.

—¿Has vuelto a Edimburgo?

—No, en mi casa de Madrid.

—Esa no es tu casa, tu casa es la de tu marido.

—Creo que eso ya lo hemos discutido y te dejé bien claro que no era asunto tuyo.

—Andy es mi hermano, mi mejor amigo desde los cinco años, claro que es asunto mío, ¡joder!

—Bramó con su fuerte acento escocés y Andrea frunció el ceño intuyendo que no estaba nada sobrio, así que no respondió y respiró hondo—. Lo siento, cariño, disculpa, no llamaba para enfadarme contigo, solo quería saludarte, acabo de hablar con Andy y bueno, se me parte el corazón, si yo pudiera volver a ese 5 de enero, yo... me siento tan culpable por todo lo que ha pasado, princesa. Vosotros sois mis dos Andys, mi pareja favorita, mis mejores amigos, yo...

—También hemos hablado de eso, Duncan, y no quiero volver a repetirlo.

—Ok, de acuerdo... escucha, me voy a Nueva York pasado mañana, puedo recogerte en Madrid y llevarte en el avión privado de mi discográfica. ¿Te apuntas?, será divertido y le podemos dar una sorpresa al gran Andrew McAllen.

—No, gracias.

—¿No estarás viendo a otro tío?, porque por ahí sí que no paso, Andrea, que voy a España a partirle las piernas.

—Madre mía... en fin, buenas noches y gracias por llamar.

Le colgó moviendo la cabeza y apagó el teléfono, se levantó de la mesa y se fue a la cocina pensando en esos tres adultos inseparables desde los cinco años que seguían actuando como unos críos: Andrew, Ewan y Duncan, los únicos miembros del clan más sólido e inquebrantable de Escocia.

“Casarte con uno de nosotros es como casarte con los tres”, le había dicho Ewan MacIntyre el día de su boda, durante su discurso como uno de los padrinos de Andrew, y en parte así había

sido. Siempre habían respetado su espacio y la habían tratado como a una reina, con mucho cariño y consideración, pero siempre, también, se habían mostrado muy protectores con ella y la separación los estaba matando.

Eran un poquito insufribles y entendía que defendieran a Andy a capa y espada, pero a veces se pasaban cuatro pueblos y era entonces cuando se cabreaba de verdad porque, era cierto, al casarse con uno había aceptado a los otros dos, y al separarse también lo estaba haciendo de los otros dos, y aquello había convertido su vida en un verdadero calvario.

3

—Doctor McAllen, ¿puedo pasar?

—Pase, Fiona y por favor, si no le importa, llámeme Andrew.

—Claro, ¿entonces no tuteamos?

—Me parece perfecto, gracias —apartó los ojos del ordenador y se sacó las gafas para mirar a Fiona Murray, su ayudante, que llegaba con su Tablet y una carpeta marrón.

—Solo estamos a viernes y ya tenemos casi todas las propuestas. Esta vez los alumnos se han dado mucha prisa. Te lo dejo aquí.

—Bueno, han pasado cinco días... —agarró la carpeta y vio que traía impresas las ideas que había pedido a sus alumnos para un trabajo de fin de trimestre.

—Normalmente pasan bastante de este tipo de iniciativas, esto es un triunfo, se ve que están encantados con tu clase.

—Vaya, Jean Adam, mi mujer estaría impresionada —leyó el nombre de esa poetisa escocesa del siglo XVIII que Andrea solía reivindicar, y sin querer sonrió—. Este trabajo me encantará leerlo.

—¿Tú mujer también es profesora de...?

—No da clases, es editora, pero es especialista en poesía escocesa del siglo XVIII —se tocó la alianza con el pulgar y en seguida se le encogió el corazón, así que movió la silla, un poco incómodo, y dejó la carpeta sobre el escritorio—. Lo que veo por encima parece interesante, me lo llevaré a casa y el fin de semana lo miraré con calma.

—Falta más de un mes para esto, pero te dejo la invitación para la fiesta de Halloween que organiza la universidad, vamos los empleados de todos los departamentos —le puso un folleto delante y le sonrió—. Ya sé que no viviendo en el campus da mucha pereza venir hasta aquí fuera de las horas lectivas, pero yo te lo aviso con tiempo por si os queréis apuntar, tu mujer y tú... Andrea, ¿no?

—Sí, Andrea.

—Andrew y Andrea, que curioso. Bueno, el caso es que es una velada muy divertida y sirve para disfrutar de Halloween a la americana, a los profesores europeos suele parecerles interesante.

—Ok, muchas gracias, lo tendré en cuenta.

—Tu mujer no es escocesa, ¿no?

—No, es española, pero lleva casi ocho años viviendo en Edimburgo.

—Que suerte, en fin, creo que nada más. Ha sido una semana muy provechosa, Andrew, espero que ahora podáis disfrutar tranquilamente del fin de semana en Manhattan.

—Yo también —le sonrió y observó cómo se ponía de pie en silencio, respiró hondo y a punto estuvo de decirle que Andrea no estaba con él, pero unos golpecitos en la puerta se lo impidieron.

—¿Doctor McAllen? —preguntó un hombre simulando la voz de una abuelilla con fuerte acento escocés y él se levantó moviendo la cabeza— ¿Estás aquí, capullo?, te estoy llamando al móvil... oh, disculpad, no sabía que estabas acompañado. Buenas tardes.

—Pasa, Duncan, esta es la señora Murray, mi ayudante, y es de Dumfries, así que cuidadito con lo que sueltas.

—Una bella dama de Caledonia —saludó con mucha ceremonia y le dio la mano—. Duncan Harris a sus pies.

—Sé quién eres, ¿Duncan Harris?, por Dios bendito, cuando lo cuente por ahí no se lo van a creer.

—¿En serio?, entonces hagámonos un *selfie* mientras Andy recoge sus cosas, acabo de aterrizar y me muero de hambre, pero tengo un minutito para esto.

—¿De dónde vienes?

—Directamente de Edimburgo, este capullo... bueno, el doctor McAllen y yo nos criamos en Stockbridge, somos amigos desde los cinco años, ¿sabes, Fiona?

—Me encanta Stockbridge.

—Y a mí, nuestros padres siguen viviendo allí, Andrew y Andrea viven ahora en el New Town y yo justo en medio de los dos barrios cuando no ando perdido por esos mundos de Dios.

—Esto es la monda —soltó Fiona haciéndose la foto con Duncan y luego lo miró a él a los ojos—. Profesor, deberías contar en clase que eres amigo de Duncan Harris.

—Sí, profesor, deberías contarlo y yo podría venir un día a verte enseñar todos esos rollos que enseñas.

—Ok, vamos, tío, yo también me muero de hambre, he reservado en...

—Y, ¿qué hace una dama de Dumfries en Nueva York, Fiona? —le preguntó saliendo al pasillo y ella se encogió de hombros.

—Bueno, vine a hacer un curso de verano en la universidad y me enamoré de mi profesor, así que me quedé.

—Mira tú, igual que Andrew y su mujer, ella también era su alumna... si es que los profes las matan callando.

—Vale, suficiente, nos vamos. Hasta el lunes, Fiona, buen fin de semana.

Lo agarró por el cuello y lo sacó del edificio sin hablar, se lo llevó andando rápido por el campus y luego salieron a una zona de taxis para coger uno que los llevara al Upper East Side, dónde estaba su ático y el restaurante donde había reservado mesa para cenar.

—Joder, macho, qué prisas.

—A ver cuánto tiempo tarda la gente en reconocerte y de paso en chafarse mi anonimato.

—Estás paranoico, Andy, no todo el mundo me conoce, ¿sabes?, menos en Nueva York.

—Te conoce todo Dios, en todas partes. ¿Te quedas conmigo en el piso de Ewan?, hay mucho

espacio —se sentó en el taxi y estiró las piernas.

—Puede ser, aunque tengo hotel. ¿Quieres que me quede allí y nos cogemos un pedo del quince?, seguro que el bueno de Ewan tiene un bar en condiciones.

—Yo ya no bebo, pero si quieres quedarte, por mí perfecto.

—¿Sigues con esa historia, tío?, en serio, no es nada normal.

—En una decisión conscientemente asumida y no espero que la entendáis, solo que la respetéis.

—Andrea no va a volver contigo porque te hayas vuelto abstemio, Andy, solo va a volver si vas a Madrid y la obligas a regresar a su casa, en Edimburgo, de donde nunca debiste dejarla salir.

—A ver cuándo dejas de joderme con eso...

—Es la verdad.

—La verdad es que no tiene cinco años, ni es mi hija, es una persona adulta con decisiones autónomas, no la puedo obligar a nada, menos aún a quedarse conmigo... —tragó saliva y su amigo le dio un golpe en la pierna.

—Vale, dejémoslo, no he venido a tocarte lo huevos, he venido a pasar un fin de semana de tíos. Iremos a cenar, tú beberás agua y yo me cogeré un pedo del quince ¿de acuerdo?

—Vale... —sintió vibrar el teléfono móvil y lo miró de reojo sin intención de contestar, pero al ver que se trataba precisamente de Andrea, se sentó mejor, miró a Duncan y luego respondió intentando no parecer ansioso—. Amor...

—¿Tú que coño pretendes, Andrew? —le soltó a modo de saludo y él frunció el ceño.

—¿Perdona?

—Tengo un email de tu primo Fergus, que ahora se dirige a mí como tu abogado, diciendo que quieres los papeles del divorcio traducidos por un traductor jurado, como si no confiaras en la traducción que te hice yo misma... ¿sabes cuánto me va a costar que me los traduzca un profesional de esos?

—Al parecer es la ley.

—Llevamos seis meses con esto, Andrew, si es verdad que alguna vez te importé algo deja de putearme, por favor te lo pido.

—Tú has querido ir por lo legal, yo no, así que hagámoslo al pie de la letra, como ordena la ley.

—Retrasar el puñetero divorcio solo sirve para hacernos perder tiempo y dinero, para nada más.

—Yo no quiero divorciarme, Andy, eres tú la que quiere hacer esto, así que a mí no me mires.

—¿Vas a permitir que yo haga todo el trabajo y no vas a dejar de ponerme obstáculos?, ¿es eso?. Genial, muchas gracias.

—Yo no voy a firmar los putos papeles del divorcio —Empezó a subir el tono de voz bajándose del taxi—. Jamás verás mi firma en tu acuerdo de divorcio, así que hazlo a tu manera, como te de la real gana, porque yo no pienso colaborar, ni dar mi aprobación a este despropósito. A ver si te queda claro, cariño, esto es iniciativa tuya, no mía, estoy en completo desacuerdo y sería un gilipollas si te facilitara las cosas.

—¿Te estás oyendo?

—Solo soy honesto... y otra cosa, no vuelvas a poner en duda si alguna vez me importaste, sé que solo es una frase hecha, pero a mí me duele la duda y me cabrea aún más si cabe toda esta puta situación, así que cuidemos mejor el lenguaje, que tú y yo de eso sabemos de sobra.

—No necesitamos nada de esto, Andrew, no necesitamos seguir peleándonos, por eso tenemos que divorciarnos, no sé cómo no puedes entenderlo.

—No puedo entenderlo porque, aunque a ti parece que se te ha olvidado, yo te amo, estoy enamorado de ti, me casé contigo para toda la vida y, aunque haya cometido un desgraciado error, aunque yo sea el culpable de todo lo que ha pasado, no pienso tragar, bajar la cabeza y acatar la condena como un puto pelele. Seré un torpe que no merece tu perdón, pero no soy un mequetrefe, ni un capullo, y no pienso rendirme, no pienso hacerlo y no esperes que lo haga sin luchar por mi matrimonio.

—... —ella guardó silencio, pero él percibió perfectamente que estaba llorando, así que respiró hondo y se pasó la mano por la cara.

—Lo siento, cariño, no quería gritar, sabes que te quiero, sabes que no puedo vivir sin ti, que no podemos estar separados, lo sabes, no sigas ofuscada en una situación que nos está destrozando a los dos... Andrea, mi amor... Andy...

—Buscaré un traductor jurado y te mandaré los papeles lo antes posible. Adiós.

—No... ¡mierda!

Colgó y lo dejó con el corazón a mil y una sensación de frustración gigantesca por todo el cuerpo, que era como lo dejaba siempre. Miró a Duncan y él lo observó con un pitillo en la mano y cara de angustia.

Dio un paso atrás y miró a su alrededor, Manhattan lleno de gente y actividad, aunque ni lo había notado pegado al teléfono con ella tratándolo como un trapo.

—Has estado genial, Andy, le has dicho todo lo que tenías que decir.

—Para lo poco que sirve más me valdría callarme...

—No, eso nunca, tienes que seguir peleando hasta que ella entre en razón. Andrea te quiere, sigue enamorada de ti, de lo contrario no haría las cosas como las está haciendo. Solo necesita castigarte, dale tiempo.

—No sé...

—Nunca he visto a nadie como vosotros dos, nunca a dos personas tan compenetradas, tan enamoradas, tan unidas y felices. Algo así no puede romperse de buenas a primeras.

—Sí, si alguien la caga como lo he hecho yo.

—No te crucifiques por cometer un error, hermano. Tiempo al tiempo, hazme caso. Venga, andando.

4

—Dime un recuerdo hermoso al lado de Andrew...

—Esto no es terapia de pareja, María, no pienso ver el lado bueno de Andrew, solo quiero olvidarme de él.

—¿Y si te estás equivocando?

—¿Perdona?, ¿ahora también estás de su parte?, ¿has hablado con mis padres?, ¿con mi hermano?

—No, cariño, solo intento situarte.

—No necesito situarme, sé exactamente dónde estoy. Estoy aquí porque mi amante esposo me fue infiel y su infidelidad se hizo pública y viral, y eso me destrozó la vida, nos la destrozó a los dos, y solo quiero superar el escarnio y la humillación para volver a vivir mi vida en paz.

—¿Crees que Andrew se siente igual?

—No lo sé, porque él es de otra pasta, a veces es capaz de tener sangre de horchata y pasar de todo el mundo. A él lo que digan los demás le da igual, es mucho más frío que yo, es escocés ¿sabes?, es duro como una piedra y sigue sin entender que algo “ajeno a nosotros”, dice él, me empujara a pedir el divorcio, no lo comprende, opone resistencia y no me ayuda en nada a pasar página.

—Vale, volvamos al principio, dime un recuerdo hermoso con Andrew.

—Todos, no tengo ningún mal recuerdo con él.

—¿Ninguno?

—Ninguno salvo lo que pasó al final, claro, que vale por cien mil, así que ya estoy bien servida

—se puso de pie y miró a María Caldas cogiendo su mochila—. No estoy intentando perdonar a mi marido para reconciliarme con él, solo necesito fortalecerme y olvidar, María, creo que no lo entiendes.

—No voy a decirte lo que quieres oír, cielo, soy coach, mi labor es que te conozcas, que veas tu situación de forma objetiva, valores los pros y los contras, y avances, no que te enquistes en una situación que solo te está causando un dolor extraordinario. Nada es insuperable, todo se puede perdonar, la gente comete errores y no podemos sentenciarlos de por vida, necesitas dejar de ser tan rígida, tan... Andrea...

—Hasta luego.

Abrió la puerta de la consulta y salió a buen paso, llegó al rellano y bajó las escaleras a la carrera.

Había sido un error y una pérdida de tiempo visitar a esa mujer, amiga de su madre y de sus tías, que al parecer era un gurú del bienestar y la felicidad, pero que a ella la había abordado malamente sin tener ni idea de lo necesitaba o buscaba en ese momento de su vida.

Todo el mundo quería ayudarla y lo agradecía, asistía a seminarios y visitaba a una psicóloga dos veces al mes, intentaba escuchar y aceptar consejos, pero no pensaba pasar por la terapia de una coach que lo primero que le había soltado había sido que era rígida e inflexible, eso ya lo sabía, no necesitaba que encima se lo echaran en cara.

Menos mal que le había salido gratis, porque la primera consulta se la había regalado su madre, o si no la cosa podría haber acabado peor.

Miró el cielo azul de Madrid y decidió pasar a hacer algo de compra. Se iba a cocinar algo bueno para cenar y luego se pondría a trabajar toda la noche, tenía dos traducciones por entregar y un libro que corregir, y necesitaba el dinero cuanto antes, porque la traducción jurada para Andrew le iba a costar un riñón, el otro riñón después de pagar el piso que había alquilado.

Nunca se había preocupado demasiado por el dinero, hasta que había pisado Madrid sin un duro. En Escocia tenía cuentas conjuntas con Andrew y una pequeña cuenta de ahorros personal, pero no disponía de mucha liquidez para empezar de cero, y alquilar un piso en una zona céntrica le había salido carísimo, solo los adelantos y la fianza le habían dejado las finanzas tiritando, y tenía que recuperarse cuanto antes si no quería volver a casa de sus padres.

Su abogada le había dicho que podía solicitar algo de dinero a Andrew hasta que se arreglaran las cosas oficialmente, pero tampoco quería hacerlo, él siempre había ganado mucho más que ella, vivían muy bien gracias a su trabajo en la universidad, sus libros, sus conferencias y sus artículos. Era muy currante y no pensaba sisarle un duro, eso sí que no, además, gracias a Dios, tenía trabajo, muchas traducciones y correcciones *freelance* que le estaban encargando desde Edimburgo sus antiguos jefes, así que en cuestión de dos meses todo iría mucho mejor, no había de qué preocuparse.

Pensar de repente en la editorial donde había trabajado durante cinco felices años le hizo saltar las lágrimas. Le encantaba su trabajo, sus compañeros, la oficina, su despacho, le encantaba ir allí todas las mañanas y trabajar con libros maravillosos. Ser parte de MacMillan Publishing había sido un sueño cumplido, una oportunidad única e irreplicable, y haberlos perdidos también a ellos le partía el alma en dos.

—¡Inés! —exclamó contestando al móvil y su mejor amiga la saludó desde el otro lado con el mismo entusiasmo.

—¡Hola, guapa, ¿cómo vas?!

—Tirando...

—Escucha, acabo de aterrizar, ¿qué haces esta noche?

—¿Esta noche?, nada, ¿por qué?

—Tenemos que hablar y cuanto antes mejor.

—¿Qué pasa?, ¿estás bien?

—Estoy bien, pero tengo que contarte algo. ¿Cenamos esta noche en Chueca?

—Ya me he mudado a Chamberí, vente a cenar y así conoces el piso, prepararé algo rico.

—Genial, mándame las señas.

Le colgó y se quedó un poco perpleja por eso que le quería contar, pero no quiso darle más vueltas y se fue al gimnasio para relajarse, estuvo una hora y luego pasó al supermercado, compró lo que necesitaba y subió a su quinto piso sin ascensor pensando en la coach y en que seguro había acabado llamado a su madre, que le había soltado cien euros por la consulta, para quejarse de su insoportable hija deprimida.

No pudo enterarse de lo que había pasado porque no quería llamar a su madre, ni a nadie, tampoco a su suegra, que le había dejado un mensaje lacrimógeno hablándole de su pobre niño, el perfecto Andy, un hijo único mimado y adorado que al parecer nunca, jamás, había hecho nada malo, aunque ella, su malísima esposa, lo estuviera castigando de manera tan implacable e injusta.

Quería mucho a Rose McAllen, que desde el minuto uno la había adoptado como a una hija, lo mismo a su suegro, pero sabía que jamás llegarían a entenderse, así que prefería no hablar con ella para no empeorar las cosas. Una lástima, porque esa mujer era un portento, la alegría de la huerta, y la echaba mucho de menos, casi tanto como a su hijo, que había heredado de ella esa alegría de vivir y esa sonrisa permanente.

Andrew... el apasionado, guapo y sexy Andrew James McAllen, que desde el primer segundo que la había mirado a los ojos la había embrujado para siempre.

Lo suyo sí que había sido un flechazo de película y ocho años después de aquello seguía disolviéndose como un azucarillo cuando la miraba, le sonreía o le guiñaba un ojo... cuando la tocaba o le hacía el amor con esa intensidad tan suya, tan varonil, y tan vehemente... lástima que lo hubiera tenido que ver en una tesitura muy parecida con otra mujer y siendo *trending topic* en todas las redes sociales.

—Hola, Alex —respondió el teléfono a su amigo mientras preparaba la cena y él la saludó con esa voz tan pija que tenía.

—Estoy en casa de mis padres, en Westminster, y me dejan llevarte algún libro de su biblioteca. ¿Alguna preferencia?

—Vaya...

Metió el salmón al horno y se enderezó rememorando la espectacular biblioteca privada que tenían los señores Hiddleston, unos conocidos miembros de la aristocracia británica, en su casa de Westminster. Una biblioteca maravillosa que solo era una muestra de su enorme patrimonio artístico, uno de los más valiosos del Reino Unido, que mantenían a buen recaudo en su finca de Hampshire, muy cerca de la ciudad de Winchester, donde había tenido la suerte de pasar un verano entero trabajando con su conservador.

—No quiero que toques nada, Alister, déjalos ahí tranquilos.

—Siempre tan prudente, venga, diviértete un poco, te encantan estos vejstorios.

—Y porque me encantan no quiero que viajes con ellos. ¿Cuándo vienes?

—Pasado mañana.

—Vale, genial, mi hermana dice que coincidirá contigo en el seminario.

—Exacto y los dos tenemos muchos planes para sacarte de casa y hacerte feliz.

—Ya veremos.

—Nada de ya veremos. En fin, tengo que dejarte, mis padres tienen invitados. Un beso.

—Adiós.

Le colgó moviendo la cabeza, porque le hacía mucha gracia su acento y esa forma tan sofisticada que tenía de desenvolverse, y suspiró mirando a Lola, su gata, que la observaba siempre con tanta atención.

Le acarició la cabeza y decidió trabajar un poco antes de que llegara Inés. Se sentó frente al ordenador y pensó en Alister Hiddleston, ese noviete que se había echado durante su Erasmus en Londres y que durante años la había perseguido con sus galanterías y sus declaraciones de amor.

Era muy peculiar, un tío inteligente, médico formado en Cambridge, educado, divertido y con mucho dinero. Uno de los mejores partidos de su país, decía él sin cortarse un pelo, pero con el que compartía poco más que amistad y buen rollo, ninguna química amorosa o sexual. Aunque al principio lo había intentado y habían salido juntos e incluso había accedido a pasar ese verano en su casa de Hampshire trabajando para sus padres, nunca había conseguido enamorarse de él.

Alister la había conquistado a los veinte años a base de insistir y portarse como un caballero medieval, pero ella no había sobrepasado jamás la barrera de los besos y los paseos de la mano. Siempre supo que no llegaría a más con él, así que siempre había puesto sus límites, sin embargo, él no se había rendido nunca, ni siquiera cuando le contó desde Escocia que había conocido al amor de su vida.

Así llevaban muchos años de amistad, él con sus insinuaciones, ella siguiendo la broma y Andrew odiándolo con toda su alma, por pegajoso y por inglés, decía, porque como buen escocés no los soportaba e incluso se negaba a verlo si aparecía por Edimburgo.

Jamás se habían tolerado y cuando todo el escándalo del video sexual de Andy había salido a la luz, el primero en estar allí a su lado facilitándole las cosas (también poniendo a caldo a su marido) había sido Alex Hiddleston. Él le había ofrecido dinero y opciones para salir de Escocia y ella lo había rechazado todo, pero sí había aceptado su apoyo, sus visitas o sus charlas telefónicas porque en realidad era el único que estaba al 100% de su parte, sin fisuras, sin dudas, sin una pizca de simpatía hacia Andrew, y eso, cuando se estaba cabreada y ofendida, era el clavo perfecto al que agarrarse.

—Hello, Mrs. McAllen —saludó Inés a las nueve de la noche, cuando apareció con una botella de vino y quejándose en su puerta— ¿No podías buscarte un sitio con más escaleras, bonita?

—Parece que no puedo pagar un edificio con ascensor. Pasa —la agarró por el cuello y la abrazó muy fuerte—. Que ganas tenía de verte.

—Y yo a ti. Vaya, esto es diminuto —miró el estudio y dejó su chaqueta—. Todo entero es del tamaño de tu dormitorio de Edimburgo. ¡Hola, Lola!

Se agachó para saludar a su gata, que la miraba con un poco de desconfianza, y movió la cabeza acercándose a la cocina americana.

—¿No se acostumbra a Madrid?

—No demasiado, han sido muchos cambios y además creo que echa de menos a Andy, cada vez que entro lo busca detrás de mí, ya sabes que la volvía loca, lo adoraba.

—Es que está muy bueno ¿verdad, Lola?, era para volverse loca por Mr. McAllen.

—He hecho un poco de salmón y ensalada... ¿Qué tal en Los Ángeles?

—Solo trabajo, muy aburrido, no me gusta nada esa ciudad. Tenía previsto viajar a Nueva York para ir a veros, pero de repente me acordé de que tú estabas en Madrid y me vine directo hacia aquí.

—Pues, muchas gracias, es un alivio estar con alguien que no me mira como si fuera la bruja de Blancanieves.

—Lo sé, venga, vamos a tomar un poco de vino, tengo que contarte una cosa.

—¿Has conocido a alguien? —la miró de reojo sirviendo la cena y ella negó con la cabeza.

—Líbreme Dios, no es eso. ¿Sabes algo nuevo de Andrew?

—Nada después de la discusión por la dichosa traducción jurada, pero está en Manhattan, así que supongo que ya se le habrá pasado el enfado y estará encantado, ya sabes que le chiflan los Estados Unidos.

—Pero está solo.

—No por mi culpa —se pasó la mano por la cara y tomó un sorbo de vino—. Bueno, ¿qué me querías contar?

—Me es imposible imaginármelo allí solo, como es imposible mirarte a ti y no esperar a que aparezca de repente para cenar con nosotras. Yo soy como tu gata, que si ve a uno espera que detrás venga el otro.

—Madre mía.

—Ok, no más malos rollos. Venga... esto está buenísimo, ¿qué tal tus hermanos? Iñaki me pidió que le moviera el currículo dentro de mi empresa, ¿te lo había dicho?

—No, no sabía que andaba buscando trabajo.

—Eso dice, supongo que quiere cambiar de aires y dejar de ver a su ex y a su nuevo novio.

—Supongo, pero no sé nada, a mí casi no me habla, ya sabes que está en el equipo contrario —le sonrió e Inés respiró hondo y bebió más vino— ¿Me vas a contar de una vez que te ha pasado?

—A ver, es que estando en Los Ángeles me invitaron a una fiesta y en la fiesta me presentaron a una persona que resultó ser muy interesante, reveladora, diría yo.

—¿Ah sí?, ¿quién?

—Una amiga de Kimberly Hudson.

—¿Perdona?

—Sí, una amiga íntima, o una ex íntima de esa tía y me contó...

—No quiero saber nada.

—Escucha, me contó que la tal Kimberly es una *influencer*, una *youtuber*, *instagramer* o cómo se

diga, medio conocida, y que es habitual que monte escándalos de índole sexual para compartirlos con sus seguidores, es una profesional de...

—Me da igual... —se le quitó el hambre de inmediato y se levantó de la mesa— ¿Vas a querer postre o solo una infusión?

—Andrea...

—¿Qué?

—Creo que esto cambia bastante la perspectiva de todo este tema, porque esa mujer fue a por Andrew a propósito, a saco, buscaba muchos *likes* en sus redes sociales, nada más y, como él siempre ha jurado de rodillas, no la conocía apenas...

—Sé que casi no la conocía, esa no es la cuestión, la cuestión es que para una vez que se queda solo en casa la monta a esos niveles con una exalumna. ESE es el problema, que mi marido armó la mundial con otra tía en mi ausencia, con la mala fortuna de que ella, además, la documentó y luego la colgó en Internet.

—Lo sé, pero conociendo ahora el percal...

—Sinceramente, lo que haga esa mujer con su vida, sus redes sociales o su puñetera madre, me importa un carajo, mi problema es con Andrew, no con ella.

—Andy... hay gente que se cuelga de edificios para hacer una foto, otros se despeñan por acantilados para grabar el mejor video, ella busca tíos buenos y los pone en situaciones comprometidas para...

—Te lo pido por favor, no quiero hablar más sobre esto, no puedo o me voy a acabar tirando por una ventana.

—Vale, lo siento, pero me parece muy relevante y tuvimos tiempo para hablar mucho rato sobre esa mujer, creí que te gustaría escuchar lo que me dijeron.

—Pues no.

—Está bien... —la miró con sus ojos claros muy abiertos y luego le sonrió—. Quiero postre, un poco de fruta estaría bien, gracias.

—Siento ser tan radical, pero es que no puedo más, no puedo procesar más información o...

—Lo sé... cambiando de tercio, ¿sabes quién me llamó por teléfono ayer?

—No, ¿quién?

—Duncan Harris en persona.

—¿En serio?, ¿qué quería?

—No sé, fue un poco raro, me dijo que necesitaba un hotel en Ibiza para la despedida de soltero de Kyle MacIntyre, el hermano de Ewan, y que sabía que mi compañía tenía unos muy buenos allí y que igual le podía gestionar el evento... yo creo que él tiene asistentes y gente para que le hagan esas cosas, no sé a qué coño me llama a mí.

—Es una buena excusa para hablar contigo.

—¿Connmigo?, ¿Duncan Harris?, ¿de qué?, ¿de vosotros?

—Espero que no, espero que quiera hablar contigo de ti, de vosotros, siempre le has gustado.

—¿Yo a ese tío?, por favor, si se ha tirado a todas las Ángeles de Victoria's Secret.

—¿Y?, tú estás más buena que cualquiera de esas tías, y encima eres lista y divertida.

—Eso lo dices tú, que me miras con buenos ojos, amiga del alma —movió la cabeza y Andrea sonrió, porque sabía que en el fondo le encantaba Duncan, aunque lo negara—. Tu móvil.

—Ya —miró el teléfono que vibraba sobre la mesa y lo ignoró—. Déjalo.

—¿Quién es a estas horas?, ¿tu madre?, ¿el pesado de Alex Hiddleston?

—No, es Andrew.

—¿Y no le vas a contestar?

—No, llama todas las noches y deja un mensaje, no será nada importante. ¿Nos vemos una peli?, te quedas a dormir aquí, ¿no?

5

—¡Andrea!

Gritó y saltó en la cama, miró a su alrededor y por un momento se desorientó totalmente, estiró la mano buscando a su mujer, pero al no encontrarla se situó, desvió los ojos hacia la ventana y contempló Manhattan con el corazón a punto de estallarle en el pecho. Observó las sábanas y se dio cuenta de que había eyaculado en medio de un sueño húmedo que había terminado en pesadilla. Una puta pesadilla.

Se levantó maldiciendo en arameo y se metió debajo de la ducha con ese deseo punzante e incómodo atravesándole todo el cuerpo, porque llevaba muchos meses a palo seco, sin tocar a su mujer, y estaba empezando a ponerse enfermo. Tenía treinta y ocho años, estaba sano y lleno de energía, necesitaba echar un buen polvo o acabaría matando a alguien.

Cerró los ojos y pensó, como no, en Andrea, en lo sexualmente activa e intensa que era.

Todos sus amiguetes se acababan quejando de la apatía que desarrollaban sus mujeres, de la falta de interés o de la rutina en sus relaciones sexuales, y él siempre se callaba porque lo suyo con Andy era pura dinamita, seguía siéndolo después de seis años de matrimonio y estaba seguro de que seguiría siendo así siempre, porque la química que compartían era inagotable, estaban locos el uno por el otro y no podían tocarse sin que sus cuerpos experimentaran un verdadero cataclismo.

El caso es que ella era virgen cuando se habían conocido. Contra todo pronóstico esa chica preciosa y sexy, extremadamente sexy, era virgen cuando había aparecido en su despacho, recién cumplidos los veintidós años, para que la ayudara con su máster en poesía escocesa del siglo XVIII y, sin embargo, en seguida se había revelado como una mujer sensual y desinhibida, muy intensa, y juntos habían desarrollado una comunicación sexual extraordinaria, llena de calidez y confianza, que siempre le había parecido única e inquebrantable.

La amaba hasta lo indecible, desde el minuto uno se había enamorado de ella. No había nada en esa mujer que no pudiera adorar, que no pudiera desear. Se llevaban de maravilla, era su mejor amiga, su compañera de viaje, su cómplice, pero, si tenían un punto fuerte a destacar era la intimidad, el sexo, y lo echaba tanto de menos que empezaba a sufrir las consecuencias de la abstinencia, no era ninguna broma, su organismo empezaba a dar muestras de ansiedad, estaba mucho más irascible de lo normal, mucho más tenso, y ni masturbarse conseguía aliviarlo, así que se estaba empezando a preguntar si no acabaría necesitando ir al médico.

Pensar en el sexo lo volvió a excitar y se tocó pensando en ella, en su boca jugosa, en su cuerpo perfecto y suave, en sus caderas acogedoras, en su vientre tenso y caliente, donde debería estar creciendo su bebé, ese hijo que estaban buscando con tanta ilusión y que era lo único que les faltaba para completar su felicidad.

Respiró hondo y le pareció sentir sus senos turgentes y firmes contra su pecho, con esos pezones sonrosados y deliciosos que podía morder y lamer sin descanso hasta quedarse dormido. Su trasero respingón e igualmente suave, sus muslos abriéndose para dejarlo entrar sin medias tintas dentro de ella y balancearse en su interior mientras la besaba y le devoraba la lengua y la miraba a los ojos, esos ojos oscuros que siempre lo observaban con tanto amor.

Se corrió con una fuerza increíble y apoyó la frente en los azulejos de la ducha estremeciéndose de arriba abajo, sintiéndose de pronto fatal. La deseaba tanto y la estaba perdiendo, la estaba perdiendo de verdad, aunque se negara a aceptarlo, y se le vinieron a la cabeza imágenes de ella sollozando desolada en el suelo, de rodillas sobre la alfombra, con el móvil en la mano... después de haber visto esas infames imágenes suyas con esa mujer...

—¡No me toques, tú no me vuelves a tocar en tu vida, Andrew, nunca más!, ¡aléjate de mí!

Le había gritado entre lágrimas, ahogándose en sollozos, sin querer escucharlo, ni mirarlo, ni darle una oportunidad para explicarse.

¡Hostia puta!, bramó y dio un puñetazo en la pared para no echarse a llorar. Nunca se podría perdonar el daño que le había hecho, jamás, entonces, ¿cómo podía esperar que ella lo perdonara?

Salió de la ducha y se vistió, machacándose por la torpeza, la borrachera, la estupidez y todo aquel mal fario que lo perseguiría el resto su vida. Encendió el móvil y miró su fotografía, la que ocupaba la pantalla, donde salía preciosa con su pelo y sus ojazos castaños, que eran de otro mundo, sonriendo y abrazando a su gata Lola. Suspiró y la llamó, le saltó el contestador automático, pero tragó saliva y le dejó un mensaje.

—Amor, solo necesitaba decirte que te quiero y pedirte otra vez perdón. Te amo ¿lo sigues sabiendo, cariño?, ¿lo sigues sintiendo? Es imposible que no sientas cuánto te quiero, que no sepas cuánto lo siento. Lo siento tanto, Andy...

No pudo terminar de hablar, porque el llanto no lo dejó, y colgó tirando el móvil sobre un sofá, se pasó la mano por la cara y decidió que lo más sensato era ir a trabajar, aunque fuera 31 de octubre, para intentar hacer algo útil antes de perder definitivamente la cabeza.

—Doctor McAllen, qué sorpresa verlo por aquí —de repente la voz de una mujer lo interrumpió y levantó la cabeza para mirar quién era—. Soy Hanna Heines, de segundo...

—Sé quién es, señorita Heines, ¿necesita algo? Hoy no pasaré tutorías.

—Lo sé, es que vine a dar una vuelta por el departamento y verlo por aquí, pues... esta noche es Halloween, nadie está trabajando.

—Yo sí, para mí no es un día festivo.

—¿No va a pasarse por la fiesta del campus?

—No creo, ¿necesita algo? —insistió al ver que se acercaba a su escritorio y de reojo miró la puerta que, afortunadamente, seguía abierta.

—No, no necesito nada, pero aprovecho de dejarle esto —le enseñó un folleto y luego lo deslizó sobre sus papeles—. En realidad, yo soy actriz, es lo que quiero ser, y tenemos una representación de Shakespeare en el parque, en Central Park el domingo, “Sueño de una noche de verano”, si

quiere pasarse sería un honor y luego podríamos ir a comer o a tomar algo...

—Se lo comentaré a mi mujer, le encanta “El sueño de una noche de verano”, gracias —corrigió el título y mintió en lo demás por puro instinto, y ella se puso roja como un tomate.

—Ah, vaya, su mujer, creíamos que estaba divorciado.

—¿Perdone?

—Lo siento, doctor McAllen, yo...

—Andrew McAllen, al fin te pilló —de repente apareció por la puerta Iris Walter, una colega a la que conocía desde hacía muchos años, y se puso de pie para saludarla—. Sabía que estarías currando ¿Qué pasa, señorita, Heines?, ¿qué hace en la facultad un día no lectivo?

—Buenas tardes, profesora Walter, ya me iba. Adiós.

—Adiós —la siguió con los ojos y luego lo miró a él—. ¿Ya empiezan a intentar llevarte al huerto?

—¿Qué?

—No te hagas el loco, Andy, van detrás de ti como hienas, pero yo tengo preferencia por eso de la antigüedad.

—Madre mía.

—¿Vienes a la fiesta de Halloween?

—No, tengo...

—Me parece perfecto, porque vengo a proponerte un plan mucho mejor —lo miró de arriba abajo y suspiró—. Cena, copas y un poco de sexo salvaje en mi piso, es muy acogedor, te va a encantar.

—Estoy casado —respondió frunciendo el ceño y mirando la hora.

—No es eso lo que se dice por ahí...

—¿Disculpa?

—Al verte sin tu Andy llamé a Edimburgo y mi primer contacto me contó que ella te había dejado en enero, después de ese bochornoso *affair* tuyo con una exalumna.

—No tuve ningún *affair* con nadie, ni bochornoso, ni de ningún tipo.

—No te enfades, la gente habla y yo me informo, no en vano, tú y yo fuimos muy íntimos en el pasado.

—¿Cuándo?, ¿una vez en Londres hace mil años?

—Una vez que yo no he olvidado, Andrew —se le acercó coqueta—. Sigues estando cañón y yo también, podríamos retomarlo dónde lo dejamos. Nunca me llamaste después de aquello, han pasado quince años y ahora tenemos la oportunidad de volver a intentarlo, sexo sin compromiso se llama... es noche de Halloween.

—No, gracias.

—¿En serio? —le acarició un bíceps y él se apartó.

—Iris, me caes genial, me ha encantado verte en Nueva York y agradezco tu oferta, pero, no, gracias. Estoy casado, sigo muy enamorado de mi mujer y cualquier problema que hayamos tenido

en el pasado lo estoy intentando solucionar, así que si no te importa... —le indicó la puerta y ella se encogió de hombros.

—Lo siento de veras, me sigues poniendo a mil, escocés.

—Debería irme, tengo un montón de cosas que hacer.

—Vale —lo observó cerrar el despacho y caminó con él por los pasillos—. Sé que te la jugaron de mala manera en Edimburgo, Andy, ha habido otros casos con esa misma tía aquí en los Estados Unidos, con otros profesores y con otros hombres comprometidos, es una cerda y lamento que os haya afectado tanto.

—Gracias.

—¿Tenéis una orden de alejamiento o...?

—Tomamos todas las medidas legales posibles, por supuesto no se puede acercarse ni a Andrea ni a mí y, como vuelva a difundir cualquier material relacionado conmigo, la mandarían a la cárcel.

—¿En Reino Unido?

—Aquí también, me he gastado una fortuna denunciándola en ambos países y poniendo cortafuegos legales contra ella. El despacho de mi padre tiene oficina en Nueva York y se han ocupado de perseguirla también en los Estados Unidos.

—Desde luego las imágenes desaparecieron en seguida.

—¿Has estado rastreándolas?

—Hombre, en el mundillo universitario no se hablaba de otra cosa y se trataba de ti, mi amor imposible.

—Debería irme.

—Oye, Andy, somos adultos, aquí no ha pasado nada, ¿ok?, no puedes culparme por intentar llevarte a la cama. Siento si te he incomodado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Tu mujer me cae genial, es una tía cojonuda, demasiado joven, y demasiado guapa, pero cojonuda y jamás intentaría birlarle al marido, ha sido un impuso, de verdad que creí que estabas divorciándote.

—Olvidado, me voy. Buenas tardes.

—Adiós.

La dejó en los jardines y caminó por el campus cruzándose otra vez con esa alumna, Hanna Heines, a la que ignoró descaradamente. Llegó a la salida principal buscando un taxi, pero decidió que sería más aconsejable pasear un rato para olvidar el mal rollo con Iris Walter, esa vieja amiga que siempre había sido muy agresiva sexualmente, y muy directa. Justamente lo que más le podía espantar de una mujer.

Dio unos pasos cerrándose la chaqueta, porque hacía mucho viento, y en ese preciso instante le vibró el móvil en el bolsillo, lo cogió y al ver que se trataba de Andrea se detuvo, respiró hondo y le contestó.

—Amor.

—Vaya, pensé que estabas en clase, te iba a dejar un mensaje.

—Es Halloween, no hay clases. ¿Qué pasa?, ¿estás bien?, ¿Andy? —la oyó sollozar y se le congeló el pulso—. ¿Andrea?

—Mi abuela... la yaya Maite... la encontraron muerta hace una hora en su casa, en su cama. No la habían visto en todo el día, no la localizaban, mi tío fue a verla y...

—Joder, lo siento de veras, cariño, yo...

—Ella te adoraba y sé que tú también la querías mucho y pensé... pensé que debías saberlo, solo era eso... por eso te he llamado.

—Mi amor...

—Bueno... nos vamos ahora a Donostia, hay que hacer muchos trámites y mi padre está desolado, así que nos vamos todos juntos. Mi tío Joseba dice que le tienen que hacer la autopsia... madre mía, pobrecilla, estaba sola.

—Lo siento mucho, cariño.

—Este es el peor año de mi vida, ya no sé qué más me puede pasar, en fin... tengo que irme, Alejandra y Javier me llevan en su coche. Adiós.

—Cielo...

Le colgó y él se quedó en medio de la calle como un pasmarote, sin poder reaccionar, totalmente impotente, tan lejos sin poder hacer algo por ella o por su familia.

Lo cierto que quería mucho a la abuela Maite, que los dos se querían muchísimo, y que Andrea sentía verdadera adoración por ella. Una abuelita de cuento que vivía en un caserío precioso cerca de Donostia, San Sebastián, en el País Vasco, donde Andrea y sus hermanos habían pasado todos los veranos de su vida, y donde ellos habían celebrado su boda un 2 de abril de hacía seis años.

—No entiendo lo que ha pasado —le había dicho por videoconferencia después del incidente de enero, con su nieto Iñaki al lado traduciéndole al inglés—, pero sé que no lo has hecho a propósito, Andrew. Yo sé que jamás harías daño a mi niña, sé lo que tú la quieres y también sé que estarás sufriendo más que nadie, porque perderla es lo peor que te podía pasar. Esa ha sido tu penitencia y con eso me conformo, así que ahora quiero que lo arregles, no sé cómo, pero arregla tu matrimonio de una vez para que Andrea deje de sufrir. Prométeme que lo arreglarás, prométeme que no te rendirás.

Y se lo había prometido, y a pesar de la barrera del idioma habían seguido en contacto y ella había seguido tratándolo como a uno más de su familia.

Recordar aquello le puso un nudo en la garganta, miró al cielo y luego la hora, levantó la mano y llamó a un taxi.

6

No sabía por qué el primer impulso había sido llamarlo a él, tal vez por la costumbre o la necesidad de oír su voz en medio de una crisis, no lo tenía claro, pero nada más hacerlo se había arrepentido, y no solo porque era inapropiado e innecesario, sino porque además se había demostrado así misma que era incapaz de gestionar su vida sin Andrew McAllen, y esa evidencia le daba mucha rabia.

Miró el salón de su abuela y se sentó en su silla de siempre para mirar el jardín. Todo estaba igual, incluso la labor encima de la mesa, y se le encogió el alma. La cogió para ver lo que estaba haciendo y en ese preciso instante su padre apareció con cara de angustia, así que se levantó y estiró la mano para abrazarlo.

—Me acaban de llamar tus suegros para darme el pésame, supongo que tú le avisaste a Andrew.

—Sí, ayer, él la adoraba.

—Y ella a él, decía que parecía un actor de cine —respiró hondo—. Le encantaba ir a veros a Edimburgo.

—Sí, es verdad.

—Ya tengo la ropa que tenía prevista... —comentó su madre saliendo del dormitorio principal con una bolsa—. Está todo aquí, no sé cuánto tiempo llevaba preparando su propio entierro.

—Desde hace diez años, desde que murió mi padre. Diga... —contestó al teléfono móvil y Andrea se le abrazó al pecho—. Vale, gracias.

—¿Qué pasa?

—Joseba dice que esta tarde a las seis llega al Tanatorio.

—Bueno... ha sido menos tiempo del previsto.

—¿Puedes confirmárselo a los McAllen, Menchu?, Andrew padre me ha dicho que querían venir al entierro.

—Mi inglés no da para tanto, cariño, que llame uno de tus hijos o la misma Andrea, que sigue hablándose con ellos, ¿no, hija?

—¿Para qué van a venir?

—¿Porque somos familia desde hace años y conocían a mi madre perfectamente, han alojado aquí varias veces y se desvivían por ella cuando iba a Escocia?.

—No te enfades.

—Es que no estamos para tonterías, hija.

—Vale —Asintió, observando cómo se marchaba cabreado y luego miró a su madre.

—Tiene razón, cariño —opinó ella—, se trata de algo importante y ya sabes que, a pesar de vosotros dos, nosotros seguimos manteniendo el contacto.

—¿A pesar de nosotros dos?

—Vamos, acompáñame a la funeraria para dejar la ropa y ver si la visten ellos o... no creo que ni tu padre ni Joseba puedan ocuparse de esto y hay que decidir otras cosas. ¿Has traído el carné de conducir o localizo a tu hermano?

—Ya te llevo yo.

Refunfuñó un poco y salió de la casa para ir a buscar el coche.

Había mucho lío en el caserío con las amistades y la familia entrando y saliendo, la gente haciendo preguntas y dándoles el pésame, pero superó todo aquello y se subió al coche de su padre mirando de reojo las llamadas perdidas de las amigas de Madrid y de Ewan y Duncan, que estaba visto que también se habían enterado de la pérdida.

Contestó a todo el mundo por WhatsApp con el mismo mensaje de agradecimiento y pensó en Andrew, subió los ojos y observó el monte verde y húmedo, la zona dónde habían conseguido, hacías seis años y medio, officiar su boda, y tragó saliva.

El tiempo pasaba volando, desde luego, demasiado rápido, y por desgracia su abuela, que le llevaba rogando bisnietos desde la luna de miel, se iba a quedar sin verla embarazada o criando hijos, si eso llegaba a suceder alguna vez, porque acababa de cumplir los veintinueve y solo podía vislumbrar un futuro muy negro por delante.

—Cuando yo me muera nada de tanatorio, ni rollos raros, lo dejaré por escrito. A mí me donáis a la ciencia.

Le susurró su hermana agarrándola por el brazo en el tanatorio, dónde llevaban dos horas recibiendo a la gente y agradeciendo las condolencias con medias sonrisas, intentando parecer serenas, aunque a ella de vez en cuando le entraba la llorera y se abrazaba a tal o cual amiga de su abuela hecha un mar de lágrimas.

Era penoso, lamentable, porque solo se trataba de un ritual que alargaba la angustia y la tristeza, pero no podían escaparse. No podían huir e irse a cenar bien lejos, así que sujetó la mano de Alejandra y se la llevó fuera de la sala para tomar un poco de aire en un *hall* bastante bien iluminado y acogedor donde seguía habiendo trasiego de personas, pero donde al menos había sillones más cómodos para sentarse.

—Qué alivio, ¿voy a buscar algo de beber?

—No, Andrea, gracias. ¿No viene Inés?

—Sí, llega esta noche para el entierro de mañana.

—Si llega a una hora razonable nos podríamos ir de tapeo. Seguro que la abuela querría que la honráramos con unos buenos vinos y un poco de fiesta.

—Y a papá le da algo.

—Andy, no tienes que contarle todo a papá, tienes veintinueve años.

—Y tú treinta y seis y deberías portarte como una mujer adulta.

—Señor... —protestó y le señaló el móvil que llevaba en la mano— ¿Y Andrew no viene?

—No, no va a venir desde Nueva York.

—Si estuvierais juntos seguro que vendría desde la Conchinchina.

—No es el caso —se sonó y sintió que otra vez se le llenaban los ojos de lágrimas.

—De todas maneras sigues siendo su familia, la abuela lo... ¡La madre que me parió!

—¿Qué?, ¿qué pasa?

Alejandra sonrió señalando la puerta principal y ella se giró a tiempo de ver a su hermano entrando con sus suegros, los dos de negro, y un paso por detrás a Andrew, guapísimo vestido de azul marino, con el pelo claro y ondulado un poco revuelto y peinado hacia atrás, muy serio y estirando la mano para estrechársela a sus primos y a su tío Joseba, que lo abordaron en seguida para saludarlo.

Sintió perfectamente cómo se le bajaba la tensión y le pitaban los oídos, porque hacía mucho tiempo que no lo veía en persona, y todo su organismo reaccionó como siempre, revolviéndole desde las hormonas al sentido común. Bajó la cabeza y cerró los ojos en un intento inútil por hacerse invisible, porque no necesitaba hablar con él, no quería mirarlo a los ojos, no en ese momento, y empezó a pensar en mil formas de escaparse sin llamar mucho la atención hasta que oyó la voz de su padre llamándola.

—¡Andrea!, ven a saludar, hija.

—Tesoro... —susurró su suegra y ella se puso de pie, dio unos pasos y la abrazó sin mirar a nadie—. Lo siento tanto, cielo, sabemos lo mucho que significaba Maite para ti, ¿cómo estás?

—Muchas gracias por venir, no teníais que...

—Claro que teníamos, somos familia —habló su suegro acariciándole la espalda—. Esta es una pérdida irreparable para todos. Estamos desolados, ¿cómo estás tú, Andy?, ¿necesitas algo?

—Bueno...

Se apartó de ellos, se arregló el pelo y se echó a llorar. Sacó los pañuelos de papel y en ese preciso instante sintió la mano grande, segura y firme de Andrew en el cuello, un segundo antes de que, con propiedad y sin mediar palabra, tirara de ella para estrecharla contra su pecho.

Lo siguiente fue como en una película, porque sin poder controlarlo se aferró a él y siguió llorando, escondiendo la cara en su camisa que olía de maravilla, como él mismo, que siempre olía tan bien, y que mientras ella lo empapaba en lágrimas, le besaba el pelo y le acariciaba la espalda sin decir nada.

Mario Benedetti había escrito una vez que cuando uno llora, nunca llora por lo que llora, sino por todas las cosas por las que no lloró en su debido momento, y eso fue exactamente lo que le ocurrió en el tanatorio. Sin proponérselo y sin poder contenerse lloró no solo por la muerte de su abuela, sino por todo lo demás. Por los últimos meses horribles que llevaba, por su separación, por la pérdida de su bebé, por la soledad y la añoranza, la traición y por todas esas cosas que le

habían cambiado la vida para siempre, y que no había podido compartir con él, que era la única persona en el mundo que sabía consolarla de verdad.

—Lo siento —le dijo al cabo de un rato y lo apartó con las dos manos mirando al suelo—. Estoy fatal, lo siento y gracias por venir, no tenías por qué...

—Mírame.

—No, no voy a mirarte, ni a confraternizar contigo, esto ha sido un lapsus, llevo unos días muy duros, estoy agotada y... no sé qué me pasa. Voy a buscar a mi madre... —se secó la cara y miró a su alrededor comprobando que los habían dejado solos—. Y otra vez gracias por venir.

—No —la sujetó por la muñeca y se inclinó buscando sus ojos—. Mírame, soy yo, ¿ok?, estoy aquí, al menos mírame a la cara.

—¿Para qué? —subió los ojos y miró los suyos que eran de un color indefinido, entre azul y verde, preciosos, respiró hondo y se cruzó de brazos.

—Para nada, solo necesito mirarte —le sostuvo la mirada, estiró un dedo y le limpió una lágrima, pero ella reculó de un salto—. Andy...

—Tengo que volver con mi familia.

—Amor...

—Gracias por venir —le dio la espalda con las piernas de lana y él la detuvo cruzándose en su camino.

—¿Por qué no te vienes conmigo a Nueva York?, solo unos días para descansar de todo esto y así hablamos porque, aunque no te lo creas, si te paras a pensar un poco, tú y yo aún no hemos hablado tranquilamente de lo que pasó en enero.

—Era bastante obvio, no había nada de lo que hablar.

—Hay mucho de lo que hablar, deberías darme una oportunidad para...

—Es el velatorio de mi abuela, no voy a hablar ahora contigo, ni de eso ni de nada, ¿estás loco?

—Si pudiéramos charlar como personas normales, no estaría aprovechando una circunstancia tan dolorosa para abortarte.

—Eres increíble —lo rodeó y él la agarró por la muñeca muy fuerte—. No me toques.

—Amor...

—Y no me llames así, no sé por qué me sigues llamando así.

—Porque eres mi amor. Mírame... —se la pegó al cuerpo y ella se revolvió—. Andy.

—Estamos en un tanatorio, aquí hay gente muerta y familias destrozadas, ¿sabes? ¿Qué coño te pasa?

—Está bien, entremos... —la agarró de la mano mirando hacia la sala donde estaba su abuela, y entrelazó los dedos con los suyos como si tal cosa.

—¡Andrew!

—¡¿Qué?!

—Suéltame, pareces un crío, en serio. ¿Quieres que acabe llamando a seguridad?

—¿Seguridad?, solo estoy cogiendo la mano de mi mujer.

—Serás capullo.

—No, Andrea, así no —no la soltó y ella se intentó apartar mascullando todo tipo de palabrotas, hasta que la voz de su hermana la paralizó en el acto.

—Pero... ¡¿Qué hacéis?!, buscaros un hotel.

Interrumpió Alejandra, caminando hacia ellos con el ceño fruncido, y Andrea intentó zafarse otra vez de su manaza, pero él no la dejó, así que acabó bufando con los ojos muy abiertos mientras a su hermana le entraba una risa de lo más inoportuna.

—Hola, cuñado ¿No me das un abrazo?

—Hola, Ale y lo siento mucho —se acercó para darle un abrazo y Andrea aprovechó la oportunidad para apartarse de él y volver a la sala del velatorio muy digna, aunque el corazón se le iba a salir del pecho.

—Parecéis dos críos de instituto, macho —oyó que decía Alejandra—. Deberías raptarla y llevártela de vuelta a Edimburgo a la fuerza.

—¿En serio?, llevo meses planteándomelo, pero...

Ella ya no oyó nada más, salvo la risa de su hermana, que parecía muy divertida bromeando con su cuñado infiel, porque ahí parece que todo el mundo se olvidaba de las cosas, todos menos ella, que no estaba para bromas, ni para chorradas, menos aún en un día como ese.

Entró en la salita, caminó hacia su padre y se le sentó al lado muy seria, y furiosa, y también emocionada, porque ver a Andrew allí, procedente de Nueva York, era una de las cosas más bonitas que él podría haber hecho por ella en ese momento... y se lo agradecía, para qué lo iba a negar.

7

—¿O sea que pudisteis hablar? —preguntó Ewan y él respiró hondo entrando en el ascensor.

—Hablé yo y ella escuchó.

—Me sigue pareciendo increíble que una tía inteligente y empática como Andrea se enroque de esta forma. Comprendo que fue una putada lo que pasó y que se sintió públicamente humillada y todo lo demás, pero, que diez meses después siga sin querer hablarlo contigo es... preocupante.

—¿Preocupante?

—Andy, sabes qué te quiero, eres mi hermano, también quiero a Andrea, siempre me habéis parecido la mejor pareja del mundo, pero...

—¿Qué?

—Creo que deberíamos empezar a asimilar que tal vez, ojalá no, pero, a lo mejor...

—No pienso rendirme, Ewan, eso ni lo sueñes. Ella sigue siendo mi mujer, sé que me quiere y este bache es eso, solo un bache, no pienso contemplar otra posibilidad.

—Vale.

—Vale, te dejo, me voy a trabajar y...

—Feliz cumpleaños, Andy. Te veo esta tarde para celebrarlo.

—Genial, tío, hasta luego.

Colgó y miró el cielo gris de Manhattan. Dos de diciembre, su treinta y nueve cumpleaños y ahí estaba, lidiando no solo con sus propios temores, sino también con los de los demás.

¿Cuánto tiempo era razonable esperar para reconciliarse con una esposa?, ¿cuántos meses de separación eran aceptables antes de tirar la toalla?, ¿cuánto debía insistir con Andrea antes de darse la vuelta y seguir su vida sin ella?... No lo sabía, no estaba seguro de nada, de nada salvo de una cosa, de que la seguía queriendo, así que de momento no pensaba dar un paso atrás.

Debía mantenerse firme y eso pasaba por frenar las insinuaciones de sus más allegados que, incluso en el día de su cumpleaños, se atrevían a cuestionar su relación y a dejar caer de forma sutil alguna que otra duda sobre su futuro. Ya le había pasado con sus padres, con Duncan e incluso con Ewan, que se suponía era su mayor apoyo, así que no quería ni imaginar lo que podrían llegar a pensar o a decirle los demás.

Consiguió un taxi y se encaminó hacia la facultad pensando en Andrea, que era muy aficionada a celebrar los cumpleaños. Desde que la conocía no había pasado un solo cumpleaños sin el desayuno en la cama, un montón de mimos, regalos y tartas caseras, así que esa mañana, cuando había despertado solo en su cama de Nueva York, con la casa en silencio y ni un solo beso

de buenos días, se le había caído el alma a los pies.

Ya eran las ocho de la mañana, las dos de la tarde en Madrid, y por supuesto no lo había felicitado. Sus suegros y su cuñada sí, su familia y amigos de Escocia también. Tenía más de cuarenta mensajes en el teléfono móvil, pero él solo quería oír su voz y sentir su cariño, aunque fuera a la distancia, pero eso no iba a pasar, así que pretendía superar el día ignorando la fecha y los treinta y nueve, que se le venían encima como una losa.

Cerró los ojos y pensó en todo lo que le había dicho la última vez que habían hablado en San Sebastián, después del entierro de su abuela.

Él la había perseguido y acosado los dos días que había pasado en España hasta que ella había cedido y se le había sentado delante, con un frío espantoso, en la terraza de la abuela Maite, para escuchar de una vez por todas lo que le tuviera que decir y él, superando la impresión de verla tan cerca y a la vez tan distante, había tragado saliva, había buscado sus ojos y había hablado con el corazón en la mano.

—Yo no te fui infiel, Andrea. Yo jamás he tenido una aventura con nadie, menos con esa mujer que ni siquiera conocía, solo fue una noche de borrachera que se desmadró. No me acosté con ella, no recuerdo lo que pasó, pero sé que no me acosté con ella porque cuándo Duncan me la quitó de encima yo...

—¿Tenías los pantalones puestos?, eso ya me lo explicó tu amigo al detalle.

—No estoy bromeando.

—Yo tampoco.

—¿Nunca debí ir a esa inauguración y perder los papeles?, sí, perfecto, pero no me puedes acusar de infidelidad porque yo no te fui infiel. La infidelidad requiere de una acción voluntaria, se alimenta del engaño, y yo nunca te he engañado. Jamás había tratado con esa persona fuera del ámbito académico... ¿Cómo iba a serte infiel si estábamos en el mejor momento de nuestro matrimonio?

—Sé lo que vi y eso no lo podré superar jamás.

—Ok, lo entiendo perfectamente, claro que lo entiendo, pero la esencia de este problema es que me acusas de serte infiel y yo no te fui infiel. Solo fue un desmadre que se grabó a propósito y que...

—¿Quieres que me olvide de que te besaste y manoseaste con una desconocida y que después todas las personas que me importan lo vieron por Internet?

—¿Cuál es el problema real: la supuesta infidelidad o la difusión de las imágenes?

—Ambas cosas, Andrew.

—Ambas cosas de las que también soy una víctima involuntaria, aunque tú no lo veas así.

—Nadie dice que no seas una víctima, yo...

—Si yo fuera una mujer se contemplaría la posibilidad de que me metieron algo en la bebida, que me manipularon y provocaron una situación denigrante a mi costa para ganar *likes* en una red social, sin embargo, al ser un tío solo soy un puto culpable infiel e inmoral que hizo daño a su mujer y que no se merece ni el beneficio de la duda.

—Bueno...

—No pretendo transferirte la culpa, Andy, solo quiero que dejes de mirarme como a un monstruo, recuerdes quién soy y me des una oportunidad, porque yo no he hecho nada de lo que pueda avergonzarme, nada conscientemente al menos. Yo te amo, no iba a poner en riesgo lo nuestro, nuestra vida, el bebé que estábamos buscando, nuestra familia, por una aventura con una alumna. Tú sabes que yo no soy así. Sabes que soy cabal, un hombre fiel y leal, que tú lo eres todo para mí, tú lo sabes. Ahora mírame a los ojos y dime que no me crees y que sigues pensando que solo soy un puñetero infiel que no merece tu perdón.

—Madre mía, Andrew, ¿por qué me lo pones tan difícil?

—¿Tú me quieres?

—Claro que te quiero, por supuesto que te quiero, pero ojalá no te quisiera. Ojalá no me importaras nada, porque así esto no dolería tanto...

—Ok, no llores así, por favor —se le acercó, se sentó a su lado y la abrazó contra su pecho porque sollozaba y temblaba entera—. Mi vida, déjame compensar todo este daño, déjame arreglarlo, vente conmigo a Nueva York y empecemos de cero.

—Tengo trabajo, no puedo.

—Sé que trabajas desde casa, puedes trabajar desde Manhattan y...

—No —se puso de pie de un salto y se arregló el pelo—. No, ahora no puedo, pero me alegro mucho de haber tenido esta charla contigo y no descarto que...

—¿En serio?, ¿no descartas darme otra oportunidad?

—Creo que algo muy grande se ha roto entre nosotros. Aún estoy en estado de shock y creo que en este momento soy una pésima compañera de piso y de viaje y de todo lo demás... pero en cuánto esté mejor volveremos a hablar, si aún quieres intentarlo.

—Me gustas hasta en tus peores momentos, cariño, puedo soportar cualquier cosa si estás conmigo.

—No te gustarán los reproches y las dudas, y la pena esta que me inunda y no me deja respirar, créeme, ahora no me aguanto ni yo. Necesito tiempo para sanear un poco esto que tengo aquí dentro, necesito estar más fuerte para no acabar empeorando las cosas, ¿vale?

—Vale.

Y se habían abrazado y se habían despedido como dos personas civilizadas, y él había regresado a los Estados Unidos con una luz de esperanza, aunque ni a sus más allegados les había contado en detalle la charla para no crear falsas expectativas, y con la convicción clara de que, si tenía un poco más de paciencia, todo volvería a la normalidad porque ella, lo había dicho en voz alta, lo seguía queriendo.

—Hola, tío —contestó el teléfono en español a su cuñado Iñaki y él se echó a reír.

—Hola, colega, ¿practicando el castellano?

—Ya ves.

—Lo primero, feliz cumpleaños.

—Muchas gracias.

—¿Qué tal estás, hermano?

—Bien, en la universidad, trabajando. ¿Tú qué tal?

—Bueno, ahora mismo no muy bien, estoy muy cabreado, Andy, y esta vez no puedo callarme, aunque sea tu cumpleaños o aunque...

—¿Qué ha pasado?, si se trata de tu hermana yo no... no voy a discutir contigo sobre ella, sigue siendo mi mujer y ya te he dicho que...

—Estaba embarazada, Andrew, tu mujer estaba embarazada. Perdió al bebé y no te ha dicho nada.

—¿Perdona? —parpadeó completamente desconcertado y sintió que el corazón se le subía a la garganta.

—Nosotros tampoco sabíamos nada, a mis padres casi les da un infarto, lo hemos sabido por casualidad porque...

—¿Embarazada? —repitió e Iñaki respiró hondo.

—Lo siento, Andrew, siento soltarlo así, pero es que ha sido un tremendo disgusto. Al parecer llegó embarazada de Edimburgo y a las dos semanas perdió a vuestro bebé. Alejandra la atendió en su hospital y sabe Dios por qué, acordaron guardar el secreto, pero anoche mis padres fueron a Urgencias por otro tema y una compañera de mi hermana se los soltó como si tal cosa. A mi madre casi le da un infarto y se ha montado la de Dios.

—Embarazada —repitió otra vez y se apoyó en una pared—. No puede ser.

—Pues es verdad, lo siento mucho.

—Ella nunca me ocultaría algo así.

—Lo ha hecho, a ti y a toda la familia, no sabemos por qué, porque se ha cerrado en banda y dice que no tiene que dar explicaciones a nadie. Nos mandó a todos a la mierda y no coge ni el teléfono porque se ha largado de viaje con Inés.

—Hostia puta —bufó, mirando la puerta del aula donde ya lo estaban esperando, y se pasó la mano por el pelo.

—Lo siento, tío, en serio.

—Ok, tengo que colgar. Adiós.

—And...

Ya no oyó nada más, salvo un pitido extraño en los oídos, pero se recompuso rápido y entró en el aula magna de la facultad pensando en llamar a Andrea de inmediato, porque no podía ser que...

—¡Feliz cumpleaños! —escuchó acercándose al pequeño escenario y volvió a la realidad mirando las gradas donde los alumnos lo esperaban de pie y entre aplausos.

—Vaya...

—Felicidades, doctor McAllen.

Hanna Heines, esa alumna que estaba en todas partes, o eso parecía porque no dejaba de encontrársela, se le acercó con una tarta de cumpleaños y la posó sobre el escritorio mirándolo a los ojos

—Lo he organizado yo, pensé que querría celebrar su cumpleaños a pesar de estar tan lejos de casa. Le hemos comprado un regalo.

—Muchas gracias —recibió el paquete y miró de reojo a Fiona Murray, que observaba la escena un poco apartada—. ¿Una primera edición de Las aventuras de Huckleberry Finn? Muchas gracias, me encanta Mark Twain.

—Sabía que le gustaría —la chica hizo amago de abrazarlo y darle un beso, pero él se apartó bruscamente, de un salto, dejando el regalo sobre la mesa.

—Ok, muchas gracias a todos por el detalle, pero ahora tenemos que empezar el seminario porque...

—¿No vamos a compartir la tarta, profesor?, he traído café para todos —lo interrumpió Hanna Heines con una gran sonrisa y él la miró ceñudo.

—No, ahora vamos a centrarnos en Robert Louis Stevenson, que es el motivo de este seminario.

—Pero...

—Ya es suficiente, señorita Heines —intervino Fiona—. Estamos en la universidad, no en la guardería, y las fiestas de cumpleaños pueden esperar. Ahora a trabajar.

8

—¿Te importaría salir a cenar con un profesor?

—¿Contigo?

—Claro, no pienso en otra cosa desde que llegaste a Edimburgo, señorita Aramburu o cómo se diga.

—Aramburu. No importa, sé que es muy difícil de pronunciar para un angloparlante.

—En fin, ¿te vienes a cenar conmigo?

—Por supuesto, muchas gracias.

—¿Tienes novio?

—¿A qué viene esa pregunta?

—A que quiero casarme contigo, antes o después, así que prefiero saber si tengo alguna competencia en España o aquí mismo.

—Andrew...

Andrew, susurró y se despertó de un salto totalmente desorientada. Eso pasaba por tomarse una valeriana, que siempre le provocaba un sueño muy pesado, pero no había podido evitarlo después de la última discusión que había mantenido con sus padres y con su hermano en Madrid, y que la había dejado hecha polvo.

Miró a su lado y contempló a Inés durmiendo a pata suelta en su butaca de *Business Class*. Su amiga estaba tan acostumbrada a viajar que se subía en un avión, a la media hora se dormía y despertaba fresca como una rosa ocho horas después en los Estados Unidos, o dónde hiciera falta.

Estiró la mano, la tapó con la manta, se levantó y se fue al cuarto de baño para lavarse la cara.

Había dormido más de cuatro horas seguidas y había soñado muchísimo, sobre todo con su abuela y con Andrew, con el que había revivido la primera vez que la había invitado a cenar en Edimburgo, tan solo dos semanas después de haber llegado a la ciudad. Justo en ese momento en que ella moría de amor por él, que era un príncipe de cuento imposible, y él empezaba a mirarla con más atención y los ojos brillantes.

Era el hombre más guapo que podía existir, encima era inteligente, educado, caballeroso, cultísimo y muy sexy. Y él sabía que era todo eso, pero no era nada presumido, ni arrogante, al contrario, era una persona bastante sencilla que vestía bien, pero sin ropa extravagante o cara, que llevaba un reloj destartado en la muñeca y gafas ópticas. El típico ratón de biblioteca de película, como Indiana Jones, el brillante profesor-arqueólogo que detrás de ese aire ausente y

despistado que lucía, escondía una cara y un cuerpazo de infarto.

Se miró en el espejo del baño y recordó sus ojazos claros tan grandes, y tan intensos, la forma que tenía de mirarla, como acariciándola, como tocándola, y se estremeció entera.

La primera vez que la había besado había sido antes de llegar al restaurante del New Town, en su primera cita, al recogerla en su residencia, y ella casi se había desmayado.

Que el hermético profesor McAllen te invitara a cenar ya era un triunfo que la había tenido sin dormir dos noches, pero que encima a la primera oportunidad se acercara, te agarrara por el cuello y te pegara un beso con mayúsculas, era demasiado para cualquiera, y se había tenido que agarrar a sus brazos para no caerse al suelo.

A partir de ese primer beso no habían parado de besarse nunca, ni seis años de matrimonio después, porque él besaba de cine y porque se deseaban a todas horas.

Lo primero que había descubierto al lado de Andrew McAllen había sido precisamente eso, que era capaz de desear a alguien con locura, lo que venía a desmontar la teoría generalizada de que tenía algún problema con el sexo. Al menos eso creían sus amigas, especialmente Inés, que no comprendía que siguiera virgen a los veintidós años.

Realmente, era muy raro que alguien a la que no se le daban nada mal los chicos, siguiera virgen a esa edad, estaba claro que era insólito, pero ella no se preocupaba demasiado por el asunto. Su vida por aquellos tiempos estaba dedicada a los amigos, a los libros, a la facultad, a las buenas notas, a su máster en Escocia, a sus planes de futuro y, aunque a veces se dejaba invitar y perseguir por los tíos, tíos como Alister Hiddleston, con ninguno pasaba más allá de un par de besos o de algún que otro encuentro caliente que solía frenar en seco por aburrimiento o por falta de interés.

Incluso Inés le había planteado la posibilidad de que fuera lesbiana, pero antes de poder averiguarlo en serio había aterrizado en Edimburgo, había conocido a Andrew McAllen y todo su organismo había reaccionado dejándole claro que le gustaban los hombres, en resumen, que le gustaba él, y que debía empezar a compensar de inmediato la ausencia de sexo al lado de ese hombre tan guapo.

Y eso había hecho, porque la segunda noche que salieron juntos se le había lanzado al cuello como una leona, él había entendido el mensaje y había pasado del restaurante para llevarla directamente a su casa, donde ella se había desinhibido por completo.

—Eres preciosa —había susurrado acariciándole la cara con un dedo y Andrea había asentido quitándole la camisa a manotazos.

—Tú también.

—Shhh más despacio, quiero que lo hagamos con calma, ¿eh?, me gustas demasiado y... —la detuvo en sus besos desesperados y la posó sobre la almohada acariciándole el pecho por encima del sujetador, luego se inclinó y le lamió el pezón haciendo que ella se doblara como un arco—. Madre mía, sabes de maravilla, sabía que...

—Andrew.

—¿Qué?

—Tengo que decirte algo, no es importante, pero...

—¿Qué? —deslizó su mano enorme por su cuerpo y se detuvo en sus caderas para quitarle las braguitas.

—Es mi primera vez.

—¿Perdona? —se quedó quieto y la miró a los ojos— ¿Qué quieres decir?

—Que soy virgen, esta va a ser mi primera vez.

—¿Cómo dices? —se apartó y se pasó la mano por la cara.

—Llevo mucho tiempo esperando y quiero que sea contigo. No me rechaces porque no tenga experiencia, por favor... yo... —sin querer se le habían saltado las lágrimas, al ver su cara de espanto, y él se había sentado en la cama para observarla con atención.

—¿No tienes veintidós años?

—Sí, pero hasta ahora, pues no... ¿qué pasa?, ¿quieres que me vaya?

—Ya es bastante irregular que quiera salir con una alumna para que encima... ¡Jesús!

—Ok, lo entiendo, me voy, no te preocupes. Perdona por... —se había bajado de la cama a toda prisa y muerta de vergüenza, pero antes de dar con su vestido en el suelo él la había detenido para abrazarla contra su pecho.

—Oye, no me importa que seas virgen, solo quiero comprobar que estás convencida de querer hacer esto conmigo, que estás segura y que no estás confundida o...

—Estoy segura, lo prometo, muy segura.

Y él había asentido y la había puesto de pie junto a la cama y la había besado entera y la había hecho sentir segura y deseada, y feliz, porque en cuanto la había penetrado había sabido que nunca más podría prescindir de aquello, de él, que se había portado como el más delicado y adorable de los amantes, o al menos ella lo recordaría así el resto de su vida.

Respiró hondo y cerró los ojos rememorando a Andrew excitado y perdiendo los papeles entre sus muslos, cuando se le iba de las manos y ya no existía la paciencia, ni los preliminares, ni la calma y entonces se lanzaban juntos a un sexo potente y salvaje que los ponía del revés. Siempre, desde la primera noche, se habían entendido a las mil maravillas en la cama, habían aprendido juntos a conocerse, se habían entregado al cien por cien y se amaban, así que lo suyo era prodigioso, decía él, que aseguraba que una química como la suya era irrepetible.

Tal vez por eso dependían tanto el uno del otro, tal vez por eso la volvía loca de amor y por eso había dedicado los últimos ocho años de su vida a quererlo y a hacerlo feliz por encima de cualquier otra cosa en el mundo.

La pura verdad es que desde que lo había conocido él se había convertido en su única prioridad y le encantaba, porque además de amarlo, lo admiraba y se sentía dichosa de estar a su lado, de ser su mujer, de poder apoyarlo en sus proyectos profesionales, de leer y corregir sus libros o sus seminarios. De ser la roca firme a la que se aferraba y volvía cada noche, de ser su hogar, ese hogar apacible y silencioso que tenían en el New Town de Edimburgo, donde adoraban encerrarse a disfrutar el uno del otro sin intromisiones ajenas, aunque de vez en cuando tuvieran que compartirlo con Ewan y Duncan, que eran esa otra parte de Andy que también había aprendido

a querer sin fisuras.

Demasiado bueno para ser cierto y duradero.

Ahora todo aquello era el pasado y nunca volvería a ser igual. Aunque lo perdonara y quisiera olvidar, seguramente no volverían a tener lo que habían tenido y eso la partía en dos. No obstante, la última charla que habían mantenido tras el entierro de su abuela Maite le había abierto los ojos, porque en realidad había sido la primera vez tras el incidente que lo había dejado hablar y explicarse, y lo había escuchado sin llantos, ni agobios, ni malos rollos, y había acabado entendiéndolo mejor y comprendiendo que no podía tirar a la basura tantos años de relación impoluta sin luchar un poco.

Eso había sacado en claro, que seguramente tenían un largo y tortuoso camino por delante si querían superarse, arreglarlo o romperlo del todo, pero que igual valía la pena pelearlo un poco, como hacía él, que no se rendía ni la dejaba en paz, y que seguía pidiendo perdón y flagelándose por lo ocurrido.

Sabía fehacientemente que Andrew era la otra gran víctima de todo aquel drama, por supuesto que lo sabía y lo había considerado mil veces. Sabía que él sin ella estaba igual de perdido y destrozado, y solo por eso había empezado a contemplar la posibilidad de hablar más, de abrir la puerta y de intentar algún acercamiento que los ayudara a seguir viviendo con menos cargas, juntos o por separado, pero mejor y menos torturados por un pasado que lamentablemente no podían borrar, pero que, a lo mejor, con algo de suerte, podían llegar a superar si ambos ponían un poco de su parte.

Como le había dicho su abuela mil veces: él que algo quiere, algo le cuesta y quedarse en los laureles a esperar que las cosas se solucionen solas es una idiotez, Andy. Sal ahí y arréglalo, que no se diga que no hiciste todo lo posible por arreglarlo.

Se miró la alianza de matrimonio (que había sido incapaz de quitarse en casi diez meses de separación) y pensó en su anillo de compromiso, una valiosa joya perteneciente a los McAllen desde el siglo XIX que había abandonado en Edimburgo en enero, cuando se la había tirado a Andrew a la cara antes de coger sus maletas y marcharse en medio de una pelea monumental.

Todo aquello había sido horrible, como una mala película, pero no había sabido hacerlo de otra forma, no había podido controlarse, y se arrepentiría toda la vida de haber montado semejante espectáculo delante de su casa, con la nieve cayendo copiosamente sobre Edimburgo, Andy suplicando desesperado y Duncan, Ewan e Inés escondidos en la cocina para no intervenir y empeorar las cosas.

Penoso.

—¡Andrea! ¿estás bien? —el golpe en la puerta del cuarto de baño la hizo saltar, se giró y la abrió para mirar a Inés, que estaba en el pasillo con cara de preocupación.

—Estoy bien, ya salgo.

—La azafata dice que llevas veinte minutos metida aquí dentro, estaban empezando a asustarse. ¿De verdad estás bien?

—Sí, no te preocupes, me distraje pensando en mis cosas, no me había dado ni cuenta.

—¿Qué cosas?

—De todo un poco. De repente recordé el día que dejé la casa de Andrew y de vosotros tres en la cocina intentando no empeorar las cosas.

—Joder, Ewan y yo casi tuvimos que atar a Duncan para que no interviniera... ese tío siempre anda descontrolado.

—Eres la mejor amiga del mundo, Inés, te quiero mucho —la abrazó y ella le palmoteó la espalda.

—Vale, yo también te quiero, pero ahora déjame entrar. Luego desayunaremos algo y ya estaremos en Nueva York.

9

¡Maldita sea!, bramó con ganas de matar a alguien y volvió jurando en arameo al aula magna donde tenía que acabar el dichoso seminario sobre Robert Louis Stevenson. Seminario que había programado al principio del curso, pero que en ese preciso momento le venía de puta pena, porque no tenía la cabeza para hablar de sus cuentos y sus historias escocesas.

Probó una vez más con el teléfono y Andrea siguió sin contestar, apagó el móvil y entró en el aula seguido por la persistente alumna de la tarta, la señorita Heines, que como continuara incordiándolo iba a acabar en otra clase, eso estaba claro, porque no pretendía tener en la suya a una persona tan pegajosa y tan excesivamente simpática.

Miró la hora y comprobó que solo le quedaban noventa minutos de charla, después se iría casa para llamar a Andrea hasta que le contestara y le explicara qué era eso de un supuesto embarazo, un supuesto aborto y la supuesta pérdida de su bebé. Tenía muchas cosas que aclararle y no pensaba darle una tregua, esta vez no.

—Ok, dejando de lado lo anterior, vamos a pasar a ver uno de los libros de no ficción de Stevenson, “En los mares del Sur”, que habla de sus experiencias y sus observaciones en las islas Marquesas, ¿alguien lo ha leído?

Esperó a que varios alumnos levantaran la mano y dejó que hablaran ellos y divagaran sobre el libro sin intervenir demasiado, hasta que Fiona sugirió hacer un repaso general y empezar con las preguntas pertinentes.

Él accedió encantado, porque resolver dudas era más dinámico que soltar un rollo inacabable sobre el autor, se levantó, rodeó la mesa y se sentó en el borde sacándose las gafas. Estaba agotado y aburrido, demasiado distraído con sus cuitas personales como para centrarse en sus pobres alumnos, pero se restregó la cara con la intención de terminar lo mejor posible y miró la hora oyendo cómo se abría una puerta en lo alto del anfiteatro y entraba gente a solo media hora de acabar el seminario.

—Estamos acabando, señoritas, no podéis acceder ahora.

Se apresuró a intervenir Fiona, él levantó los ojos hacia las recién llegadas y las miró sin ningún interés, hasta que la figura menuda e inconfundible de su mujer se le hizo visible.

Era ella, no cabía la menor duda, con su pelo castaño suelto, ese aire etéreo y femenino inconfundible, preciosa vestida con unos pantalones ceñidos y un fino jersey beige, el abrigo en la mano... y detrás de ella Inés, que estaba mirando a Fiona con cara de asesina.

—¿Señoritas? —insistió Fiona con muy malas pulgas y él cruzó una mirada con Andy antes de ser capaz de reaccionar.

—No pasa nada, Fiona, es mi mujer —comentó enderezándose y sonriendo como un idiota—. Clase,

estas son mi esposa Andrea y nuestra amiga Inés.

—Buenas tardes —saludaron todos y Fiona Murray se tapó la boca antes de volver a hablar.

—Lo siento mucho, señora McAllen, no sabía...

—No pasa nada, Fiona, ha sido una sorpresa para todos —apuntó él volviendo a prestar atención a los alumnos, entre ellos la señorita Heines, que estaba mirando a Andrea con la boca literalmente abierta—. Volvamos a las preguntas.

—Sentimos la interrupción —susurró Andy sentándose en la última fila y él la siguió con los ojos sin poder quitárselos de encima, hasta que ella misma le hizo un gesto para que continuara con el seminario.

—¡Feliz cumpleaños, chavalín!

Exclamó Inés unos minutos después entre un mar de gente, abriendo los brazos para pegarle en abrazo. Él respondió el gesto con una gran sonrisa y levantó los ojos para buscar a Andrea, que se había quedado al pie de la tribuna charlando con Fiona.

—Muchas gracias, vaya sorpresa.

—Lo sé, casi te da un infarto, tendrías que haberte visto la cara.

—Es lo último que me esperaba hoy y menos delante de sesenta personas. ¿Cuándo habéis llegado?

—Hace un par de horas, fuimos al hotel y luego hemos venido directamente, ¿estás bien?... deja de mirarla así —le hizo un gesto hacia Andy y él movió la cabeza—. Se te cae literalmente la baba.

—No me digas —se echó a reír y recogió su maletín— ¿De qué hotel estás hablando?

—Bueno...

—Siento la intromisión —Andrea al fin se les acercó y lo miró con cara de disculpa—. En tu departamento nos dijeron que ya habíais acabado y...

La observó un segundo deleitándose en lo preciosa que era, dio un paso hacia ella, la agarró por la cintura y la estrechó contra su pecho cerrando los ojos, hundiendo la cara en su cuello oloroso a vainilla. Ella se puso un poco tensa al principio, pero luego se relajó y le acarició la espalda con las dos manos.

—Feliz cumpleaños.

—Te he llamado treinta veces durante la mañana.

—No he encendido el móvil, salí un poco agobiada de Madrid y...

—Lo sé, me lo ha contado Iñaki —ella se apartó y entornó los ojos.

—¿Mi hermano?, ¿qué te ha dicho?

—¿Tú qué crees?.

—¿Qué?

—¡La madre que me parió!

Exclamó Duncan entrando en el aula con su bullicio habitual y él lo miró de reojo sujetando

la mano de Andrea, aunque ella se escabulló en medio del revuelo y no le quedó más remedio que soltarla para recibir el abrazo de su amigo, que venía con Ewan para pasar el fin de semana en Manhattan. Algo que había olvidado completamente.

—¿La señora McAllen en persona?, no me lo puedo creer, esto es un verdadero milagro. Dame un abrazo, preciosa —Duncan la abrazó mientras Ewan lo saludaba a él y luego miró a Fiona y a Inés con los brazos abiertos—. Tanta belleza me deslumbra. Buenas tardes, señora Murray. Inés, ¿no me das un abrazo?

—Ni en tus mejores sueños, tío. Hola, Ewan.

—Hola. Vaya, qué alegría verte, Andrea, no sabíamos que también venías a Nueva York.

—Ha sido un impuso de última hora —contestó Inés—. Tenía billetes y alojamiento gratis por un tema del curro y la convencí para que viniera a saludar al cumpleaños, lo que no imaginamos es que vosotros también estarías aquí.

—No íbamos a dejar al campeón solo en su cumpleaños y con la que tiene encima —susurró Duncan y Andrew movió la cabeza—. Ahora podremos celebrar a lo grande, como en los viejos tiempos, ¿verdad, Andy?

Una hora después estaban en el ático del Upper East Side los cinco juntos. Andrea e Inés, sobre todo Andrea, había opuesto bastante resistencia ante la idea de subir allí para cenar y celebrar el cumpleaños en el piso, pero Ewan había ejercido su magia y las había convencido de que no podían desaprovechar el chef y la cena que había contratado para la ocasión.

—Cenamos tranquilamente en casa, porque el chef es espectacular, y luego os llevo dónde queráis, sin presiones, os lo prometo.

—No queremos interferir en vuestros planes, Ewan, mañana podemos quedar y...

—Andrea, ¿crees que tu marido va a querer cenar sin ti sabiendo que estás en Manhattan?, ¿en serio? Nos arruinarías la noche si te largas ahora.

Y así había zanjado la discusión y así habían llegado en taxi a su edificio y habían subido al ático y se lo había enseñado sintiendo una alegría desmedida en el pecho, aunque no pudiera dejar de pensar en la llamada de Iñaki. Asunto que decidió aplazar para el día siguiente, cuando se pudieran quedar a solas para charlar tranquilamente, aunque ella, como siempre, mandara al traste sus buenas intenciones a la primera de cambio.

—¿Qué te ha contado mi hermano? —lo abordó en el pasillo, cuando volvía de la cocina casi al final de la cena, y él se detuvo y entornó los ojos.

—Apenas has comido y ya has bebido bastante, amor, mañana lo hablamos.

—No seas condescendiente conmigo, Andrew, no pienso consentírtelo nunca más.

—¿Cómo dices?

—Tienes la mala costumbre de tratarme como a una frágil damisela en apuros, pero eso se acabó.

—Lo dicho, ya has bebido más que suficiente.

—¿Qué te ha contado Iñaki? —le cortó el paso y él levantó las manos.

—Tomemos el postre y luego...

—¡Joder, Andy!, no tengo quince años. Dime, que coño te ha soltado Iñaki, que es otro que se cree el dueño del mundo.

—Nos están esperando.

—Les da igual, los tres ya están piripis perdidos —miró hacia el comedor y luego a él con las cejas levantadas.

—Vale... —la agarró de la mano y la metió en el despacho, cerró la puerta y respiró hondo—. Dice que llegaste embarazada a Madrid y que perdiste a nuestro bebé, aunque a mí no me hayas dicho nada.

—Será cabrón...

—¿Es mentira?

—No, no es mentira, pero yo ni siquiera sabía que estaba embarazada.

—¡Jesús! —se pasó la mano por la cara y tragó saliva— ¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque acababa de dejarte en Edimburgo, porque habíamos roto y de nada servía ya llorar sobre la leche derramada.

—Algo así se comparte, Andrea, aunque tú y yo...

—Ni siquiera sabía que estaba embarazada —repitió echándose a llorar—. Me enteré del embarazo y del aborto a la vez y no fui capaz de reaccionar de otra manera, yo solo quería morirme. Yo solo me quería morir y desaparecer y dejar de sufrir.

—Pero se trataba de nuestro bebé —se le llenaron los ojos de lágrimas y se puso en jarras—. Era mi hijo, no debiste dejarme al margen.

—Ya lo había perdido y no lo podía solucionar —dejó la copa de vino que llevaba en la mano sobre el escritorio y se atusó el pelo—. No voy a dar más vueltas a este tema, en serio, me costó media vida callarme y no contárselo a nadie, ni siquiera Inés lo sabe, pero lo hice porque no podía más. No podía permitir que me siguieran compadeciendo, que siguieran hablando a mis espaldas de mis tragedias y de mi mala suerte... no podía. ¿Lo entiendes?, por eso no te lo conté, por eso no se lo conté a nadie.

—Andrea...

—Siento mucho si no puedes entenderlo, pero es así de simple, no fui capaz porque estaba muy mal, por aquellos días no podía ni hablar...

—Amor —estiró la mano para tocarla y ella se apartó.

—Tampoco hace falta que ahora me consueles, solo quiero pasar página, acabar de cenar y...

—A lo mejor el que necesita consuelo soy yo.

Lo dijo con total sinceridad, sin ninguna segunda intención, porque era cierto que de repente se le vino el mundo encima, y no solo porque hubiesen perdido a su bebé, sino porque ahora, a todos esos meses horribles, llenos de culpa, de dolor, de impotencia y de frustración, tendría que sumar la devastadora imagen de ella sufriendo sola en el hospital y en su casa... y sabía que no

podría con eso.

—Madre mía... —se puso una mano en el pecho, se apoyó en el borde del escritorio y ella se le acercó.

—¿Estás bien?, ¿Andrew?

—No, ¿cómo voy a estar bien?

—Lo siento, lo siento mucho.

Dio un paso y lo abrazó con todas sus fuerzas, él devolvió el abrazo y hundió la cara en su pelo largo y suelto, hasta que ella misma se apartó para mirarlo a los ojos, a muy corta distancia, lo que le produjo un estremecimiento por todo el cuerpo. Tragó saliva y deslizó las manos por sus caderas, percibiendo cómo se acercaba más y más hasta posar la frente en la suya.

—Lo siento mucho, Andy, no quería que te enteraras así. Voy a matar a mi hermano.

—Te amo.

—Andrew...

—Te amo.

—Eres muy obstinado, doctor McAllen.

—Soy escocés.

—Ya, lo sé. Vamos a tomar el postre, creo que estoy un poco borracha.

No dejó que se apartara, la asió con más fuerza y la inmovilizó por la nuca para pegarle un beso en la boca, uno casto al principio que en seguida dio paso a uno más contundente y lleno de deseo que ella no pudo rehuir y que por el contrario devolvió con esa lengua suave y dulce que tenía.

Ambos gimieron y él notó la erección descomunal que le apretaba los pantalones, así que decidió tomar las riendas antes de que se desvaneciera el momento. La cogió en brazos y se la llevó al único sofá que había en esa habitación, la posó encima con mucho cuidado y le bajó la cremallera de los pantalones sin dejar de besarla, sin dejar de tocarla, porque no se podía creer que aquello fuera de verdad y no otro de sus sueños recurrentes.

En seguida la dejó en braguitas y le acarició las caderas y el vientre despacio, sonriendo sobre su boca. Ella le tocó la cara y lo miró a los ojos sin decir nada, así que la acomodó sin ningún esfuerzo y la penetró con un golpe seco y preciso. Uno que fue el inicio de un balanceo desesperado y ansioso por parte de ambos, que acabó con un polvo demasiado intenso como para hacerlo durar más de lo estrictamente necesario.

—¡Chicos, ¿qué hacéis?!, ¿no os estaréis matando? —gritó Ewan tocando la puerta y él no se movió, ni salió de dentro de ella, aunque ella se puso tensa de inmediato.

—Ya vamos —respondió, tratando de quitárselo de encima.

—Ok, tenemos un juego de beber y el que gane elige el club adonde nos vamos a tomar la última.

—Ok, gracias, danos cinco minutos. ¡Andrew!

—No pienso separarme de ti, llevo demasiado tiempo esperando esto.

—No, por favor, ¿vale? Por favor, creo que voy a vomitar.

—¿Qué?, vaya, muchas gracias.

—No es por ti, es que he bebido un montón.

Lo empujó con las dos manos, se puso los vaqueros muy rápido, lo miró y salió a la carrera del despacho para ir a buscar un cuarto de baño. Él sonrió de oreja a oreja, como un crío el día de Navidad, y se puso los pantalones sin demasiado afán, pensando en que al fin todo volvía a la normalidad.

Miró a su alrededor con aire satisfecho y luego salió al pasillo decidido a ir a buscarla, pero antes de moverse, la vio salir del dormitorio principal con la cara recién lavada y recogiendo el pelo con las dos manos.

—Amor...

—No digas nada, ¿de acuerdo?, ni una palabra.

10

Sintió un poco de frío e hizo amago de taparse, pero no encontró el edredón, abrió un ojo y se dio cuenta de que estaba durmiendo sobre el brazo de Andrew, así que se incorporó un poco para mirarlo. Él estaba boca arriba, completamente desnudo y con el edredón enredado entre las piernas, como siempre, suspiró resignada y giró del todo para acurrucarse sobre su pecho calentito y acogedor, deslizó los dedos por ese vello rubio y suave que lo cubría, cerró los ojos e hizo amago de seguir durmiendo, pero de pronto se le encendió una lucecita en el cerebro y el peso de la realidad le cayó encima como una losa.

Se sentó de un salto y un dolor intenso le partió la cabeza por la mitad, pero no le impidió recordar que no estaban juntos, que estaban separados y que no sabía ni cómo, ni de qué manera, había llegado a su cama.

Se miró y comprobó que llevaba puesta una camiseta de hombre y las braguitas, pero no el sujetador. Se tocó los labios resecos con un dedo, se los lamió y recordó de refilón que lo había besado y que habían echado un polvo impulsivo, corto e inesperado en su despacho.

Maldita sea, Andrew, susurró mirándolo de reojo, aceptando que era mucho más guapo de lo que podía soportar, así que sin pensarlo mucho más salió de la cama en silencio para que no se despertara, dio dos pasos y unos vaqueros en el suelo se le enrollaron en los tobillos provocando que se cayera al suelo con un estruendo de lo más inoportuno.

—¡Joder! —soltó en español agarrándose al colchón y él se sentó en la cama.

—¿Adónde vas?

—Al baño, sigue durmiendo.

—Vuelve en seguida.

Ronroneó y se abrazó a la almohada para seguir durmiendo. Ella lo contempló unos segundos, porque era un hombre realmente hermoso y no podías apartar tan rápidamente los ojos de alguien así, y luego recogió su ropa esparcida por la alfombra antes de correr al cuarto de baño para vomitar toda la cena, y todo lo que había comido en la última semana. Un horror.

No sabía beber, por eso bebía muy poco, pero la noche anterior había empezado con el vino y había acabado con los chupitos de tequila de un juego absurdo inventado por Duncan Harris. Uno que los había tumbado a todos, bueno, a todos menos a él y a Andrew, que estaba en una etapa de abstinencia alcohólica que ella no conocía y que le había acabado haciendo mucha gracia.

El caso es que a mitad de la cena se habían encerrado para hablar de lo que le había pasado en febrero (iba a matar a Iñaki por contárselo en cuanto volviera a España) y luego se habían enrollado y habían tendido un sexo intenso y corto del que no tenía mucha conciencia, porque a partir de ese mismo momento el mundo empezó a ser borroso y con sabor a tequila.

Solo recordaba que había sido fantástico estar con él y que después habían estado

partiéndose de risa y adivinando películas, que había acabado sentada en el mismo sofá de Andrew y que al final, de repente, se le había acurrucado en el pecho para no caerse al suelo y porque tenía mucho sueño... y él la había abrazado y acunado con su ternura de siempre... de lo demás ya no sabía nada.

¡Serás gilipollas!, se dijo tras la ducha vistiéndose con la ropa del día anterior, muy cabreada por haber perdido el control de todo en tan poco tiempo, luego salió del baño, del cuarto de Andrew y se fue al enorme salón donde estaban las huellas de su noche de juerga, pero dónde no había nadie más, tampoco en las otras dos habitaciones, así que decidió agarrar el abrigo y la mochila e irse a su hotel para cambiarse e intentar resituarse un poco las cosas.

Acababa de echar por tierra casi un año de puro drama y dolor, así de rápido, tras unas copas, y eso no podía ser. No era nada maduro, ni adulto, pero aún estaba a tiempo de remediar los daños y contenerlos, porque no pensaba aceptar que un polvo rápido con Andrew era motivo suficiente para recular y olvidarse de todo. De eso nada, y en cuanto se despejara un poco, se lo dejaría clarísimo a él que, estaba visto, seguía actuando con ella como si nunca hubiese pasado nada.

—¡Joder, qué susto!

Exclamó Inés al encontrársela a bocajarro en su habitación del hotel, donde apareció despeinada y con el rímel corrido, solo unos minutos después de que ella llegara con la misma sensación de desconcierto y confusión por todo el cuerpo.

—¿Qué haces aquí?, ¿no estabas con Andrew?. No me dejé traerte al hotel.

—Acabo de llegar. Ya veo que tampoco has dormido aquí.

—Ni me hables, necesito una ducha. Tengo una reunión dentro de dos horas. ¿Puedes pedir que suban el desayuno con mucho café, por favor?

—Claro... —observó cómo se quitaba los tacones y se desnudaba camino del cuarto de baño y llamó al servicio de habitaciones antes de seguirla con cara de pregunta—. ¿Dónde has dormido o aún no te has acostado?

—En el hotel de Duncan Harris, una suite cojonuda frente a... ¿qué?

—¿Te has acostado con Duncan?

—No lo sé, estaba allí y he despertado en su cama, pero no sé si me acosté con él, con Ewan o con los dos, sinceramente.

—La madre que te parió...

—Andy, que tú te hayas tirado a un solo tío en toda tu vida no significa que a los demás no nos guste la variedad.

—Lo sé, pero...

—Luego hablamos.

Le cerró la puerta en las narices y se metió mucho rato debajo de la ducha, así que ella aprovechó para tomarse dos aspirinas, cambiarse y pensar en todo lo que había desencadenado

una simple fiesta de cumpleaños. Era una locura con consecuencias inconmensurables y recibió el desayuno con un vacío cada vez más grande en el estómago.

—¿Cómo es que tu maridito te dejó salir de su piso?. No sé, Andy, a veces Andrew se comporta como un Neandertal... —le soltó saliendo del baño y secándose el pelo con una toalla, y ella ignoró el comentario sirviéndole el café.

—¿Has pasado toda la noche con Ewan y Duncan?

—Sí, después de que Andrew se negara a que te trajera al hotel, y se pusiera muy burro con eso de que eres su mujer y que nos salías a esas horas de su casa, decidí seguir la juerga con ellos y... bueno, ya sabes, todo se desmadró. ¿Tú que tal?, ¿os habéis puesto al día? Los dos estabais *on fire* total y no me extraña porque, ¿cuánto había pasado?, ¿un año desde vuestro último polvo?... ¡¿Qué?!... no me mires así.

—No sé, perdona si estoy un poco perpleja con eso de que estabas en la cama de Duncan y que no sabes si te has acostado con él, con Ewan o con los dos. En teoría ninguno es santo de tu devoción...

—Estábamos de fiesta, Andy, espabila un poco, la gente adulta se desmadra y no significa nada.

—Por esa regla de tres, lo que hizo Andrew con la señorita Hudson se justifica con creces.

—Sí, aunque siempre te apoyaré a ti, porque tú eres mi amiga, no él...

—Vaya.

—Y, además, yo soy una tía sin compromiso, no hago daño a nadie con mis historias, él sí, así que sigo estando de tu parte —miró la hora—. Me voy a mi reunión y no sé a qué hora acabará, ¿qué planes tienes tú?

—Bueno... primero centrarme un poco porque...

—¿Te acostaste con él?

—Sí.

—Hala, mira... —agarró el móvil y contestó—. Hablando del rey de Roma. Hola, doctor McAllen, ¿qué hay?... sí... está aquí. Espera, te la paso. Andy, es para ti.

—Vale —respondió moviendo la cabeza y agarró el aparatito sin muchas ganas—. Hola.

—¿Dónde coño te metes, Andrea?, casi me da algo al no encontrarte en la casa.

—He venido a cambiarme.

—Te has dejado el teléfono móvil.

—Joder, pues...

—Te recojo en un rato y nos vamos a comer.

—Me duele la cabeza, estoy con resaca, creo que voy a dormir todo el día —se levantó y se acercó al ventanal para mirar Manhattan.

—Vente a dormir aquí y luego salimos a dar un paseo. No has venido a Nueva York para dormir la siesta.

—Tampoco he venido para... en fin, mira, necesito descansar un poco, quédate con el teléfono, no me importa, luego intentaré pasarme a recogerlo.

—¿Tú sabes con quién estás hablando?

—¿Cómo dices?

—Voy para allá, no pienso perder tiempo precisamente este fin de semana discutiendo contigo. Adiós.

—No me lo puedo creer —colgó y se volvió para mirar a Inés, que estaba desayunando fresca como una lechuga— ¿Andrew siempre ha sido tan autoritario o es que se está haciendo mayor?

—Siempre ha sido posesivo y protector contigo, pero lo llevabais muy bien, en perfecta armonía. Jamás te habías quejado al respecto.

—¿En serio?

—En serio, pero todo puede ser mejorable, cariño. Me largo, ¿estarás bien?

—Claro, no te preocupes.

11

—Ha sido una ofrenda de buena voluntad, como la tuya yendo al funeral de mi abuela, no es para...

—¿Perdona?

Levantó una mano y respiró hondo antes de soltar una carcajada, porque de verdad le parecía muy graciosa su postura. Miró al cielo y luego a ella a los ojos, que lo había recibido a regañadientes en el *hall* del hotel con el abrigo en la mano y los brazos cruzados decidida a no dejarlo subir a su habitación.

Era absurdo que no quisiera que entrara en la suite que compartía con Inés, pero no había querido insistir y había accedido a esperarla en la recepción para invitarla a comer y luego a pasear un rato por Manhattan, aunque hacía un frío de muerte.

—Un compromiso familiar como un entierro no tiene nada que ver con que vengas a Nueva York el día de mi cumpleaños. Objetivamente es muy diferente y me lo tomo como un paso adelante en nuestra reconciliación. Dijiste que necesitabas tiempo y te he dado todo el del mundo, pero ahora...

—Solo intento hacer las cosas bien, o al menos mejor, Andrew, no significa que...

—¿Cuánto tiempo crees que podré seguir esperando?.

—No tienes que seguir esperando, estás en tu derecho a hacer lo que quieras, de hecho, el que vivas aquí te permite pasar página y empezar de cero y...

—¿Crees, sinceramente, que eso es lo que quiero?, ¿empezar de cero?.

—Bueno, yo...

—Sabes que no, sabes que te quiero, que estoy loco por ti y que solo necesito retomar lo nuestro. Ya ha pasado demasiado tiempo... no me vengas con esas.

—... —Lo miró sin hablar y él optó por ser conciliador.

—¿Con quién has dejado a Lola?

—Con mis padres.

—¿Está bien?, ¿me echa de menos?

—Está bien, un poco alterada por los cambios, pero bien.

—Pobrecilla. ¿Andy?

—¿Qué?

—Dime, ¿qué necesitas?, ¿qué quieres hacer?

—Quisiera que mi vida fuera como hace once meses, porque no tengo ni idea de cómo gestionar todo esto.

—Amor... —estiró la mano y agarró la suya viendo cómo se le llenaban los ojos de lágrimas—. Te amo y a partir de aquí todo se puede resolver, ¿tú me quieres?

—¿Algo de postre, señores? —la camarera los interrumpió y él bufó con ganas de matarla.

—Café para los dos, gracias —se pegó al respaldo de la silla y se dio cuenta de que el teléfono móvil de Andrea se ponía a vibrar encima de la mesa. Levantó la vista y comprobó que ella lo miraba de reojo y lo ignoraba poniéndolo bocabajo.

—¿Quién es?, ¿el capullo de tu amigo Hiddleston?. Si no tienes diez llamadas tuyas de esta mañana...

—¿Perdona?

—Te dejaste el móvil en mi casa y no soy ciego, tampoco mal educado, así que le contesté y lo tranquilicé diciéndole que estabas conmigo en Nueva York.

—¿Qué has hecho qué?

—Le he hecho un favor, estaba muy preocupado por ti... o eso me dijo el muy mamón —soltó, observando cómo les servían un expreso de dudoso aspecto, y luego la miró a los ojos—. Menudo capullo inglés, siempre al acecho, esperando agazapado a que me dé la vuelta para pegarme el hachazo en la espalda... pero él no tiene la culpa, lo lleva en la sangre.

—Madre mía...

—Es cierto.

—¿Qué estamos?, ¿en el siglo XVIII?

—Si estuviéramos en el siglo XVIII ya me lo hubiese cargado —respiró hondo y ella movió la cabeza—. En cuánto dejaste Edimburgo se te echó encima, ¿no?, si incluso dejó a la novia que tenía para allanar el camino contigo.

—No es verdad.

—¿Qué no es verdad?, él mismo se lo contó a todo el mundo cuando llegó a Madrid para consolarte. Pregúntaselo a tu familia —parpadeó confusa y se movió incómoda— ¿No lo sabías?, pues ya lo sabes. Ese hijo de puta nunca me ha gustado, me la tiene jurada, y yo a él, así que en cuanto lo vea se va a enterar el muy...

—Si te pararas a escuchar lo que sale de tu boca, te escandalizarías, en serio... y Alister solo es un buen amigo, y yo no me meto con los tuyos, así que...

—Los míos son gente caval, en fin... ¿qué quieres hacer ahora? Podríamos ir al ático y pasar el resto del sábado allí, siempre te ha gustado hacer el amor a la luz del día —frunció el ceño toda digna y él sonrió—. Vamos, cariño, ya avanzamos un poco ayer y tú y yo sabemos que no podemos seguir poniendo puertas al campo. Me muero por tocarte.

—¿Por qué actúas siempre como si no hubiese pasado nada?. Incluso en los peores momentos has sabido tener la sartén por el mango, mantener el dominio de la situación, y eso me cabrea un montón, Andrew.

—Ok, entonces, ¿qué hacemos? Y no me refiero a hoy, me refiero en general. ¿Quieres ir a terapia de pareja?, ¿quieres seguir juzgándome y condenándome como si hubiese matado a alguien?,

¿quieres arreglarlo de verdad o prefieres que te deje en paz para siempre?, porque estoy dispuesto a todo, incluso a levantarme de esta silla y no volver a mirarte a la cara. Ya ha pasado casi un año y no puedo seguir viviendo así.

—Ninguno puede seguir viviendo así.

— Tú ya sabes lo que yo quiero, ahora habla y dime, sinceramente, qué es lo que quieres tú.

—Siempre he querido saber qué harías tú en mi lugar, qué habría pasado si hubiese sido yo la que perdió los papeles con alguien del trabajo y luego lo hubieses tenido que ver en Internet —le clavó los ojos y el bufó—. ¿Te has puesto alguna vez en mis zapatos?

—Sí y sé que hubiese querido matar a alguien, pero te habría escuchado, estoy seguro, y tras oír tu versión de lo sucedido, que es la que yo creeré y respetaré siempre, hubiese pasado página para seguir adelante con nuestras vidas.

—No te creo.

—Yo siempre estaré de tu parte, Andy.

—No en algo tan delicado.

—Perdiste a nuestro hijo, me lo ocultaste deliberadamente, y yo he escuchado tus explicaciones, tus razones para hacerlo, tras lo cual he intentado comprender y seguir adelante. No me voy a enquistar en reproches, ni en un dolor innecesario. Esa es una prueba fehaciente de que siempre estaré de tu lado, aunque algo así de grave no es fácil de obviar.

—Perfecto, ahora tenemos dos grandes razones para saber que nunca, jamás, lo nuestro volverá a ser como antes —se puso de pie y agarró su abrigo—. Gracias por la comida, pero me vuelvo al hotel.

—¿Qué estás diciendo?

—Que tarde o temprano uno de los dos reprochará al otro todo lo que ha pasado, crees que no, pero pasará. Tú tienes ahora tus motivos, yo tengo los míos, y no es un buen comienzo para nada. No quiero vivir con esa carga, no puedo, porque yo no he podido superar nada, Andrew, no sé cómo no puedes entenderlo. Estoy anclada ahí y no puedo salir.

—Tal vez se trata de madurar un poco, crecer y aprender a comprender, a perdonar y a saber qué es lo que de verdad importa en la vida.

—Bueno, cuando madure igual te aviso.

Salió disparada del restaurante, él dejó el dinero encima de la mesa y la siguió a la calle, la detuvo por el brazo y la miró a la cara.

—¿Para qué has venido a Nueva York?, ¿para torturarme un poco?

—No, he venido porque quería hablar y porque... no sé, fue un impulso y creí que sería buena idea avanzar, pasar un tiempo juntos como amigos. Por supuesto, no contaba con que acabaríamos teniendo sexo, y mucho menos con que mi hermano iba a cometer la imprudencia de contarte lo de mi aborto... todo se ha salido de quicio y lamento mucho haber interrumpido tu vida aquí y tu fin de semana de cumpleaños, pero no puedo seguir adelante con mis buenas intenciones. Lo siento muchísimo, Andrew, en serio, no sabes cuánto lo siento...

—Perfecto, huye de vuelta a Madrid, manda al carajo todas mis explicaciones, mis esfuerzos y mi buena disposición de estos últimos once meses. No intentes arreglarlo. Haz lo que quieras, no respetes mis sentimientos y, cuando madures un poco, tal vez, podamos volver a encontrarnos.

—Andrew...

—Me voy a casa a intentar recordar por qué cojones sigo en este punto, por qué me empeño en luchar por algo que, está claro, tú enterraste hace tiempo.

La miró un segundo a los ojos, se dio la vuelta y la dejó plantada a diez manzanas de su hotel, con la nieve cayendo sobre Manhattan y un frío implacable metiéndose en los huesos, pero no le importó. Le dio igual ya todo lo que pasara a partir de ese momento, porque todo hombre tiene un límite, toda situación tiene su final, y el suyo parece que lo estaba alcanzando.

Entendía que era joven, con poca experiencia, con poca mano izquierda y muchas presiones en la cabeza, pero ya era suficiente. No podía seguir esperando a que reaccionara como él necesitaba que reaccionara, porque estaba visto que era imposible.

Adoraba a Andrea, estaba enamorado de ella hasta las trancas y encima seguían casados, pero mientras continuara comportándose como una adolescente caprichosa y poco tolerante con la que no se podía razonar, no podrían cambiar las cosas. Él era un tío fuerte y con unas espaldas muy anchas, pero estaba tocando fondo y necesitaba una solución para su vida, aunque esa solución pasara por divorciarse de una maldita vez.

Dos meses después...

—¿Qué harías tú?

Miró a su terapeuta a los ojos y ella movió la cabeza sin abrir la boca, así que se puso de pie y cogió una botellita de agua de la mesa.

—Mi mejor amiga dice que debería replantearme las cosas porque lo que tenía con Andrew era excepcional. Un amigo, por el contrario, dice que el que es infiel una vez lo será siempre, así que me la volverá a jugar a la primera de cambio. Mis padres, que el matrimonio es algo serio y que uno no se retira sin intentar arreglarlo y mis hermanos... uno de ellos ni siquiera me habla y, ¿sabes qué?, lo cierto es que ya no hay nada que hacer, porque hace ocho semanas que no sé nada de Andrew y es absurdo que siga dándole vueltas a algo que obviamente ya está roto. No sé ni qué hago aquí hablando de toda esta mierda.

—¿Sigues creyendo que Andrew te fue infiel?

—¿Eso importa?

—Claro, es diferente romper una relación por una infidelidad a romperla por un error o un malentendido que...

—Es igual, me voy, tengo hora al médico y se me ha hecho tarde.

Agarró la mochila y salió de la consulta tal como había llegado, sin avanzar un paso en su recuperación. No sabía ni por qué se empeñaba en ir al sicólogo, si nunca respondía a nada, nunca la orientaba, y al final la hacía sentir idiota y hasta superficial.

Llegó a la calle y miró el móvil comprobando que no tenía llamadas perdidas.

Hacía dos meses se había despedido de Andrew en Nueva York y él había desaparecido totalmente de su vida. Se había pasado once meses presente, sin darse por vencido, sin aceptar su separación, pero tras su última charla en aquel restaurante de Manhattan, había zanjado el tema y había puesto el punto final a su manera, es decir, de forma tajante, y estaba en todo su derecho, por supuesto que lo estaba.

Nadie en su sano juicio podía pasarse la vida disculpándose y luchando por una persona que no se lo ponía fácil, nadie, era consciente y, aunque le dolía en el alma, lo entendía perfectamente, respetaba su decisión y tampoco había hecho nada por acercarse a él, ni a nadie de su entorno.

De la noche a la mañana se habían acabado sus mensajes diarios en el contestador, las llamadas de sus amigos o de sus padres que, seguramente por petición suya, también habían empezado a olvidarla, así que estaba dónde ella misma se había puesto, donde quería estar: estaba sola, libre y Andrew McAllen ya era historia. El amor de su vida, su matrimonio, se habían ido por el desagüe hacía un año y no había ni Dios que arreglara eso. Ya era definitivo.

Ella nunca había querido dar el brazo a torcer, había tenido siempre muy claro que no iba a olvidar, ni a superar una ruptura traumática como la suya, por lo tanto, no creía realmente en la reconciliación, así que no tenía ningún derecho a quejarse, al contrario, había querido perderlo de vista, empezar de cero, y eso era justamente lo que tenía.

Ahora solo podía hacer dos cosas. Lo primero: retomar los trámites del divorcio que había dejado aparcados tras la muerte de su abuela. Y lo segundo: estar preparada para enterarse en cualquier momento de que él había rehecho su vida sentimental, y estaba feliz y enamorado de otra persona.

—Hola... —contestó al móvil llegando al centro de salud y Alister Hiddleston la saludó tan contento.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás?

—Bien, gracias, entrando en el médico —se acercó a la recepción para dar su nombre y buscó un sitio para sentarse.

—¿El médico?, ¿por qué?

—Una revisión. ¿Qué tal tú?, ¿dónde estás?

—En Londres, tengo una propuesta para ti.

—¿De qué se trata?

—De la Oxford University Press.

—¿Qué?

—¿Te he dejado sin palabras?, estupendo, presta atención.

—Soy toda oídos —suspiró, pensando en esa editorial, que era de lejos la más prestigiosa del Reino Unido, y esperó pacientemente a que él se dejara de ceremonias y le hablara claro.

—He comido con uno de sus directores adjuntos, mi tío Charles, y resulta que está muy interesado en recibir tu currículum e incluso en citarte para una entrevista personal. Le hablé muy bien de tu trabajo.

—Tú no sabes nada de mi trabajo, Alex.

—Sé que trabajabas en MacMillan Publishing y que tienes un máster en literatura escocesa, que tenías una carrera fulgurante hasta que el cabrón de tu marido mandó vuestra idílica vida al carajo por meterse en las bragas de otra tía.

—¿Perdona?

—Cuando quieras pueden recibirte. Te puedo reservar un hotel estupendo en Oxford y luego puedes quedarte unos días en Londres, mi casa es muy grande, ya lo sabes.

—Bueno, yo... no sé, Alex, odio el nepotismo descarado, pero gracias por hablarle de mí.

—Oye, los amigos están para eso. ¿Por qué crees que nosotros estudiamos en Eton?, para tener relaciones, querida. No seas tan cándida, mi vida.

—¿Cándida?, muy amable, gracias.

—Vamos, Andy, puede ser una oportunidad estupenda y a esos niveles solo se funciona con amiguismos y nepotismo, no seamos ingenuos, al menos mándame el currículum y yo se lo hago llegar.

—Hace un año que salí de MacMillan, mis últimos doce meses de trabajo no estarán a la altura, créeme.

—Eres mi chica, siempre estarás a la altura y te recibirán desplegando la alfombra roja.

—¿Tu chica? —frunció el ceño y él se echó a reír.

—Le he dicho una mentirijilla, pero, lo sabes, yo sigo esperando que al fin me des el sí quiero, así que no estoy engañando a nadie.

—Muchas gracias, pero tengo que entrar al médico. Luego te llamo.

Le colgó un poco cabreada porque se estaba hartando de sus intromisiones y de su mal rollo continuo con Andrew, al que siempre aprovechaba de vapulear cuando hablaba con ella (aunque ella nunca le había dado licencia para eso) y entró en el despacho de su hermana apagando el teléfono. Se le sentó delante y ella la miró por encima de las gafas.

—Ocho semanas de embarazo, eso es lo que te pasa, hermanita.

—¿Cómo dices? —agarró el papel con los resultados del análisis de sangre y lo miró sin entender nada. Se apoyó en el respaldo de la silla y volvió a mirar a Alejandra.

—¿Me has oído?, ¿has entendido algo de lo que te he dicho?. Estás preñada, Andrea. Supongo que Andrew hizo muy bien su trabajo en Nueva York, porque tienes justo dos meses de embarazo.

—No, no puede ser.

—¿No te acostaste con él?

—Sí, pero, fue muy rápido, fue... ay... madre mía. No puede ser...

—Si el tío eyaculó dentro, aunque el polvo haya durado solo treinta segundos, una se puede quedar embarazada, Andy, pensé que ya te lo había explicado.

—Joder, no, no, por favor... —empezó a hiperventilar y Alejandra saltó y le acarició la espalda.

—Vale, tranquila, supongo que no estás para bromas. Podemos hablar tranquilamente de...

—¿De qué?

—¿Vas a tener un bebé de Andrew?, ¿tú sola?

—Por supuesto que sí, es nuestro bebé... —pensó en sus padres, en sus suegros y en el flamante padre, del que llevaba separada trece meses, y se quiso morir, pero se levantó de un salto buscando un pañuelo—. ¿Cómo se te ocurre que yo...? Quiero un hijo, estaba buscándolo antes de que pasara todo lo que pasó. No voy a amilanarme ahora porque esté sola o porque sea de mi ex, ¿qué tendrá eso que ver? Tengo veintinueve años y un trabajo, una vida...

—Vale, vale, tranquila. Lo primero es mandarte con la ginecóloga para que te haga pruebas y confirme que todo marcha bien. El aborto del año pasado es un precedente que debemos tener en cuenta.

—Ok.

—¿Se lo vas a decir a papá y a mamá o...?

—Sí, pero primero quiero confirmar que todo va bien. ¿La gente no suele esperar hasta las doce semanas para contarlo?

—La casa real y los famosos sí —la miró, se echó a reír y la abrazó por el cuello—. Lo que no te pase a ti, Andy... eres de lo que no hay.

—No sé que he hecho para que me salga todo al revés... aunque al menos esto es algo bueno.

—Llama a Andrew y habla con él.

—No, no quiero que...

—Andrew tiene culpa de muchas cosas, pero no es un capullo insensible, es un buen tío y no se merece enterarse por terceras personas de algo así.

—Ya no nos hablamos, desde Nueva York que no me dirige la palabra.

—Lo sé, me lo contó mamá, y a ella se lo contó tu suegra.

—¿Qué?

—Rose le dijo que el que no le avisaras del aborto, y te hayas mantenido tanto tiempo como una zorra inflexible, tiene mucho que ver con su distanciamiento, así que no cometas los mismos errores, sé adulta, llámalo y dile que va a ser papá.

—¿Me ha llamado zorra inflexible?

—No, eso es de mi cosecha, pero es lo que quería decir.

—Gracias, Ale, yo también te quiero.

—Vale, mírame, todo irá bien. Estoy deseando ser tía y un bebé tuyo y de Andrew será perfecto.

—Madre mía... —se echó a llorar y Alejandra la volvió a abrazar antes de sacarse la bata y coger el bolso.

—No me llores, relájate y vamos a tomarnos esto con calma, no necesitas tener más estrés del que ya tienes. Me voy contigo y te invito a cenar, ¿quieres?, hay que celebrarlo.

—Antes de entrar Alister me había llamado para hablarme de un trabajo en una editorial de Oxford, la más importante del Reino Unido, y ahora...

—Estás embarazada, no enferma, puedes trabajar en lo que quieras, pero, viniendo a Alister yo pasaría, ese tío lo único que quiere es tenerte a mano y agradecida para conseguir llevarte a la cama.

—No, él sabe...

—Él solo piensa con la entrepierna, así que cuidado, sabes perfectamente cómo se las gasta.

—Lo tengo bajo control.

—Lo sé. ¿Quieres llamar a Andy?, ¿qué hora es en Manhattan? —salieron a la calle y ella miró la hora.

—Las dos de la tarde, pero no lo voy a llamar, primero quiero confirmar que esto va para delante y bien.

—Tú misma. Venga, vamos, mamá, ahora tienes que alimentarte por dos.

Sexo sin complicaciones, un desahogo, así lo había llamado Duncan, pero para él había sido justo lo contrario.

Entró en el despacho para corregir exámenes y se sentó en su escritorio abriendo el ordenador portátil, respirando hondo para intentar quitarse de la cabeza a Gwen Putney, una modelo y actriz neoyorkina amiga de Duncan con la que había salido dos veces, y con la que había acabado teniendo una fugaz aventura sexual en su piso de Brooklyn, donde había insistido en llevarlo después de compartir una cena y unas copas por la zona más cara de Manhattan.

Antes de Andrea, ese tipo de líos le venían de perlas, a saber: chica guapa, liberal y muy experta. Un bombazo en la cama y si te he visto no me acuerdo, pero tras ocho años enamorado de la misma mujer había perdido el toque, y casi había tenido un gatillazo en la cama de esa chica de anuncio por la que cualquier tío mataría, porque era increíblemente preciosa, y muy divertida.

Un mes después de su última conversación con Andy, el nefasto fin de semana de su cumpleaños, había acompañado a Duncan a una fiesta y se había desmelenado, había conocido a Gwen y ella lo había invitado a salir. También se acababa de separar y necesitaba un poco de aire fresco, le dijo, así que se había dejado llevar y la había besado. En la segunda cita ya acabaron en su cama, pero la experiencia no había sido nada satisfactoria, al contrario, y había terminado huyendo sin despedirse de su casa, tras un polvo rápido y desangelado del que no se sentía nada orgulloso. Ahora la cuestión estaba en discernir si le mandaba flores y una disculpa, o si enterraba el mal rato en el fondo de su memoria para siempre.

Seguramente, la segunda opción era la más lógica porque, le gustara o no reconocerlo, por muy guapa que fuera la dama, no le decía nada, y no tenía ningún interés en volver a verla.

Cerró los ojos y pensó en Andrea, que lo empalmaba con solo aparecer en su campo visual. Con ella tenía una química demoledora, explosiva, y solo al recordar su piel, su cuerpo y su aroma, se le tensaron los músculos de todo el cuerpo.

Desde que la había visto por primera vez había sentido la necesidad animal de llevársela a la cama, de poseerla y hacerle el amor incansablemente, hasta el final de sus días, de llenarla de hijos y de protegerla y cuidarla. Con ella había despertado el macho Alfa primitivo que todo ser humano de género masculino llevaba escondido en algún rincón de su ADN, y eso pasaba muy pocas veces en la vida, por eso era incapaz de olvidarla, de mirar y desear a otra mujer... y por eso era incapaz también de pasar página de una maldita vez.

Realizando un esfuerzo extraordinario y consciente, poniendo a prueba su disciplina y su voluntad a prueba de bombas, estaba consiguiendo no buscarla, ni llamarla, ni tender puentes hacia ella. Se había pasado casi un año suplicando y esperando su perdón, pero estaba claro que ella no estaba por la labor, así que, tras su última charla en un restaurante, en un puto restaurante y no en la intimidad de su casa, había optado por pensar en él y se había apartado de ella.

La amaba, la añoraba y la quería el resto de su vida. Seguramente se iba a pegar un tiro

cuando ella se fuera con otro hombre, le diera hijos y formara un nuevo hogar con él, pero mientras tanto iba a aguantar el tirón con algo de dignidad y sentido común. Había decidido hacer lo correcto y aceptar la derrota para empezar a olvidarla de verdad. Era lo único que le quedaba por hacer y le estaba funcionando.

Así llevaba más de dos meses, sin ningún contacto con ella, solo hablaba de vez en cuando con Iñaki, había prohibido a sus amigos y a sus padres mencionarla en su presencia, y no había muerto en el intento, así pues, seguro que iba por la buena senda, seguro que lo iba a conseguir. Seguro que iba a lograr que un buen día ya no le doliera tanto.

—Doctor McAllen, ¿puedo pasar? —alguien tocó la puerta del despacho y él levantó la vista de sus papeles para descubrir a Hanna Heines de pie, observándolo con los ojos brillantes.

—Pase, ¿qué necesita?

—Entregarle personalmente mi trabajo sobre las poetisas escocesas y pedirle que me firme su último libro.

—Muy bien —agarró el libro, lo firmó con una dedicatoria corta e impersonal, y se lo entregó sin mirarla a la cara—. Muchas gracias.

—¿Nos podemos hacer un *selfie*?

—¿Perdone? —frunció el ceño y ella le sonrió.

—Todos los escritores que conozco se hacen fotografías con sus fans y yo...

—No es mi caso.

—Lo siento, porque la verdad es que yo admiro muchísimo su trabajo.

—Muchas gracias, pero no me haré un *selfie* con usted, ni con nadie. ¿Algo más?, como puede ver tengo muchísimo trabajo pendiente.

—Lleva más de seis meses aquí y nunca me ha aceptado una invitación o ha mostrado algo de amabilidad hacia mi persona, aunque me he esforzado mucho.

—No sé de qué me habla, pero si tiene algún problema real conmigo, le sugiero que ponga una queja formal en rectoría, en la asociación de estudiantes o ante el decano de la facultad.

—¿Sabe que le podría estar haciendo un gran favor personal, profesor?, y usted ni siquiera se digna a tratarme con algo de humanidad.

—¿Disculpe? —pegó la espalda al respaldo de la silla y se sacó las gafas empezando a cabrearse—
¿De qué está hablando?

—Sé que tuvo problemas con una exalumna en Edimburgo, que lo avergonzó delante de todo el mundo, pero no todas sus alumnas somos así. Debería tenerlo en cuenta.

—Creo que esta charla se acaba aquí. Le ruego que abandone mi despacho inmediatamente, y le sugiero que busque otra clase porque yo...

—Si fuera un poco más amable, le explicaría lo que está pasando a sus espaldas.

—Suficiente —se puso de pie y ella se cruzó de brazos.

—Alguien, en nombre de Kimberly Hudson, me ofreció seis mil dólares y treinta mil seguidores en Instagram si lo pillaba en un renuncio, si conseguía grabarlo o fotografiarlo en una situación comprometida, y creo que no soy la única. Esa gente andaba por aquí buscando candidatas para jugársela, me consta.

—¿Qué?

—Se lo juro, están buscando imágenes para comprometerlo y probar que su *affair* en Edimburgo no fue provocado por ella, sino que era su forma habitual de relacionarse con sus alumnas. Me dijeron que se casó con su mujer para evitar que lo denunciara por estupro, porque ella era menor cuando...

—Eso es absolutamente falso.

—Lo sé, comprobé su edad en Internet. Kimberly solo busca una venganza por todo lo que pasó y que la dejó en tan mal lugar delante de todo el mundo.

—¿Está segura de todo eso?, ¿lo declararía delante de un juez?, ¿de mis abogados?

—No quiero verme comprometida en nada turbio y tampoco sé si usted se lo merece. Nunca ha mostrado interés por mí y ahora no veo necesidad de echarle un cable, ya bastante hago contándole esto.

—Mi interés por usted es exactamente igual al que siento por cualquier alumno, señorita Heines, no es nada personal. Sin embargo, muchas gracias por la información.

—¿Qué pasaría si yo se lo cuento a un juez?

—Sería una ayuda inestimable para las causas judiciales que tengo abiertas contra esa mujer. Me ayudaría a probar que fue a por mí deliberadamente. Que hoy por hoy ofrezca dinero a mis alumnas para continuar mancillando mi imagen es gravísimo, y de paso desmontaría toda su defensa. El daño moral, público y personal, que me ha causado es inmenso y no se merece salirse con la suya. ¿Lo entiende? —buscó sus ojos intentando encontrar algo de empatía y ella dio un paso atrás.

—Mi padre es abogado, vive en Nebraska, pero lo consultaré con él, no quiero meterme en un lío.

—Me parece perfecto.

—Andy...

De pronto apareció Ewan en la puerta y Hanna Heines se giró para observarlo con la boca abierta. Su amigo, que siempre deslumbraba con su ropa y su estilo tan cuidado de rey de las finanzas, los miró indistintamente y sonrió.

—¿Interrumpo algo?. Te estaba llamando al móvil, pero como no respondías entré directamente.

—Está bien, no pasa nada. Te presento a mi alumna, la señorita Heines. Hanna, este es mi amigo Ewan MacIntyre. La señorita Heines me acaba de contar algo muy interesante.

—¿En serio?, ¿sobre qué?

—Kimberly Hudson.

—¿Todavía hay más?

—Ni te lo imaginas. En fin, señorita Heines, muchas gracias por la información y me quedo a la espera de...

—Está bien, doctor, ya le avisaré. Adiós.

—Adiós —Ewan la siguió con los ojos y luego lo miró a él con cara de pregunta.

—Dice que Hudson ha ofrecido dinero por el campus a quién me pillara en una situación comprometida. Supongo que quiere joderme un poco más y de paso librarse de la que le va a caer encima. Es increíble —agarró su maletín y sus cosas y le indicó la puerta—. Vámonos, me muero de hambre.

—Tiene que denunciarlo en la policía y así de una puta vez podrás limpiar tu nombre, tío.

—Lo sé, pero lo quiere consultar con su padre, que es abogado. De momento, yo voy a llamar a los míos para mantenerlos al tanto. ¿Qué tal tú?, ¿qué tal tu reunión?

—Tengo una oferta encima de la mesa que es casi obscena. Como diría mi abuela: dinero llama dinero.

—¿Vas a vender también esta compañía?

—Creo que sí y así podré ponerme a otra cosa.

—¿Qué cosa? —llegaron a la calle donde los esperaba un coche con chófer y lo observó moviendo la cabeza antes de girarse hacia Ewan—. ¿Aun quieres ganar más pasta de la que ya tienes, colega?

—Sí, igual invierto en hoteles. ¿Qué tal con tu nueva amiguita? Que callado te lo tenías, chaval, si no es por Duncan que lo casca todo...

—¿Qué amiguita?

—Gwen Putney.

—Nada, no tiene ninguna importancia.

—Pues está buenísima —comentó entrando en el coche y Andrew, que lo conocía demasiado bien, respiró hondo y lo miró a los ojos— ¿Tú también te has acostado con ella?

—Sí, es una de las habituales de Duncan. Buena tía, pero miente más que respira. ¿Cómo te llevó al huerto?, ¿te dijo que se había separado? Es mentira.

—Pensé que no compartíamos ligues desde el instituto, tío, sois de lo que no hay.

—Oye, a ti te gusta la exclusividad, pero a mí me encanta compartir y diversificar las opciones. A la única que no tocaría es a tu mujer, pero a las demás... barra libre. Venga, vamos a cenar al Chef's Table at Brooklyn Fare, Inés anda por aquí y le he dicho que se venga, seguro que ya nos está esperando.

14

—No, Alister, por favor.

Dio un salto al sentirlo encima, se giró y lo apartó con las dos manos, él se desconcertó bastante y Lola, su gata, se engrifó sin venir a cuento, así que dio un paso hacia ella para acariciarla, pero Alex se le adelantó y la sujetó por la muñeca.

—Solo es un abrazo, Andrea, nos conocemos desde hace diez años y me muero por... —le tocó la cintura, bajó la mano por sus caderas y ella bufó—. Dame un beso, recuerdo que nos encantaba besarnos, aunque nunca te hayas querido acostar conmigo.

—Si no te apartas ahora mismo, te pongo de patitas en la calle.

—Bésame —la agarró por la nuca y le plantó un beso en la boca, separó los labios e intentó meterle la lengua entre los suyos, pero ella se revolvió y le dio un tremendo empujón—. Seguro que el cabrón de McAllen se está tirando a media Nueva York.

—Esto no tiene nada que ver con Andrew. Será mejor que te vayas o acabaremos fatal, en serio, no te gustará verme enfadada.

—Eres preciosa, dulce, inteligente, podrías tener todo lo que quisieras y a quién quisieras. No sé cómo pudiste acabar con un profesor del tres al cuarto de Edimburgo. Un tipo que encima fue capaz de acostarse con otra teniéndote a ti en casa. Es un soberano gilipollas, Andrea.

—Ok, se acabó. Vete, por favor, o... —le señaló la puerta y él se echó a reír.

—¿O qué?, ¿tu gata me va a atacar? —estiró otra vez la mano y ella dio un paso atrás.

—No me toques.

—Vale, volvamos a empezar. ¿Me sirves una copita de vino?

—No, prefiero que te vayas.

—Le dije a Inés que cenaría con vosotras.

—Es igual, me acabo de arrepentir de haberte invitado a mi casa, así que, si no te importa, a la puñetera calle.

—Venga, no te hagas la dura conmigo. Sabes que tarde o temprano acabaremos juntos. Estamos destinados a casarnos, lo supe en cuanto te vi en Londres hace diez años. Siempre lo he sabido, por eso estoy dispuesto a perdonar tu estúpido matrimonio con McAllen, a enterrar todo aquello y a empezar de cero, como si nunca hubiese pasado, como si ese tipejo nunca se hubiese cruzado en nuestro camino... como...

—¿Te puedes callar y largarte ya?

—Empecemos de nuevo, cielo, seis años no van a ninguna parte y podemos cerrar los ojos y organizar nuestra vida sin recuerdos, ni...

—Estoy embarazada, Alex.

—¿Perdona?

—Ya me has oído y, lo sabes, yo nunca, jamás, estaré contigo, así que será mejor que te vayas y me dejes en paz de una puta vez.

—¿Es suyo?, ¿es de McAllen?, ¿te has acostado con ese cabrón después de todo lo que te hizo?

—Adiós.

—Vale, vale, no pasa nada, pensemos un poco —levantó las manos intentando situar las cosas y ella frunció el ceño—. Estoy dispuesto a aceptar que...

—Tú no tienes que aceptar nada, Alister, solo te estoy pidiendo que te marches de mi casa, por favor.

—Tu marido se ha liado con una actriz, una modelo, una tía americana que ha sido portada de Sports Illustrated. ¿Me vas a decir que con ese hijo de puta vas a tener un hijo?, ¿esperas que deje su vida loca en Nueva York para correr a tus brazos?

—Eso no es asunto tuyo.

—Lo es, porque yo sí puedo protegerte, darte seguridad y ayudarte a criar a ese bebé como si fuera mío, yo...

—Adiós... —le abrió la puerta y bajó la cabeza esperando a que se largara de una vez. Él agarró su chaqueta y antes de decir nada más oyeron la voz de Inés desde el rellano de la escalera.

—¡Joder!, viviendo aquí no necesitas pagar el gimnasio. ¿Qué tal?, ¿pasa algo?

—No, nada, pero Alister ya se iba.

—¿Te marchas, Alister?, y yo que creía que cenaría con el cuarto en la línea de sucesión al trono —bromeó, entrando en el apartamento y Andrea lo miró a él por última vez antes de cerrar la puerta.

—Adiós, Alister.

Cerró con llave y miró a Lola, que estaba pegada a sus piernas, inquieta y nerviosa, como si esperara una catástrofe, así que la acarició y miró a su amiga a los ojos.

—¿Te has peleado con el capullo inglés?, tarde o temprano iba a pasar. ¿Qué ha hecho esta vez?

—Nada, el idiota, como siempre. ¿Quieres agua?

—Agua y un vaso de vino, por favor. No sé por qué llamándose Alister lo llaman Alex, eso es para los Alexander, ¿no? Algún día se lo preguntaré. ¿Estás bien?

—Sí, solo un poco cansada, tengo mucho trabajo. Voy a servir la cena.

—Pues yo te veo radiante, no sé... ¿Hace cuánto que no te veía?, ¿un mes?, ¿quince días?

—Quince días, ¿qué tal en Nueva York?

—Todo bien. Antes de ayer cené con el dúo calavera, porque el tercero en discordia no andaba cerca.

—¿Con quién?

—Con Andrew y con Ewan, Duncan está grabando un nuevo disco en Florida o no sé dónde, la verdad es que no presté mucha atención.

—¿Qué tal está Andy? —se le sentó enfrente, agarró la fuente que ya tenía preparada y sirvió los platos de pasta—. Estos espaguetis a la boloñesa le encantaban...

—¿Lo echas de menos?

—Alister me ha dicho que sale con una actriz que ha sido modelo de la revista Sports Illustrated.

—¿Qué sabrá Alister?

—Es del círculo de amistades de Duncan —se pasó la mano por la cara y le sonrió—. En todo caso, ya no es asunto mío y era de esperar, lleva un año soltero y...

—Pues sigue llevando la alianza, igual que tú y pregunta por ti con esos mismos ojos de congoja —la señaló con el tenedor—. Creo que no sale con nadie y, además, dudo mucho que Andrew McAllen, el más intelectual de los mortales, vaya a salir con una modelis de revista.

—Tuvo alguna que otra antes de conocernos.

—Ya casi es un cuarentón, Andy, sabes que no le van esos rollos, eso solo es para gente como Duncan Harris, que tiene el Síndrome de Peter Pan y colecciona los modelos a pares.

—No sé qué tienes en contra el pobre Duncan, que es un poco bala perdida, pero...

—No es solo un poco bala perdida, pero da igual. Andrew está bien y me regaló su último libro, ¿lo has leído?

—Por supuesto, yo se lo edité. Llevo años siendo su lectora cero y su correctora a tiempo completo.

—Es bastante ameno, aunque hable de las baladas orales de los Borders —bufó y Andrea sonrió—. Lo he leído por encima en el avión, si no fuera suyo jamás lo hubiese abierto.

—Está destinado al ámbito académico, pero es muy entretenido y está muy bien escrito. Él escribe muy bien, debería hacer algo de ficción, se lo he dicho siempre, pero... ¿qué?

—Nada —la observó con atención y luego siguió comiendo—. Me estuvieron hablando de sus años mozos en Edimburgo. Ese trío debe haber hecho estragos a los veinte años, y antes, porque los tres están como un tren y siendo inseparables llamarían más la atención, se las llevarían de calle. Menudas piezas. ¿Te imaginas a esos tres juntos de vacaciones en España o arrasando en Londres?

—Al parecer eran un peligro.

—También me comentó otra cosa muy importante que tiene que ver con lo que a mí me contaron en Los Ángeles, ¿recuerdas?, sobre Kimberly Hudson.

—Madre mía...

—No, esta vez calla y escucha. Resulta que una alumna suya le acababa de contar que la tal Kimberly ofrecía dinero y seguidores en Instagram, que ya sabes que hoy por hoy es una moneda de cambio muy valiosa, a quién lo pillara haciendo algo indebido con una estudiante, ya sabes, que lo cazaran in fraganti metiendo la pata otra vez.

—¿En serio?

—Sí, al parecer alguien anduvo merodeando por el campus de Columbia intentando comprar un buen traspie del profe de literatura escocesa, obviamente para vengarse por toda la persecución judicial que él ha montado contra esa tía en el Reino Unido y en los Estados Unidos. Ya me habían dicho a mí que era una profesional de estas cosas, que no se andaba con chiquitas y que fue a por Andrew desde un principio, no por un interés especial o superior por él, sino por puro divertimento, suyo y de sus seguidores.

—Vaya...

—Esa mujer es famosa por provocar situaciones bochornosas y de tinte sexual para su Instagram, ya la ha denunciado más gente como Andrew y la única forma de resarcirse un poco es probando que su víctima no es tan víctima, sino un reincidente habitual.

—¿Y qué consigue con eso?, ¿dinero?

—Claro, las *instagramers* muy famosas, con muchos seguidores, cobran de marcas y firmas que las patrocinan. Son *influencers*, ¿no lo sabías?, ¿en qué planeta vives?

—Yo ni siquiera tengo Facebook.

—Lo sé...

—¿Y qué va a pasar ahora?

—Estaba esperando a que la alumna que le ha contado la movida quiera declararlo delante de un juez, si es así, va a desmontar de una vez por todas a la capulla esa de Instagram. Es muy grave ofrecer dinero para difamar a alguien, alguien que encima tiene temas judiciales pendientes contigo, es como actúa la mafia.

—Bueno, parece que la cosa no acaba nunca.

Tuvo el impulso de buscar el teléfono móvil para llamar a Andy y hablar con él sobre el tema, pero se contuvo y se concentró en la comida en silencio, hasta que Inés le habló, sacándola de golpe de sus cavilaciones.

—¿Qué te pasa?, ¿por qué sonrías?. ¿Ha pasado algo que yo no sepa?

—Estoy embarazada —le clavó los ojos oscuros e Inés soltó el tenedor encima del plato.

15

Edimburgo. La bella Dùn Èideam, pensó, paseando por la Royal Mile como un turista más, relajado y encantado de estar en Escocia, aunque entrar en su casa y encontrársela vacía después de casi siete meses de ausencia, no había sido la más feliz de las experiencias.

Había pasado la navidad y el año nuevo en Nueva York con sus padres, y no había sido mala idea, al contrario, porque lo cierto es que se sentía muy a gusto en Manhattan, pero no podía negar que añoraba muchísimo su ciudad; sus paseos, su pub favorito, la universidad, las librerías, el acento de sus paisanos y el clima. Podía llover y estar nublado casi siempre, pero a él lo relajaba y la penumbra de sus callejuelas le solía transmitir mucho sosiego, así que en el fondo estaba deseando que acabara de una vez por todas el curso en Columbia para volver definitivamente a su adorada tierra.

Callejeó un rato, cogió Cowgate y giró hacia North Bridge para llegar al The Scotsman Hotel en un santiamén. Esa era otra ventaja de vivir en Edimburgo: todo estaba cerca y no necesitaba andar cogiendo taxis, ni transporte público para llegar a todas partes.

—¡Andrew!, estamos aquí —su padre lo llamó desde el restaurante y él caminó hacia allí mirando la hora.

—Justo a tiempo, ¿no?

—Sí, perfectamente, ¿qué tal estás, hijo?

—Bien, con mucha hambre.

—Eso es bueno, pasemos dentro, Peter y William ya están en la mesa. ¿Han llegado tus huéspedes?

—Sí, anoche. Ya se han instalado.

—Estupendo, vamos.

Le palmoteó la espalda y lo llevó a la mesa donde dos de sus colegas, los que estaban llevando sus demandas contra Kimberly Hudson, los esperaban con una copa de vino en la mano. Los saludó con un abrazo y luego se dispuso a comer escuchando las novedades del caso y de las tres vistas a las que su demandada no se había presentado, ni había mandado representante legal alguno, lo que venía siendo muy beneficioso para él.

Se pasó una hora oyendo términos legales y triunfalismos varios, muy propios de los abogados, y también les contó al detalle la información que le había dado su alumna sobre la supuesta compra de pruebas contra él por parte de Hudson.

—Esa información es primordial, Andrew, hay que atarla cuanto antes.

—Lo sé, pero la chica en cuestión es un poco... especial... y no termina de decidirse a declarar, así pues...

—¿Por qué?, ¿qué le pasa?

—Al parecer, en un principio sí aceptó parte del dinero de Kimberly Hudson y se pasó varias semanas intentando cargarme algún muerto, eso me ha explicado su padre por email, así que está más pringada de lo aceptable y tiene miedo a que le salpique penalmente el asunto.

—Le podemos firmar un compromiso de no agresión.

—Eso ha sugerido Tom Butler y se lo ha hecho saber oficialmente al padre, pero, no sé, no me fío mucho de ella, desde un principio me pareció un poco... rara. Lo importante es que seguramente ganemos a Hudson con o sin ese testimonio.

—Por supuesto, desde todo punto de vista eres una víctima de esa mujer, y si un juez ordenó la retirada del material difundido por ella, ya tenemos gran parte del camino hecho.

—Genial.

—¿Cuántos días te quedas en casa?

—Una semana, solo vengo para participar en un tribunal, presentar el nuevo libro y dar una conferencia. En cinco días estaré de vuelta a Nueva York.

—Mi sobrino defiende pasado mañana su tesis doctoral, ¿no estarás tú en su tribunal?

—Seguramente, pero no puedo hablar del tema.

—Ok, lo entiendo —William Fraser levantó las dos manos y luego lo miró a los ojos—. ¿Qué pasa con Andrea?

—¿Qué pasa con ella? —respiró hondo y le pidió un café al camarero.

—No hemos sabido nada de la demanda de divorcio, se frenó hace meses y...

—Mejor —susurró su padre—. Yo adoro a mi nuera, pero esa decisión suya de apresurar tanto las cosas, ha sido como poco pueril.

—Papá... —lo miró frunciendo el ceño y él tiró la servilleta encima de la mesa.

—Es la pura verdad, hijo. Andy es una chica maravillosa, muy lista, pero los acontecimientos la desbordaron, se manejó fatal y se le nublaron las ideas. Jamás pudimos imaginar que reaccionaría así ante el primer traspie de vuestro matrimonio, ni nosotros, ni sus padres.

—Un traspie lo suficientemente grave como para que yo, que soy el interesado, pueda comprenderla.

—Supongo que sí y eso te honra, pero pasados los meses esto se ha salido completamente de quicio. No puedes negarlo.

—Ok, no voy a hablar más de mi mujer y, además, debería irme, tengo una conferencia en la Biblioteca Nacional —se puso de pie y se despidió de los abogados con otro abrazo—. Dejaremos correr lo del divorcio un poco más, William, no tengo ningún interés en remover las cosas, pero si lo vuelve a pedir no oponemos resistencia y lo firmaré de inmediato.

Les sonrió dando una palmada en la espalda a su padre, salió a la calle y se fue andando a la Biblioteca Nacional de Escocia para participar en una conferencia sobre la influencia de la literatura escocesa del siglo XIX en los escritores australianos de la misma época.

Era un tema muy interesante que había sugerido Andrea hacía dos años en un viaje que habían hecho juntos a Canberra, dónde él había acudido como profesor invitado de su universidad, y que se terminaba concretando tanto tiempo después en Escocia, aunque ella ya no pudiera verlo.

Por un momento se le encogió el corazón y un dolor lacerante le atravesó la espalda, uno que hacía semanas que no experimentaba, y que achacó al hecho de estar de vuelta en casa y sin ella.

Respiró hondo y siguió andando despacio, pensando en su mujer y echándola tanto de menos que a punto estuvo de coger el teléfono para llamarla a Madrid, pero se contuvo e intentó pensar en lo bien que llevaba sus últimas semanas de soledad. En los pasos de gigante que estaba dando con la ayuda de un terapeuta de Nueva York, en la ardua tarea de olvidarla, y llegó a la biblioteca más relajado y mucho más tranquilo.

Mucho más tranquilo y convencido de que hacía lo correcto no buscándola más y dejándola en paz por el bien de los dos.

—¿Quién te enseñó a cocinar tan bien?, huele de maravilla —le preguntó Chelsea, la mujer de su amigo Bob, y él la miró levantando las cejas.

—Bueno, primero tendréis que probarlo y luego ya me diréis si está tan bien.

—Seguro que está perfecto —Bob entró en la cocina y se desplomó en una de las butacas junto a la encimera secándose el pelo con una toalla—. La ducha estupenda y la casa preciosa, Andrew, mil gracias por alojarnos aquí.

—No hay problema, hay mucho espacio.

—¿No me vas a decir quién te enseñó a cocinar? —insistió Chelsea y él sonrió.

—Mi mujer, mi ex... bueno, Andrea me enseñó a cocinar un poco, aunque era ella la que se ocupaba de cocinar siempre porque le encanta y encima se le da de maravilla.

—Guapa y buena cocinera, ¿qué más se puede pedir? —bromeó Bob—. Qué lástima que no esté aquí, me hubiese encantado verla y que conociera a Chelsea.

—Deberías llevarla a Australia y todo arreglado, Andy —susurró Chelsea—. Bueno, creo que vamos a cenar de lujo. ¿Pongo la mesa?

—Sí, por favor. Todo está en el aparador del comedor.

—Muy bien.

Ella se fue y Andrew siguió pendiente de la salsa boloñesa y los espaguetis mientras hablaba con Bob, su amigo australiano, que había aparecido con su segunda mujer en Edimburgo para dar la conferencia en la Biblioteca Nacional, y al que había invitado a quedarse en su casa para devolver en parte lo bien que los había atendido durante su estancia en Canberra.

Levantó los ojos y observó cómo se afanaba en aliñar la ensalada.

—Madre mía, no hay nada mejor que el aceite de oliva, Andrew.

—En esta casa solo tenemos aceite de oliva y por supuesto español.

—Por supuesto, tío, para nosotros sigue siendo un lujo, me encanta... vaya, el timbre —los dos

saltaron al oír el timbrazo en la puerta principal y Andrew dejó la cuchara para ir a abrir, pero Chelsea se le adelantó desde el pasillo.

—¡Ya voy yo!

—¡Gracias!

—¿De verdad no hay ninguna posibilidad de reconciliación con Andrea, Andy?. Me es imposible imaginaros divorciados, todo el mundo en Australia comentaba la buena pareja que hacéis, lo compenetrados que se os veía, cómo os queríais. Era tan evidente, colega.

—He hecho todo lo que he podido, todo, pero ella sigue en Madrid ¿Qué más puedo hacer?

—Entiendo, pero...

—¿Quién era? —preguntó viendo entrar a Chelsea en la cocina y ella se encogió de hombros.

—Al parecer se había equivocado. Era una chiquita joven muy guapa, extranjera me parece, y se marchó corriendo porque llueve a mares.

—En fin, llevemos esto a la mesa, ya está listo. Espero que os guste.

Sirvió los platos de pasta y la boloñesa como lo solía hacer Andrea, con mucho queso parmesano, y se dispusieron a disfrutar de una apacible cena en casa con la lluvia, efectivamente, cayendo a mares sobre Edimburgo.

Una velada estupenda hablando de literatura y de la universidad y de sus amigos en común, que se extendió durante dos horas hasta que fue a buscar el café para tomarlo en el salón y entonces Chelsea, blanca como el papel, se le puso delante con la boca abierta.

—¡Joder, Andrew!

—¿Qué pasa? —preguntó, poniendo la bandeja con la cafetera en la mesa de centro.

—Es ella, ¿esa es tu mujer? —le señaló las fotos de la chimenea y él asintió.

—Claro.

—Pues es la chica que tocó la puerta antes.

—No puede ser, está en España, no...

—Era ella, te lo juro por Dios. No sé cómo no me di cuenta antes, pero no había visto sus fotos y... ¡la madre que me parió!

—No puede ser ella, además, creo que tiene llaves, no iba a tocar el timbre.

—Era ella —miró a Bob y él se puso de pie—. En serio, cariño, te lo juro, era esa chica. Tiene una cara inconfundible.

—Pues...

Alcanzó a mascullar Andrew algo confundido, pero convencido de que eso no podía ser posible, y dio un paso atrás sintiendo cómo le vibraba el teléfono móvil en el bolsillo de los vaqueros.

Observó a sus amigos entornando los ojos y contestó pasándose la mano por la cara.

—Hola.

—¿Andrew McAllen?

—Sí, ¿quién es?

—Buenas noches, le llamo del Royal Infirmary of Edinburgh.

—¿El hospital?, ¿qué ha pasado? —pensó en sus padres y se le subió el corazón a la garganta. Se dio la vuelta y se fue directo a la entrada a buscar su abrigo.

—No ha pasado nada, afortunadamente, pero tenemos ingresada en urgencias a su esposa, la señora Andrea McAllen. Se desmayó en una cafetería de Princes Street y los empleados llamaron a los servicios médicos. Usted es su contacto prioritario en caso de emergencia.

—Sí, claro, por supuesto, pero... —trató de situarse y aclarar la cabeza, porque no tenía ni idea de qué hacía Andrea en una cafetería de Princes Street, y abrió la puerta para salir a la calle—. ¿Cómo está?, ¿se encuentra bien?

—Sí, le hemos hecho una ecografía y todo va bien, solo fue una bajada de tensión, pero en su estado hay que tomar ciertas precauciones. Está en reposo, pero puede recogerla y llevársela a casa esta misma noche.

—¿Cómo dice?

—Le hemos puesto un poco de suero y la ecografía no muestra ningún problema, así pues...

—¿Ecografía?, ¿qué ecografía? —preguntó calándose en medio de la calle y tragó saliva viendo como Bob lo seguía con un paraguas.

—No se preocupe, el bebé está perfectamente. Los dos lo están.

16

—Señora McAllen, no puede marcharse todavía. Siéntese ahí y ahora le traigo el alta firmada por la doctora Warren.

—Me siento muy bien, esto es una exageración, yo...

—Siéntese y espere unos minutos más. Ahora vuelvo.

Le ordenó la enfermera, indicándole unas butacas que había en un pasillo, fuera de la sala de espera de urgencias, y no le quedó más remedio que obedecer y sentarse para no empeorar las cosas.

Era increíble cómo la gente entraba en pánico tan fácilmente. Un vahído sin importancia y ya estaba ahí la ambulancia y la policía y el traslado a un hospital. De nada había servido que explicara que se sentía bien y que solía tener la tensión muy baja, de nada, porque en cuanto abrió la boca y dijo que estaba embarazada de catorce semanas, y la vieron sola, aplicaron el protocolo habitual y se la llevaron a Urgencias. Una locura incontrolable.

Sacó el teléfono móvil e hizo amago de llamar a alguien de Edimburgo, a alguna amiga e incluso a sus suegros, pero prefirió pasar y volvió a guardarlo en la mochila deseando salir de ahí cuanto antes. Solo necesitaba comprar algo de comida, subir al hotel y meterse en la cama, después todo iría bien.

Todo iría bien, repitió, sintiendo un escalofrío por todo el cuerpo.

Maldita la hora en que se le había ocurrido ir a pasear por su barrio y maldita la hora en que había sucumbido a la tentación de acercarse a su casa y tocar el puñetero timbre. Todo era culpa suya por impulsiva e infantil, porque ese no era el plan inicial, no lo era, y lo había estropeado todo.

Respiró hondo y cerró los ojos.

Todo había empezado porque John Cameron, su jefe de MacMillan Publishing, le había pedido que fuera a Edimburgo para una reunión muy importante. Aún quedaban proyectos suyos pendientes y, además, quería hacerle una propuesta de trabajo en firme, así que había pillado el primer avión y se había plantado en Escocia siendo totalmente consciente de que Andrew también estaba allí.

Conocía su agenda al dedillo y sabía que pasaría la tercera semana de marzo en Edimburgo, donde tenía varios compromisos ineludibles. Circunstancia que a ella le venía muy bien para llamarlo, quedar con él y contarle que iba a ser padre. Todo muy civilizado, y muy tranquilo, porque lo cierto es que estaba deseando compartir con él la feliz noticia. Una feliz novedad que le había cambiado la vida de la noche a la mañana y que la tenía muy ilusionada.

No esperaba para nada que el bebé cambiara su relación de pareja o arreglara sus problemas, eso estaba claro, pero sabía que un hijo era lo que él más deseaba en el mundo y sentía

la necesidad de decírselo, y desde ese punto empezar a replantearse su futuro porque, aunque estuvieran separados, él bebé era de los dos y quería que él participara en todo desde el principio, porque estaba segura de que iba a ser el mejor padre del mundo.

Solo Inés, su hermana y Alister (pero ese no contaba), sabían que estaba embarazada. No había querido decírselo a nadie hasta estar segura de que todo iba bien, y hasta que se lo pudiera contar personalmente a Andrew. Esa era su prioridad, así que la afortunada coincidencia de encontrarse en Edimburgo a la vez, la había llevado a decidir que ese era el mejor momento para hablar con él y darle la buena nueva.

Se trataba de llamarlo, quedar en medio de su apretada agenda y contarle lo que pasaba. No le importaba que le dedicara solo cinco minutos, con eso le bastaba para dejarlo todo claro, sin embargo, antes de hacer esa llamada había decidido ir a pasear por el New Town, y al ver luz en su casa algo la había empujado a subir los cuatro escalones que la separaban de la puerta principal para tocar el timbre, sin imaginar, ni en sus peores sueños, que él estaría acompañado.

Con el corazón a mil y muy nerviosa, más de lo que había estado en toda su vida, había tocado la puerta y en seguida había oído la voz de esa mujer diciendo que ella abría y la de Andy dándole el ok. Tres minutos después se la había encontrado de frente, ella descalza y vestida con un pijama, mirándola con sus ojos azules muy abiertos.

Era el mundo al revés, pensó en los segundos que se mantuvo quieta y sin hablar delante de ella, que la había observado muy atenta con la mano en el pomo de SU puerta, de pie encima de SU alfombra comprada en Turquía hacía cuatro años, con SU lámpara iluminando su figura rotunda y atractiva.

Fue tal el desconcierto, que abrió la boca para preguntar por Andrew, pero lo que le salió fue un: “Lo siento, creo que me he equivocado”, para acto seguido salir corriendo bajo la lluvia de vuelta al centro, mucho rato, hasta que llegó a Princes Street empapada.

Aún no se podía creer que él metiera a su novia en su casa y le hiciera el amor en su cama, que cocinaran juntos en su cocina y se besaran en el mismo sofá que habían tardado tanto en elegir y comprar. No lo podía asimilar, pero la realidad le había caído encima como una losa y no le quedaba más remedio que aceptarla y seguir adelante con la cabeza bien alta. Ahora tenía un hijo por el que luchar y no pensaba derrumbarse ni un segundo más.

Su primera reacción no había sido tan dramática, no obstante, bastante hecha polvo, desilusionada y confusa, en lugar de subir a su hotel había pasado primero a una cafetería para comprar algo de comer, pero antes de poder decir esta boca es mía, se había caído redonda al suelo. Lo demás ya era historia.

En seguida la habían auxiliado, se la habían llevado al Royal Infirmary of Edinburgh, donde hacía justo tres años había estado ayudando a cuidar de su suegro por un problema cardíaco, y le habían hecho una ecografía y otras pruebas. Gracias a Dios todo iba bien y solo quería pedir un taxi para pasar página cuánto antes.

—Estoy buscando a mi esposa, Andrea McAllen.

Oír de repente su voz en ese lugar la hizo saltar y miró hacia la recepción descubriéndolo de

pie junto al mostrador de información, tan alto, y tan guapo como siempre, con sus vaqueros, sus botas y su abrigo de paño azul marino que le gustaba tanto.

Quiso levantarse e ir a su encuentro, pero fue incapaz de moverse, así que se limitó a observar cómo se giraba hacia el pasillo y la buscaba con los ojos hasta encontrarla, y como caminaba hacia ella con ese paso firme y tan decidido que tenía.

—¿Estás bien? —preguntó con cara de preocupación y ella se puso de pie.

—Estoy bien, siento mucho que te hayan llamado, nadie me dijo que te iban a llamar a ti, lo siento mucho.

—Es igual —la agarró por los brazos y la obligó a sentarse otra vez—. ¿Qué haces en Edimburgo?

—Vine a una reunión de trabajo, me llamó John, y también para hablar contigo, pero...

—¿Es verdad lo que me han dicho por teléfono? —bajó los ojos elocuentemente hacia su vientre y ella asintió echándose a llorar—. Madre mía, es verdad.

—Te lo iba a decir en este viaje, pero, no sé, fui a tu casa y no quise interrumpir, me abrió tu novia en pijama y no pude... y luego me fui a comer algo y no sé cómo acabé aquí y...

—Ok, tranquila, no llores, eso no puede ser bueno. Vamos, respira un poco, ¿cómo estás?

—Estoy bien, de catorce semanas.

—Lo sé, he sacado las cuentas —sonrió con esos ojos maravillosos que tenía y ella buscó un pañuelo en el bolsillo de los vaqueros.

—No quería que te enteraras así, quería decírtelo personalmente.

—Vale, no pasa nada. Dicen que todo va bien y que ya nos podemos ir a casa, creo que aún tienes los zapatos húmedos.

—Llévame a mi hotel, por favor, y me daré un baño, solo necesito descansar y mañana estaré perfecta —se levantó mirando a su alrededor—. Necesito el papel del alta y ya tardan mucho, voy a pedirlo.

—Voy a pedirlo yo, tú quieta ahí, y luego nos vamos a casa, a nuestra casa, aunque si quieres, podemos pasar a recoger tus cosas al hotel.

—No voy a meterme en casa con tu novia, Andrew. Estoy en plan conciliador, pero no tanto.

—¿Qué novia?

—La chica que me abrió la puerta de tu casa. Fui allí y toqué el timbre, pero al verla me quedé en blanco y...

—Es Chelsea, la mujer de Bob Johnson, les he dado alojamiento como acordamos tú y yo hace más de un año.

—¿Bob Johnson? ¿Qué ha pasado con Kitty?

—Se divorciaron y ahora Chelsea es su nueva mujer. Eres increíble... —movió la cabeza un poco enfadado, y ella frunció el ceño.

—Vaya —sumó dos más dos y se sintió idiota, pero no dijo nada y se sentó otra vez. Él hizo lo mismo y se le acercó para levantarle el jersey y la camiseta antes de mirarla a los ojos

—¿Aún no lo sientes?

—No.

—Bueno, ya lo sentiremos.

Asintió haciendo un puchero y él se inclinó y le acarició el vientre con cuidado, con esa mano enorme y preciosa que tenía.

Se le pegó al cuerpo sonriendo y pudo observarlo con calma, de muy cerca, disfrutando de su aroma y su calor. Respiró hondo intentando contenerse, pero no pudo hacerlo. Estiró la mano, lo sujetó por el cuello y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Catorce semanas —soltó, sin poder dejar de sonreír, y miró por la ventana la mañana lluviosa con la que había despertado Edimburgo.

—¡Enhorabuena, tío! —gritó Duncan desde las afueras de Londres y Ewan, que estaba también en Londres, pero en su casa Kensington, se puso una mano en el corazón.

—Joder, macho, me acabo de quedar sin aire, parezco mi madre. Enhorabuena, en serio, es una noticia estupenda.

—Gracias —dejó la Tablet encima de la mesa y se dispuso a preparar el desayuno sin perder de vista la pantalla, donde los tenía en una videoconferencia compartida.

—¿Y cómo está la guapa mamá?

—Perfecta, radiante, sexy... como siempre. Solo espero que no se haya resfriado después de la mojada que se pegó ayer —movió la cabeza y los dos se echaron a reír.

—Has nacido para ser padre, Andrew McAllen, no puedes evitarlo.

—Supongo que aclararemos lo del padrino antes de seguir hablando —intervino Duncan muy serio—. No quiero malos rollos por el tema, ya pasó con tu boda y esta vez no podemos ser los dos los padrinos.

—No serás tú, Duncan, ¿qué harías tú con un niño?

—Malcriarlo y hacerlo feliz, Ewan.

—¿Qué?, ni de coña. No lo puedes elegir a él, Andy, es un puto tiro al aire.

—Y tú un puto estirado que no sabe divertirse. Serías un coñazo de padrino. Siento decírtelo, hermano.

—Haya paz —Andrew los miró y levantó las manos—. Lo echaremos a suertes y el que salga será, sin protestas, ni impugnaciones. Fin de la historia.

—Ok... —asintió Ewan—. Y de lo demás, ¿qué pasa?, ¿Andrea se va contigo a Nueva York?

—No lo sé, no hemos hablado de nosotros, solo hemos hablado del bebé, y a ella le han ofrecido recuperar su puesto aquí con un ascenso, así que no sé que haremos. Todo está igual que ayer antes de las nueve de la noche.

—Pues no puede seguir todo igual, ahora sois una familia y lo único que tiene que hacer ella es coger sus cosas y volver con su marido —opinó Duncan—. Ya no caben enfados, ni caprichos, ni tonterías. No dejes que se largue de vuelta a Madrid, tío, te lo digo en serio, ahora lleva a tu bebé y eso son palabras mayores.

—Gracias por el consejo, colega —movió la cabeza y estiró la mano para poner la tostadora—. Os dejo, voy a llevarle el desayuno a la cama. Dentro de dos horas tengo que estar en la universidad.

—¿Se lo has dicho a tus padres?

—Aún no, estarán dormidos o levantándose, luego iré a verlos para contárselo personalmente.

—Se van a volver locos de felicidad.

—Sí, eso seguro. Bueno, capullos, ya hablaremos.

—Quiero volver a discutir el tema del padrino —interrumpió Duncan.

—Ni hablar, adiós.

Les colgó y apagó la Tablet, cogió la bandeja con el desayuno y se fue canturreando hasta su dormitorio donde Andrea dormía tranquilamente tras una noche bastante larga.

Después de salir del hospital habían pasado por su hotel para recoger sus cosas, en eso había sido tajante y ella había tenido que ceder, a regañadientes, pero había cedido, tras lo cual se habían ido a casa donde los estaban esperando Bob y Chelsea muy preocupados.

Allí, tras charlar un rato y ponerlos al día, también cedió a darse una ducha caliente en su baño de siempre, antes de meterse en su cama de siempre, cenar un poco e intentar dormir, aunque antes de darse cuenta la había besado, ella había respondido con la misma vehemencia y habían acabado haciendo el amor sin hablar, sin discutir sobre nada, y con esa necesidad animal que los envolvía siempre.

No sabía si aquello era la reconciliación definitiva, desde luego lo parecía y no pretendía comportarse de otra forma con ella porque, tras catorce meses de drama y separación, al fin la vida los volvía a unir de manera contundente, les daba un motivo irrefutable para volver a estar juntos, y ya era hora de dejar de hacer el tonto y recuperar el tiempo perdido y su matrimonio, que siempre había sido sólido y feliz.

—Amor, ¿estás bien?

Entró en el dormitorio y al no verla en la cama se le paralizó el pulso, dejó la bandeja en la mesilla y se acercó al cuarto de baño.

—¿Andy?, ¿estás bien?

—Sí, ahora salgo.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien, solo me estaba duchando — salió envuelta en su albornoz, demasiado grande para ella, y se soltó el pelo recogido mirándolo con una sonrisa—. Tengo que pasar por la editorial antes de las doce. ¿Has hecho el desayuno?, qué bien, muchas gracias. Me muero de hambre.

—Son las ocho de la mañana, aún es pronto.

—¿A qué hora empieza tu tribunal?

—A las once.

—Me encantaría ir a escuchar las tesis, pero... ¿qué? —levantó los ojos y dejó el vaso de zumo en la bandeja—. ¿Pasa algo?

—¿Cómo eres tan guapa?, ¿eh?

—Andrew...

Caminó hacia ella sin dejar de mirarla a los ojos y la agarró por la cintura con una mano mientras con la otra le abría el albornoz. Tocó su piel suavísima y perfecta, deliciosa, y la tiró encima de la cama completamente empalmado. Se le puso encima, se bajó el pantalón del chándal y la penetró sin más, sin mediar ni un mínimo beso o preliminar porque no tenía paciencia para eso. Ella arqueó la espalda y separó las piernas para recibirlo húmeda y candente, sonriente, mientras le acariciaba el pecho con las dos manos.

—Me excita mucho saber que estás embarazada, que llevas a mi hijo dentro de ti —detuvo el balanceo y le habló pegado al oído—. Creo que no podré soportar con mucha cordura los seis meses que nos quedan, tendré que follarte a todas horas.

—No sé si sentirme halagada o castigarte por mal hablado, profesor McAllen. No eres nada romántico.

—¿Quién quiere un romántico?. Te amo —buscó sus ojos oscuros y le lamió la boca—. Y eres la mamá más sexy que existe en el mundo.

—Y tú vas a ser un padre cañón, ya verás... —sonrió, pero por alguna razón se le llenaron los ojos de lágrimas, así que no la dejó seguir hablando.

—Schhh...

Le cerró la boca con un beso y decidió perder el control dentro de ella, amándola con todo el deseo que le quemaba la piel, con toda la añoranza, hasta que eyaculó feliz y satisfecho. Se apartó de ella con cuidado y se tendió en la cama buscando sus ojos.

—¿Estás bien?, ¿por qué lloras?

—Tenemos muchas cosas de las que hablar, Andrew.

—No lo estropeemos hablando, amor, no lo hagas, por favor.

—En algún momento tendremos que charlar para decidir lo que hacemos a partir de ahora.

—¿Qué vamos a hacer?, ¿tienes alguna idea brillante que no incluye volver conmigo?

—Andrew...

—Madre mía, Andrea, no me jodas —se pasó la mano por la cara sintiendo perfectamente como se le contraía el pecho, y ella le acarició el brazo.

—No quiero que la emoción de saber que vamos a tener un hijo te haga tomar decisiones de las que luego te arrepientas.

—¿Qué?! —se sentó en la cama y ella hizo lo mismo tapándose con una sábana—. Llevo enamorado de ti toda la vida, me casé contigo, te he amado y respetado siempre. He seguido luchando día a día por recuperarte, porque perdonaras mis errores, un puto error que ni siquiera cometí de forma consciente. ¿Crees acaso que tengo alguna duda sobre lo que siento?, ¿de lo que quiero hacer a partir de ahora?, ¿en serio?

—Andy...

—Te recuerdo que tú me dejaste a mí, tú te fuiste a Madrid y me pediste el divorcio, yo jamás he dudado de querer seguir mi vida contigo.

—Hace tres meses que no me hablas.

—Porque estaba hasta el gorro de seguir arrastrándome y suplicando para que me creyeras, me mostraras algo de confianza y comprensión, y me perdonaras. No soy un puto robot inanimado, Andy, yo podré haberte hecho mucho daño de forma involuntaria, pero tú me lo has pagado con creces.

—Lo sé, pero...

—En el momento más crítico de nuestra vida, cuando más necesitábamos estar juntos, fuertes y unidos, te largaste, me diste la espalda y me trataste como a un trapo, pero ya da igual, estoy dispuesto a enterrar todo eso. No quiero más lágrimas, ni penas, ni charlas, ni reproches, solo quiero pasar página y disfrutar de nosotros y de nuestro hijo —se levantó e hizo amago de entrar en el cuarto de baño para darse una ducha, pero antes se giró y se puso las manos en las caderas—. ¿Tú me quieres?, yo creo que sí, porque cuando estás conmigo en la cama es lo que parece.

—Madre mía —lo miró y movió la cabeza.

—Yo sé perdonar, ¿tú podrás hacerlo alguna vez?

—Sí, pero eso no quita que necesite sentar unas bases para estar segura de que esto, volver a estar juntos, es lo que realmente quieres por nosotros, por ti y por mí, y no porque esté embarazada.

—La duda ofende.

—Andrew, solo se trata de charlar, no te pongas así.

—Es que estoy harto de charlar, de pensar, de dar vueltas, de buscar argumentos, de intentar convencerte de todo, porque dudas de todo. ¿No lo entiendes?, llevas un año torturándome y yo aguantando el tirón sin decaer, solo y jodido como nunca lo he estado en mi vida. Estoy harto —sintió que se le quebraba la voz, miró al techo y se pasó la mano por la cara—. Que caro me lo cobras todo, joder, no sé cómo lo aguanto.

—Cariño...

Ella saltó de la cama y se le acercó para abrazarlo, pero él inconscientemente dio un paso atrás y levantó las dos manos. La miró a los ojos y vio que estaba llorando.

—No llores, no quiero verte llorar más, solo quiero que dejemos de charlar y vivamos en paz. Deja de cuestionarme, deja de juzgarme y de dudar de mí. Solo vuelve conmigo y quiéreme, Andy, por favor, hazlo por los dos, ¿podrás hacerlo?

—Sí, por supuesto que podré hacerlo.

Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y se le abrazó al pecho con fuerza, él la estrechó aún más fuerte y la acunó soltando un llanto contenido que era más de alivio que de otra cosa.

Sintió perfectamente como se le relajaban los hombros, la tensión acumulada, deslizó la mano por su espalda desnuda y la sujetó por la nuca, buscó su boca y la besó.

18

—James, se llama James... —miró el *hall* cubierto de mármol y buscó con los ojos el servicio de señoras.

—¿No le vas a llamar Andrew?

—Ya hay muchos Andrews en casa.

—Ya, pero siendo el primogénito...

—No seas anticuado, Alistair, por favor —al fin encontró el cuarto de baño y se detuvo delante de la puerta—. Tengo que dejarte.

—Bueno, pero el escocés se llama Andrew James ¿no?, algo le has dejado al pobre hombre...

—No hables así de mi marido, Alex, creí que lo habíamos dejado claro.

—Uy, tu marido, se ve que esta vez te ha dado fuerte, nunca lo llamas así...

—¿Perdona?

—Nada, cariño, solo quería saludarte e invitarte a cenar, pero ya que no estás en Edimburgo, lo dejaré para más adelante. ¿Cuándo vuelves?

—El 10 de junio volvemos a Escocia.

—¿Te vas a España después?

—Sí, nos vamos a Donostia a principios de julio. Lo siento, Alex, pero tengo que colgar, adiós.

Lo dejó con la palabra en la boca y le colgó entrando en el cuarto de baño del Tribunal Supremo de Nueva York donde esa mañana, si todo iba bien, escucharían al fin la sentencia contra Kimberly Hudson, la dichosa reina de Instagram, a la que Andrew pedía mucho dinero por difusión de imágenes y por atentado contra su honor y su intimidad.

Los abogados de ella habían intentado una conciliación de última hora, después de estar alargando el litigio durante más de un año, y le habían ofrecido bastante dinero, pero Andrew y su equipo jurídico habían decidido rechazar todo e ir hasta el final porque, como él solía decir, no le interesaba la pasta, sino que pagara pública y judicialmente por el daño infringido.

Usó el excusado, salió y se puso delante del espejo para lavarse las manos y tomar agua. Estaba a punto de acabar el quinto mes de embarazo y empezaba a ir demasiado al servicio, pensó, acariciándose la tripa que ya se le notaba un poquito.

A veces deseaba que todo el mundo supiera que estaba embarazada y caminaba por ahí toda orgullosa con su tripita, pero aún hacía falta que creciera mucho más, decía su suegra, así que paciencia. Mientras tanto, gracias a Dios, el pequeño James ya había empezado a dar señales claras de vida hacía tres semanas y eso era lo más maravilloso que le había pasado en toda su vida. Era un milagro y no podían estar más dichosos.

Dio un paso atrás, se levantó la blusa y se acarició el ombligo, como solía hacer Andrew, para hablarle directamente. Hola, mi vida, le susurró, y él se movió como un pececillo feliz dentro del agua. Era alucinante.

Se miró otra vez en el espejo sonriendo de oreja a oreja y pensó en lo mucho que habían cambiado las cosas desde marzo, hacía ya dos meses, cuando al fin había decidido pasar página, ser sincera con sus sentimientos y aceptar que no podía vivir sin Andrew, y había vuelto con él.

Honestamente, no había viajado a Edimburgo para provocar una reconciliación. Si algo había tenido muy claro desde un principio, desde que supo que estaba embarazada, es que un hijo no iba a cambiar las cosas, no la iba a empujar a los brazos de Andy, ni lo iba a obligar a él a volver con ella. Eso estaba descartado, lo sabía y lo tenía asimilado, así que la primera sorprendida de todo lo que había pasado después había sido ella, y no él, que seguía presumiendo de no haber dudado jamás de lo que lo suyo solo podía acabar bien.

Y tenía razón, lo suyo era único e indestructible y, aunque fuerzas externas los hubiesen puesto al límite y ella hubiera reaccionado contra él y no junto a él, nunca había dejado de quererlo, jamás, y eso era algo que no podía negar. No podía obviarlo, ni pasarlo por alto, ni darle la espalda porque historias de amor como la suya había muy pocas, y era un crimen no seguir luchando por salvarla y mantenerla, por cuidarla y por protegerla.

Con eso claro había bajado el hacha de guerra y, por primera vez en catorce meses, lo había escuchado de verdad, había oído sus explicaciones de verdad, lo había valorado todo en su justa medida y había decidido olvidar y empezar de cero, bueno, de cero no, de mucho más, porque lo suyo ya estaba encaminado y solo bastó con volver a abrir un poquito la puerta para reiniciar su matrimonio justo donde lo habían dejado.

La mejor decisión de su vida.

Desde aquel día decidieron continuar sin mirar atrás. Ella volvió a Madrid con una oferta de trabajo muy buena de MacMillan Publishing, que le suponía un ascenso y un inicio inmediato de actividades, cerró su piso, hizo la maleta, cogió a Lola y regresó a Escocia sin pensárselo dos veces.

Su familia celebró la noticia por todo lo alto e incluso su hermano Iñaki la acompañó a Edimburgo para ayudarla con la mudanza. Todos estaban felices, mucho más sus suegros, que no cabían en sí de gozo por la llegada del primer nieto, así que, con el entorno controlado y confesando que nunca habían estado de su parte, sino de la de su pobre marido, retomó su vida normal. Esa vida que tanto le gustaba, que tanto había añorado, en su acogedora y preciosa casa del New Town, con su trabajo y junto al hombre de su vida que, lamentablemente, tenía que seguir en Nueva York hasta que acabara el curso en Columbia.

En dos meses, Andrew había viajado al Reino Unido cuatro veces, tres de ellas gracias a Duncan Harris, que vivía como una estrella del rock y disponía de avión privado, así que se habían estado viendo mucho más de lo previsto y, en cuanto se había acercado la fecha del juicio contra Kimberly Hudson, había sido ella la que se había plantado en Nueva York para apoyarlo, estar a su lado, y para poder mirar a esa mujer a la cara.

Tenía muchas ganas de conocerla en persona, porque apenas había podido verla en Internet, y necesitaba verla y, a ser posible, necesitaba decirle unas cuantas cosas.

Quería hablar con ella, aunque Andrew se opusiera radicalmente, y quería preguntarle, mirándola a los ojos, ¿cómo podía dormir tranquila después de todo el daño gratuito que solía infringir a la gente?...

Tomó un sorbo de su botellita de agua, pensó en llamar a Inés, que la había estado llamando toda la mañana, y miró la hora rogando a Dios porque acabara pronto el trámite y pudieran volver a casa a tiempo de comer y dormir una siesta tranquilamente, antes de tener que volar a la Universidad de Columbia donde Andrew tenía una cena de despedida.

Se lavó las manos, cogió su mochila, se giró hacia la puerta y se encontró de bruces con una mujer rubia y alta, super maquillada, que al verla retrocedió abrazando el bolso.

—Oye, no pienso pelearme contigo y si me pones un solo dedo encima gritaré, vendrá la policía y te llevarán detenida, me da igual que estés preñada.

—¿Perdona?

Frunció el ceño y al ver que volvía a retroceder, concluyó que esos ojos de culpa solo podían ser de ella, de la famosa Kimberly Hudson, la dichosa *Instagramer* que vivía de joder la existencia de los demás.

—¿Kimberly?, ¿tú eres Kimberly Hudson?, creía que eras mucho más joven.

—Muy graciosa.

—No es una broma.

—Ok, ¿me dejas pasar?, tengo que mear.

—Uy, qué fina. Pasa, por favor —se hizo a un lado y la observó sin moverse hasta que ella se detuvo al final del gran cuarto de baño, se giró y se puso en jarras.

—Oye, yo no hice nada con tu maridito, solo fueron unos besos y un manoseo inocente, un juego sin importancia. Ni siquiera es mi tipo.

—¿Ah no?, pues qué lástima, porque nos hiciste mucho daño solo por un juego sin importancia con alguien que ni siquiera es tu tipo.

—Está muy bueno y todas andaban locas detrás de él, seguro que lo sabes, tarde o temprano iba a caer.

—¿En un juego inocente?

—En alguna *performance* para Internet.

—¿*Performance*?, ¿llamas *Performance* a provocar una situación íntima y humillante con alguien que está casado, tiene familia y un prestigio profesional que le ha costado años y años de esfuerzo conseguir? ¿En serio?, ¿para ti solo era eso?, ¿un espectáculo?

—No pensé que se desmadraría tanto, él lo empeoró poniendo denuncias y...

—¿Y qué querías que hiciera? Nos costó una separación de catorce meses, ¿sabes?, sin contar con el escarnio y la humillación pública que supuso, para todos nosotros, que lo publicaras en tus redes sociales.

—Las cosas son así y por lo que veo, ya te tiene bien servida —Le miró la tripa descaradamente y

Andrea tuvo el impulso de tirarle la mochila a la cabeza, pero se contuvo y ella cambió el tono—. Oye, lo siento, no quiero convertir esto en algo personal, para mí solo es eso, un espectáculo, una *Performance*, jamás imaginé que llegaría a convertirse en lo que se convirtió, te doy mi palabra de honor.

—Tu palabra de honor me vale una mierda, como comprenderás.

—Ok, estás en tu derecho, pero esa noche podría haber sido cualquiera, sin embargo, la cagué y fui a por el amante esposo lleno de culpa que no ha parado de joderme la vida, y que encima me va a sacar una pasta gansa por aquella puta gilipollez.

—Aquella puta gilipollez nos causó mucho dolor y nos hizo más daño del que te puedas imaginar.

—Y yo que lo siento.

—Repite eso.

—Lo siento, en serio, por vosotros y también por mí.

—Estupendo, pues tenlo en cuenta antes de volver a joder la vida de personas inocentes que no son tus juguetes, ni puñeteros actores para tus *Performances*. ¿Queda claro?

—Meridiano.

—Genial, adiós... —se giró hacia la puerta, la abrió y Kimberly Hudson la detuvo llamándola por su nombre.

—¡Andrea!

—¿Qué?

—Esa noche podría haber sido cualquiera, pero fui a por el doctor McAllen porque Alister Hiddleston se apostó conmigo cinco mil libras a que no era capaz de emborracharlo y llevármelo al huerto.

—¿Cómo dices? —Le temblaron las rodillas y se sujetó muy fuerte al pomo de la puerta— ¿Qué tiene que ver Alister con esto?, ¿acaso lo conoces?

—Claro que lo conozco, bueno, lo conocí esa noche. También era amigo del dueño del local, el famoso Duncan Harris, y andaba enredando por ahí hasta que nos entró a unas amigas y a mí y me ofreció la pasta. Gané la apuesta y me dio un extra por haberlo grabado en video.

—¿Estás segura de que era él?

—Claro, después de eso nos llevó en su cochazo a Londres, pasamos dos días en su piso y me dijo que era muy amigo vuestro, por eso pensé que todo había sido una especie de broma... hasta que estalló el escándalo, claro.

—Me cago en la leche, cabrón hijo de la gran puta —soltó en español y Kimberly frunció el ceño.

—Pareces buena tía, ¿por qué no convences a tu marido para que retire las demandas y...?

—Eso ni lo sueñes.

Salió del cuarto de baño indignada y vio que Andrew y los abogados seguían charlando de pie tranquilamente fuera de la sala del juicio, así que lo saludó con la mano, agarró el teléfono y buscó un rincón para hablar en privado.

—Andrea, cariño... —dijo Alister al coger el teléfono y ella no lo dejó continuar.

—Siempre me has parecido un fante, un puto capullo acomplejado y mediocre que lo único que hace es comprar amigos y afectos, pero nunca imaginé que además fueras un hijo de puta maligno, un traidor, un mierda, y encima un cobarde.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído. Si he mantenido nuestra amistad a lo largo de los años, perdono tus idioteces, te vuelvo a ver y a coger el teléfono, no es porque me gustes o porque te considere importante, es por agradecimiento y por lástima, porque la verdad es que no te soporto y no me gustas un pelo, y a partir de ahora mucho menos. No vuelvas a acercarte a mí, tampoco a Andrew, a mi familia o a nuestros amigos. No vuelvas a pulular a mi alrededor o, te lo juro por Dios, le diré a Andrew todo lo que has hecho y entonces —respiró hondo—, no tendrás mundo donde esconderte.

—Pero... ¿Qué te pasa?, ¿estás loca?, ¿de qué me hablas?

—Pregúntaselo a tu amiga Kimberly Hudson.

Le colgó sintiéndose de pronto muy aliviada, levantó la cabeza y miró a Andy, tan guapo vestido con traje, que la miraba con sus ojos claros inocentes y tan nobles junto a la sala del tribunal, que ya estaba dejando pasar a los asistentes.

Se ajustó la mochila y caminó hacia él sonriendo, le agarró la mano, se la besó y él la abrazó contra su pecho acariciándole la cintura.

—¿Estás bien, amor?, has tardado mucho.

—Tuve que hacer unas llamadas.

—Ok, vamos, ahí tenemos un sitio... —la hizo caminar hacia una larga fila de asientos, se le sentó al lado, puso un brazo en el respaldo de su silla y la mano libre la posó sobre su vientre. Andrea lo observó un rato embobada, se acercó y le besó la mejilla.

—Mi amor.

—¿Qué? —giró la cabeza y le clavó los ojos azules.

—Te quiero.

—Yo te quiero más.

—No, eso es imposible.

EPILOGO

Bautizar a James Andrew McAllen en el País Vasco, en el caserío familiar, había sido una decisión incuestionable, no se le había pasado por la cabeza que fuera de otra manera, más aún cuando el bebé había nacido en Escocia por expreso deseo de su padre, y no en Madrid como le hubiese gustado a ella, así que al menos el siguiente paso, el esperado bautizo, se iba a hacer a su manera y en España.

Ni Andrew ni ella eran religiosos, los dos creían en Dios, pero no eran practicantes, encima uno era teóricamente protestante y la otra teóricamente católica, así que, como en su boda, habían acordado hacer una ceremonia mixta y sencilla, para tranquilidad de los abuelos y como pretexto, cómo no, de celebrar a lo grande el nacimiento de su primer hijo, que había venido al mundo un agradable y bonito 4 de septiembre, hacía ya seis meses.

En junio, tras su encuentro con Kimberly Hudson en los juzgados, habían regresado a Edimburgo con el juicio ganado contra ella, que fue condenada a pagar una gran suma de dinero por daños y perjuicios, y atentado contra la intimidad. Suma que Andrew donó a *Act Against Bullying*, una asociación benéfica de ayuda a niños acosados, víctimas de bullying informático y presencial, y que se convirtió en el broche perfecto para enterrar el tema y no volver a mencionarlo jamás.

Él había acabado su curso como profesor visitante en Columbia, se reincorporó de inmediato a su departamento en la Universidad de Edimburgo, y juntos retomaron su sencilla y apacible vida sin altibajos, cada uno dedicado a su labor profesional, a sus proyectos y a preparar la llegada de su bebé, que finalmente había nacido tras un parto rápido y muy bueno, sin ningún problema y dejando claro que llegaba para convertirse en el centro absoluto de su universo.

Estaban como locos con él, lo mismo sus abuelos, sus tíos, sus familiares y amigos, y él, que era un querubín rubito y delicioso, respondía a tanto mimo y tanto amor con su sonrisa y sus ojazos azules siempre alegres y atentos. Era un muñeco inquieto y que dormía poco, pero era todo lo que podía desear, y Andrea seguía pensando que no podía ya imaginar su vida sin él.

Afortunadamente, habían aprendido a organizarse muy bien con el bebé. Ella había solicitado a la editorial trabajar desde casa, y se lo habían concedido, y Andrew, Andrew era increíble. Un padrazo entregado y paciente que no se cansaba nunca, y que combinaba como podía su permiso de paternidad con sus clases, sus libros y todo aquello que lo perseguía, pero que él había aprendido a aparcar para priorizar en lo realmente importante: su hijo, que lo tenía completamente embobado.

En realidad, ella siempre había intuido que él iba a ser un gran padre, pero, aún así, le seguía sorprendiendo su buena mano, su instinto, su serenidad y su participación total en esos primeros seis meses de vida de James. Colaboración mutua que les había permitido prescindir de los abuelos y de cualquier ayuda externa que interfiriera más de lo necesario en su intimidad. Los

dos agradecían las buenas intenciones, pero querían hacerlo todo solos, y no se les daba nada mal, al contrario, se les daba estupendamente.

—Amor...

Sintió su mano en el abdomen y cómo la subía despacito hacia sus pechos y sonrió, miró la hora en el reloj de la mesilla, comprobó que aún eran las siete de la mañana, y giró en la cama para mirarlo a los ojos. Lo peinó con los dedos y le besó la boca hasta que él abrió un ojo y se lo guiñó.

—Hola, papá.

—¿Qué haces?

—Pensar.

—¿En qué?

—En muchas cosas. Soñé con mi abuela. Cómo le hubiese gustado que celebráramos el bautizo de Jamie aquí. Seguro que, esté donde esté, está feliz.

—Sobre todo porque estamos juntos. “Arréglalo, Andrew”, me decía siempre, y eso he hecho, abuela Maite, así que ya podrás estar contenta.

—¿Te decía eso?, porque a mí también.

—¿En serio?

—Sí —se echó a reír—. Qué graciosa, siempre remando a favor de todo el mundo. Era un cielo.

—Sí que lo era, igual que su nieta...

Le apretó el trasero y se la pegó al cuerpo. Andrea deslizó la pierna y lo abrazó sintiendo su desnudez y lo excitado que estaba, sonriendo.

—¿Por qué me pones tan cachondo?

—No he hecho nada.

—No, claro, solo estar demasiado buena.

Se movió y la penetró soltando un quejido profundo, levantó una mano y le atrapó un pecho a la vez que la besaba y la tendía sobre la cama para hacerle el amor de frente, con esa intensidad tan suya y que los ponía en marcha de forma instantánea sin que mediara ninguna palabra.

—Te amo —le susurró en el oído eyaculando dentro de ella y ella lo estrechó con todas sus fuerzas.

—Yo más, mi amor.

—¿Cuándo vamos a por el segundo?

—Andrew...

—Solo es una pregunta, mejor todos seguidos. Eso me dice todo el mundo y yo estoy de acuerdo...

—Calla ya y ruega porque no vayamos a por el segundo ahora mismo. No me he puesto el diafragma, ¿sabes?

—Dicen que si estás amamantando...

—Ay, Andy, no seas marujón, deja de hablar tanto con las abuelas.

Se echó a reír, lo apartó y se bajó de la cama de un salto para ir a darse una ducha antes de que despertara James, que era como un reloj suizo a la hora de comer.

Él siguió mascullando algo sobre dar el pecho y la supuesta dificultad que eso suponía a la hora de concebir, dificultad que millones de mujeres se habían saltado a la torera a lo largo de la historia, ella lo ignoró y se metió debajo del chorro de agua caliente pensando en todo lo que tenían que hacer antes de que a las doce llegara la gente para la ceremonia y la posterior comida.

Por iniciativa de Duncan, el orgulloso padrino tras echarlo a suertes con Ewan, habían contratado una empresa de eventos que se había ocupado del catering y de la organización de la fiesta, así que estaban muy bien cubiertos, solo faltaba cerrar algunos detallitos y luego dedicarse a disfrutar con la familia y con Jamie, el homenajead, que llevaba dos días siendo mimado hasta la saciedad por sus abuelas, que se disputaban con mucha diplomacia su atención y el privilegio de tenerlo en brazos.

—Mi amor... —salió al dormitorio y pilló a Andrew durmiendo otra vez, se acercó, lo tapó y le besó la cabeza—. Vale, descansa mientras puedas.

Él ronroneó algo, pero no hizo amago de abrir los ojos, así que se acercó a la cuna y se inclinó para besar al bebé en la frente, justo un segundo antes de que despertara e hiciera un amago de puchero. Lo cogió para comérselo a besos, lo cambió y se sentó junto a la ventana para darle el pecho tranquilamente.

Un ratito de intimidad estupendo que se alargó hasta que, ya satisfecho y vestido, lo bajó a la primera planta donde sus padres andaban trajinando con los del catering y los de la empresa de eventos, que estaban allí para facilitar las cosas, aunque no hacían más que incordiar.

—Esto parece una boda, es absurdo, y esta gente son unos pelmazos —le soltó su padre en cuanto se la encontró de frente—. Hola, cariño, ven con el abuelo.

—Ya, lo sé... —le entregó al bebé y miró hacia el jardín con resignación—, pero parece que ahora hasta los bautizos usan organizadores profesionales y Duncan quería regalárnoslo.

—Pues tanta gente extraña en mi casa no me gusta nada, espero que se vayan antes de que llegue la familia o sino, los echaré yo mismo. ¿Dónde está Andrew?

—Lo he dejado dormir un poco más.

—Haces bien. Vamos, vente a desayunar que estás cada día más flaca.

—Papá... —lo miró frunciendo el ceño, pero él no le hizo caso pendiente de su nieto.

—Señora McAllen, ya tenemos los arreglos florales, ¿quiere verlos? —le preguntó en inglés la organizadora y ella asintió y salió al jardín preguntándose dónde estaría Inés, la flamante madrina, que había desaparecido la noche anterior sin despedirse para bajar a San Sebastián con sus hermanos y algunos amigos—. Está todo precioso, muchas gracias. Mis padres quieren saber cuándo os vais a ir porque...

—En cuanto sirvamos la comida desapareceremos para dejarles intimidad.

—Vale, muchas gracias —levantó la vista para mirar el paisaje y a lo lejos divisó a Inés hablando,

o discutiendo, con Duncan Harris, que gesticulaba mucho y parecía muy enfadado.

—Hola, guapa, ¿qué haces? —por su espalda apareció su hermana y la sujetó por la cintura— ¿Dónde está mi sobrino el comestible?, cualquier día me lo como entero. ¿Qué pasa?

—No sé, ¿qué les pasa a esos dos? —le indicó con la cabeza a la parejita y Alejandra bufó— ¿Pasó algo anoche en Donostia?

—Creo que se han liado.

—¿Qué?!, no, no puede ser.

—Pues para mí que viene de largo, o al menos de antes de anoche... mira, ahí viene Inés, pregúntaselo a ella, yo me voy a buscar a Jamie y a desayunar.

Esperó a que su amiga, que venía con la misma ropa de la víspera, se le acercara y le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y pasó por su lado intentando evitar una charla, pero Andrea la agarró por el brazo y la detuvo en seco.

—¿No has dormido aquí?

—No, nos fuimos de juerga y no me dio tiempo a volver, pero una duchita y como nueva, no te preocupes.

—¿Pasa algo con Duncan?

—¿Qué va a pasar?

—No sé, estabais discutiendo.

—¿Me estabas espiando?

—No, no te estaba espiando, os he visto nada más salir. Estabais ahí mismo, ¿sabes?

—Nada, ya sabes que es un capullo y no lo aguanto.

—¿En serio?

—Claro, me voy a duchar y mira... ahí tienes a tu príncipe azul. Hola, Andrew.

—Buenos días.

Saludó a Andrew, que apareció con el pelo mojado en la entrada, y desapareció por su lado sin mirar a nadie. Él la siguió con los ojos y luego se le acercó a ella para abrazarla y darle un beso.

—¿Dónde está Jamie?, ha sido muy extraño despertar sin él.

—En la cocina con mis padres.

—Genial, me muero de hambre. Hola, tío —levantó los ojos y saludó a Duncan, que de repente se les acercó con sus pintas de surfero y sus gafas de sol.

—Hola, papás, ¿dónde está mi ahijado?

—En la cocina con los abuelos, ¿te vienes?

—Sí, por favor, necesito un café. ¿Sabéis dónde está el capullo de Ewan?, ¿no será capaz de perderse el bautizo porque no es el padrino?

—Llegó anoche, está en el hotel Reina Cristina, ¿cómo se lo iba a perder?

—No sé, con él nunca se sabe. ¿Va todo bien, Andrea?, ¿los del catering...? —le prestó atención al comprobar que no le quitaba ojo y ella asintió.

—Todo perfecto, gracias.

—Estupendo.

—¿Tú estás bien?. Te he visto discutiendo con Inés y...

—Joder, macho, es que tu amiga es insoportable —espetó muy serio y se metió en la casa. Andrew frunció el ceño, pero no abrió la boca y la agarró por el cuello.

—Vamos, amor, seguro que aún no has desayunado.

—¿Qué les pasa a esos dos?. Estaban discutiendo muy acalorados ahí mismo y ahora se callan como...

—Sinceramente, me da igual... —la abrazó para llevársela dentro de la casa y ella lo detuvo.

—¿Cómo te va a dar igual?, son nuestros amigos.

—Nuestros amigos adultos e independientes.

—Pero... —se quedó quieta pensando en que nada de eso le cuadraba, pero finalmente cedió y respiró hondo—. Está bien, ya me enteraré.

Fin

INFORMACIÓN SOBRE LA AUTORA

Emma Madden es periodista, trabaja desde hace más de diez años en el mundo de las celebritys y los famosos. Nació en Madrid, pero reside en Londres con su marido, al que le debe su apellido.

Lleva muchos años escribiendo, debutó en 2019 con la Serie DIVAS, que incluye CHLOE, GISELLE y PAISLEY, una serie romántica dedicada a tres mujeres fuertes, ricas y famosas. Continuó con la Serie SUEÑO AMERICANO, que incluye BRADLEY, CONRAD y TAYLOR, dedicada a tres hombres de una misma familia, con profesiones muy diversas, y que representan la quintaescencia del sueño americano, y ahora llega con la SERIE ESCOCESES, dedicada a tres amigos inseparables, ANDREW, DUNCAN Y EWAN. Tres escoceses del siglo XXI que nos sorprenderán por su pasión y su intensa forma de vivir sus vidas.